



Leyendas de Salvatierra

MIGUEL ALEJO LÓPEZ
Cronista de Salvatierra, Gto.

© 2005. Patronato del Museo de la Ciudad de Salvatierra, A.C.

Los derechos, caracteres y particularidades de la obra: *Leyendas de Salvatierra*, son propiedad del Patronato del Museo de la Ciudad de Salvatierra, A.C.

© 2005. Primera Edición. Fondo Pacmyc-Conaculta.

© 2016. Segunda Edición. H. Ayuntamiento de Salvatierra, Gto. 2015-2018.

DIBUJANTES: Rocío Bárcenas Franco, Daniel Ruvalcaba Mosqueda,
Cristóbal Raya Ochoa, Jorge Luis Muñoz López

Contenido

Prólogo	5
La taconuda de la calle del Biombo	8
La mano negra del japonés	10
La perla de La Angostura	13
¡Agárrate Juanito!	16
La calle de las Ánimas	18
La Quemada	20
La Virgen, los ladrones y la mula	23
Las brujas	26
La procesión de San Antonio	30
La calle del Ahorcado	31
La maldición del Charco	35
El soldado de los Cárcamos	38
Los duendes	40
La muchacha del Mirador	43
El burro del guayabito	45
El baile de las muertas en la calle Hidalgo	48
El colgado de El Puchote	51
La bola de fuego de El Ranchito	53
Por qué son güeros los de El Sabino	56
Urireo, lugar de ánimas en pena	58
El tesoro de los buches amarillos	61
El catrín de El Diezmo	65
Las misas de media noche en San Francisco	68
El ánima del tranvía	70
La piedra del diablo	73
La historia de Juan Viejo	75
El Infiernito	78
El artista de Nuestra Señora de La Luz	80
La llorona	82
Las velas del jardín de Capuchinas	85
La muchacha de la cueva del cerro de Culiacán	88
El callejón del Padre Eterno	91
Campanadas, procesión y ánimas en San Nicolás de los Agustinos	94

El gendarme sin cabeza	98
El caballo negro	100
El fantasma del Museo	103
La boda de los cerros	108
El milagro del Señor del Valle	110
La calle de El Sepulturero	112
La cruz de Culiacán	114
El cuije	117
La gallina y sus pollitos en la calle del Tres Dos	121
La capilla de el mayorazgo	123
El decapitado de Cantarranas	126
El ánima de doña Inés	128
El Tizar de Eménguar	134
La escondida en Santo Domingo	138
El rosario del Padre Amezcua	140
El chan del agua	142
El subterráneo	144
La Virgen en el árbol	146
Las leyendas de nuestros Cristos	149
Nota final del autor	155

Prólogo

*“Ten Recuerdos antiguos,
pero esperanzas jóvenes”*

ANONIMO

*U*na leyenda puede contener en su esencia el inconfundible olor del moho de lo antiguo o el fresco aroma de la hierba cortada en la mañana. Pero eso sí, nada que no pueda ser leído, de lo contrario no sería “legenda”. Para que la leyenda exista se hace absolutamente necesaria la existencia de los pueblos y su historia, la transmisión de esta última, en forma oral o escrita, a lo largo y ancho de los tiempos, y grabarse para siempre en légame fértil e inmortal de la memoria.

Las leyendas son el alma de la historia humana; corresponde, por tanto, al propio hombre plasmarlas, con sangre o tinta, sobre la página del mundo, la cual habrá de ser leída por los ojos del futuro.

Pero no a todos los hombres ha dotado Dios de ese don sensitivo que percibe de manera profunda las gestas o mitos de su entorno. Sólo unos cuantos son merecedores de tan sutil merced. Miguel Alejo pertenece a ese selecto grupo de seres que se incendian las pestañas y las venas, con afán de perpetuar aquello que parece efímero.

Este libro que tienes en tus manos es la prueba fehaciente de lo dicho. Para nosotros es fácil abrirlo y sumirnos en sus páginas, vivir ahora, en el momento, los hechos del pasado; pero no reparamos en el tiempo, los desvelos, el sudor, lágrimas y berrinches que conlleva la tarea del narrador, para dar forma a un cúmulo de datos dispersos que ha compilado a lo largo de meses, o quizás años.

Alejo ha logrado la capacidad para desarrollar relatos tomados de los más variados registros que provienen de la región de Salvatierra y Huatzindeo y de la tradición occidental que nos viene de Grecia y Roma, cuyos modelos narrativos son la piedra angular que le ha servido como fundamento para desarrollar esta literatura regional que refleja luz sobre la sombra de los tiempos idos.

Su estilo claro y sencillo, no exento de cualidades estéticas, nos lleva de la mano por los más intrincados vericuetos de la imaginación o de la realidad; por “El callejón del Padre Eterno”, hasta dejarnos en “El Subterráneo” de la cárcel municipal, o en “La Capilla del Mayorazgo”, desde donde se escuchan las “Campanadas y se ve la Procesión de ánimas de San Nicolás de los Agustinos”. Luego nos monta en “El Burro del guayabito”, nos lleva por “La calle del ahorcado” a ver “La gallina y sus pollitos en la calle del tres dos”; pasamos por “El infiernito”, donde se nos aparecen “Los duendes” y, si sentimos miedo, rezamos “El Rosario del Padre Amezcua”; corremos hasta “La piedra del diablo”, lugar donde viven “Las brujas”. Para salvarnos, hay que ir por “La Cruz del Culiacán”; finalmente, cabalgando en “El caballo negro”, llegamos a ver a “La Taconuda de la Calle del Biombo” quien nos manda a... “La misa de media noche en San Francisco”.

Después de leer tantas peripecias, sentimos como si despertásemos de un largo sueño y, entonces, podemos reflexionar, nos cuestionamos: ¿cómo Miguel, a sus cincuenta y siete años, nos habla con soltura de los años 1659, incluso anteriores? Y es justo aquí donde constatamos aquello de que se habló al principio, la memoria, de la que nuestro narrador es un virtuoso; además, debemos de recordar que él nació en La Calle del Biombo, y seguramente por las noches va a visitar a la Taconuda para que le cuente historias nuevas.

Sin duda, los cincuenta y dos relatos incluidos en este volumen nos obsequian una de las expresiones más claras y hermosas de nuestra región, luminosidad y belleza que merecen reconocimiento y gratitud al encomiable esfuerzo de su creador,

lectura que no hay por qué dejar de realizar y no debe faltar en la biblioteca familiar.

Cualquier cosa puede suceder en el futuro, pero una siempre será cierta: mientras tengamos Miguel Alejo, quien ya trascendió todos los tiempos venideros, se seguirán desenterrando mitos, vaciando baúles, desempolvando libros, entrevistando ancianos, para que la leyenda pueda continuar.

José H. Velázquez

La taconuda de la calle del Biombo

Era pasada la una de la mañana cuando don Santos Ramos, vecino de la calle de Colón y propietario de la tienda de ropa y mercería “*La Estrella de Oro*”, escuchó el sonar unos tacones de mujer en la banqueta, los pasos venían del callejón de El Padre Eterno. Al acercarse el ruido supuso que iba a pasar frente a su casa. Había estado tomando toda la tarde como era su costumbre todos los jueves, día en que cierra el comercio en Salvatierra. Envalentonado por el alcohol, dijo a los que lo acompañaban en su casa: ¡voy a ver a esa taconuda!, ¡a ver que quiere!, dicho y hecho, salió de inmediato a la calle y caminó en la dirección de donde provenía el ruido de los pasos. Pasados unos minutos volvió, blanco de miedo y sin poder hablar, hasta lo borracho se le había quitado, no pudo decir a sus acompañantes lo que había visto.

La antigua calle de El Biombo servía de atajo para ir del centro de la ciudad al puente Grande o de Batanes, era el sendero obligado para los caminantes y viajeros que se dirigían a Michoacán. Para prestar el servicio de hospedaje, en esta calle se habían establecido dos mesones: el mesón de San Juan cuya entrada era donde hoy se encuentra la Cámara de Comercio, y el mesón de San José, hoy conocido como mesón doña Josefa.

Había también en la calle un gran número de rameras que ofrecían su amor y caricias a los viajeros y a todo aquel transeúnte que por ahí pasara. Estas damas vivían en su mayoría en el antiguo callejón de El Padre Eterno, donde convivían con tahúres, ladrones, y malvivientes. En ese lugar se cometían adulterios, duelos de honor, y un sinnúmero de robos. Por las tardes las prostitutas salían a regentear sus favores a la calle de El Biombo y buscaban alojamiento en alguno de sus mesones.

Entre ellas había una bella mulata con una hermosa cabellera negra y ensortijada y grandes ojos verdes de nombre Juana,

quien se enamoró de un rico viajero que se alojado en el “*Mesón de San José*”, se le entregó con un amor y pasión que nunca antes había sentido por un hombre. Esto enojó a su protector, el hombre con quien vivía y la explotaba.

Éste montado en cólera al ver que se le escapaba la fuente de sus ingresos fáciles que le representaba la muchacha, asesinó al rico viajero en el mesón mismo. Juana, por defender al hombre a quien le prometió amor sincero y hacer con él una vida decente y honesta, también cayó muerta en aquel trance. Hoy, en algunas noches en las que el silencio y la melancolía vagan por la ciudad, se escucha el sonar de sus tacones sobre la banqueta al hacer su recorrido del callejón de El Padre Eterno al mesón donde murió por amor para encontrarse con su prometido en la eternidad.



La mano negra del japonés

En la casa marcada con el número 327 de la calle Hidalgo, sucedieron hechos tan extraordinarios y espeluznantes que son dignos de narrar.

Hace sesenta años don Primitivo Martínez vendió esa finca a un trabajador de la fábrica La Reforma de nombre Francisco Noamí. Todos lo conocían como don Panchito “El Japonés”, o simplemente como “El Japonés”, por sus rasgos marcadamente orientales. Tenía otra característica, siempre llevaba puesto un guante negro en una de sus manos.



Dibujo: Jorge Luis Muñoz López

Lola Tena, su mujer, era una experta en la magia y la hechicería, lo mismo elaboraba amuletos y talismanes, o realizaba trabajos mágicos para cualquier fin personal de su numerosa clientela, no faltando, quien le encargara algo para lograr un amor imposible, quitar a un rival del camino o ejercer una venganza en contra de algún prójimo. Empleaba para estos menesteres magia de cualquier color, negra o blanca, no importaba, todo dependía del gusto y de las intenciones del cliente. Asiduos

visitantes de su casa eran un sinnúmero de trabajadores de la fábrica y una gran cantidad de mujeres de todas las clases sociales y edades, sin importar su condición de casadas, viudas, o solteras.

Vivían con ellos dos hijas. Rosa la mayor, llevaba una vida disipada, por su carácter entraba en constante conflicto con su madre, cuyo trato era a punta de gritos y maldiciones.

Si bien Lola era una bruja en toda la extensión de la palabra, también era una mujer con mucha religiosidad. Tenía, pues, todo lo malo y todo lo bueno de la naturaleza humana. Esta dualidad extrema desconcertaba a la gente.

Entre sus devociones más arraigadas, era el ir cada año en la peregrinación a pie a visitar el santuario de la Virgen de San Juan de los Lagos.

En una de esas ausencias anuales, y estando ella por allá, en su casa sucedió una desgracia. Los vecinos, entre ellos don Primitivo Martínez y los trabajadores de su taller de zapatería, no soportaban el fétido olor que salía de la casa de Lola. Decidieron llamar a la policía para que indagara su origen. Lo que encontraron fue un espectáculo horripilante: yacía tirado en las escaleras, el cadáver de don Panchito en un avanzado estado de descomposición, tenía ya varios días de muerto. Nunca se supo la causa o el por qué de su muerte.

A partir de ese trance, Lola empezó a enfermar, su carácter se volvió agrio y entraba en frecuentes crisis nerviosas, las relaciones con Rosa entraron también en profundas crisis.

En tal situación vendió la casa y se fue a vivir a San Nicolás de los Agustinos con unos parientes. Los nuevos inquilinos decían que en la casa sucedían cosas extrañas, que asustaban, al grado que ni los albañiles que le estaban haciendo algunas reparaciones querían ya trabajar allí. Un día, algunos chiquillos de la casa y sus amiguitos que por ahí jugaban, se fueron a meter a un cuarto del fondo. Estando adentro, algo o alguien dio un tremendo cerrón a la puerta. Como pudieron, los niños salieron

y corrieron con su madre. Ésta, en un acto de valentía, se dirigió al cuarto en mención y gritó: ¿quién diablos está ahí? de inmediato le contestó una voz que venía del fondo del cuarto: a la noche nos vemos.

Y esa noche sucedió, según me lo contó Felipe, el hijo de don Primitivo, su vecino. Eran pasadas las once de la noche y estando en la cama a punto de dormir, Felipe y toda la familia, empezaron a escuchar ruidos y voces que venía de la casa de al lado. Era la voz de Lola que injuriaba a Rosa, los ruidos y las voces fueron subiendo de tono, parecía como si el diablo las estuviera arrastrando a las dos. Dice Felipe que todo terminó cuando se escuchó la voz de Lola que se iba alejando y a la vez cantado: Oh María Madre Mía, Oh consuelo del mortal. . .

A los pocos días todo el mundo se dio cuenta de un hecho insólito: Lola había muerto en San Nicolás, precisamente en día y a la hora en que en la casa de la calle Hidalgo se escucharon sus horrendos gritos.

Pero esto no fue todo. Al paso del tiempo, en la ventana de la calle, lo vecinos y transeúntes que por ahí pasaban de noche, veían una sombra que entraba o salía de ella.

Todos pensaban que se trataba de algún gato negro que ahí habitaba, pero cual sería la sorpresa de todos al comprobar que la sombra no era un gato, sino la mano de “El Japonés” con su guante negro.

Todos estos sucesos terminaron cuando en una parte del fondo de la casa, desenterraron unos cántaros y ollas que contenían unos monitos como de cera, de esos que se usan en la brujería. Rompieron los recipientes y quemaron los monitos, y dicen, que al derretirse los espíritus de Lola y de don Panchito descansaron en paz.

La perla de La Angostura

Viejas crónicas prehispánicas de la región, recogidas y perpetuadas por los primeros misioneros y pobladores llegados al valle de Guatzindeo, nos transmiten una bella leyenda de estas tierras.

En el bello y fértil valle de Guatzindeo, rodeado por hermosos cerros y montañas liderados por el imponente coloso de El Culiacán, que como leal vigilante, ha resguardado desde la noche de los tiempos su integridad cultural, alimentada por el río Lerma - el imponente río Tlolitlan o chilchahuapan- que como arteria vigorosa lo recorre partiéndolo en dos mitades territoriales que fueron campos propicios para los encuentros y desencuentros de las culturas indígenas que en él habitaron. El valle fue una amplia zona de frontera entre dos formas de vida, dos formas de percibir la existencia del ser humano sobre la faz de la tierra entre los refinados y cultos tarascos y los aguerridos y “bárbaros” chichimecas.

Mientras las leyes y costumbres de los tarascos estaban destinadas a mantener el orden social; las normas de convivencia de los chichimecas eran para la supervivencia en función de los alimentos existentes.

Estos últimos se organizaban en pequeñas bandas nómadas, sobreviviendo con frutos y raíces silvestres que las mujeres recolectaban y el producto de la caza que los hombres realizaban.

Eran diestros en el manejo del arco y la flecha, dormían en el suelo o hasta en pantanos, vestían pieles o andaban desnudos sin bañarse y con la cara pintada o rayada. Sus costumbres hoy nos llenarían de pavor o de indignación moral, eran crueles rayando en lo espartano: si nacían gemelos, al más débil lo abandonaban para que muriera, presa de las inclemencias del

medio; si nacía con algún defecto físico sufría igual suerte; si por desgracia la madre moría en el momento del parto, se le enterraba con el recién nacido aún vivo, pues no había quién se hiciera cargo de él.

Pero el valle era lugar de confluencia de razas y el gran río su frontera. Como tal y como todas las fronteras de mundo, lo mercantil no podía faltar. Todos sabemos que el comercio es el mecanismo por excelencia para que el hombre se allegue bienes y cosas para satisfacer sus necesidades.

A orillas del Tololotlan se realizaba esta actividad, según la costumbre era cada mes en la noche de luna llena. Los tarascos trían peces, conchas y moluscos frescos de Pátzcuaro, jícaras matizadas de colores y frutas exóticas de la Tierra Caliente, recibiendo a cambio de los chichimecas: sal, ayates y pieles, cuentas de ópalo de la Sierra Gorda y saetas de obsidiana. Este comercio se realizaba por trueque: es decir, cosa por cosa.



Dibujo: Jorge Luis Muñoz López

Una noche de tianguis cuando la luna brillaba como nunca, varios nobles tarascos vieron a una hermosa joven chichimeca asomándose entre los sabinos del río. A la luz de la luna, dejaba ver su silueta de formas exquisitas, coronadas por una hermosa cabellera negra que le caía sobre los hombros dándole un aspecto atractivo y enigmático. Los nobles pensaron que la chica era digna de ser una más de las mujeres de su rey. Decidieron comprarla a cambio de una hermosa perla de gran tamaño. El trato se cerró con el papá.

De ella nunca se supo nada, pero en su nueva vida gozó de todas las comodidades preferencias que el rey le dispensaba, sin embargo, extrañaba a su familia y a los demás miembros de su pequeña tribu, pasaba las noches enteras en un continuo llanto hasta quedarse dormida de tristeza y agotamiento. En su antiguo hogar también todos la echaban de menos y le reclamaban al padre haberla intercambiado por su desmesurada ambición. Él, lleno de remordimientos caminaba las noches enteras sin rumbo fijo, llevando fuertemente apretada en una de sus manos la perla que le habían dado a cambio, sin que su recuerdo se borrara de su mente.

Una noche, desesperado y caminando por el campo, se detuvo en un pequeño montículo de piedra. En el silencio de noche vio la inmensidad del valle y las imponentes siluetas de los cerros que lo rodean como celosos guardianes, y gritando lastimeramente con todas sus fuerzas, lanzó al vacío la hermosa perla que tantos tristes recuerdos le provocaba.

Cuentan las crónicas que en el lugar donde cayó la perla brotaron las lágrimas de su hija ausente tomando la forma de un hermoso manantial de aguas claras y frescas que apagaron la sed de los habitantes del valle.

Así brotó y así nació nuestro venero de La Angostura.

¡Agárrate Juanito!

Corría el año de 1927, los aguaceros de mayo fueron fuertes y continuos, siguieron en junio y así se fueron hasta muy entrado septiembre. El río aumentó su caudal y pronto salió de su cauce normal. Los salvaterrenses se alarmaron: se había inundado Santo Domingo, en la hacienda de Sánchez el agua les llegaba a la rodilla a los peones que sacaban las cosas de la casa para ponerlas a salvo, se suspendió también el servicio de tranvías, por que había sucedido lo mismo en la hacienda de San José del Carmen.

La población entera acudió al puente de Batanes a ver el río. El agua cubría todos los arcos y alcanzaba a entrar al piso por los agujeros que servían para el desagüe en la temporada de lluvias. La gente iba a cerciorarse de que el agua no se lo hubiera llevado durante la noche.

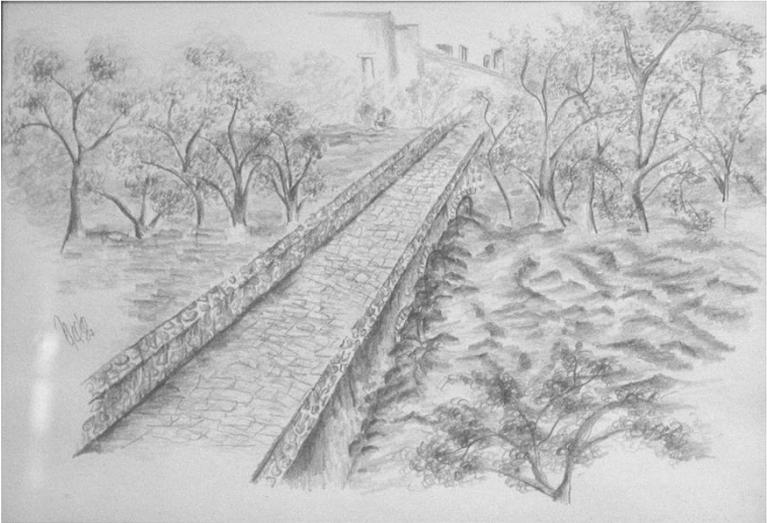
Las autoridades municipales ordenaron, para seguridad de la población, que desde las seis de la tarde y hasta el amanecer del día siguiente, nadie debería cruzar el puente. Por lo que establecieron una guardia de gendarmería en las entradas del mismo.

Al anochecer de uno de esos días, todo era silencio y oscuridad, sólo se escuchaba el rugir del agua. Uno de los gendarmes de la guardia dijo a su compañero: ¿No oyes a unos niños que se están ahogando? el compañero le contestó: ¡Vamos a ver! Cuando llegaron a medio puente alumbraron con sus linternas, y con asombro se percataron que en el agua no había nadie, las voces de los niños provenían del interior del mismo, y cada vez que la corriente lo azotaba, gritaban con fuerza: ¡Agárrate Juanito pa' que no nos lleve el agua!

Se cuenta que cuando el puente se empezó a construir en pleno mes de mayo de 1650, ya avanzada la obra, llegó una avenida muy fuerte y derribó lo que se llevaba de construido. El

arquitecto constructor, desesperado pidió un consejo al diablo, éste le dijo que a la mezcla le agregara leche y sangre de mula, y que en cada pilar enterrara a un niño vivo recién nacido dedicado a él. Así lo hizo; el puente aún está de pie.

Cuando el agua sube y las avenidas son fuertes, como en la inundación de 1958, dicen algunas gentes que escucharon gritar otra vez a los niños enterrados vivos ¡Agárrate Juanito, pa' que no nos lleve el agua!



Dibujo a lápiz: Rocío Bárcenas Franco

La calle de Las Ánimas

En la madrugada de una de esas calurosas noches de mayo, cuando las lluvias todavía no llegan, Delfino caminaba presuroso por la acera de nuestro atrio parroquial, tomó en seguida la calle de Juárez rumbo a la clínica del Seguro Social, había salido de emergencia de un retiro espiritual que tomaba con sus compañeros del grupo cristiano al que pertenecía, le avisaron que su esposa estaba enferma y había sido internada en ese lugar.

Cruzó la calle de Manuel Doblado, frente a la Plaza de Toros se apareció de pronto un gran perro negro. Tenía los ojos enrojecidos como brazas de carbón y mostrándole el hocico espumoso listo para arrojarse sobre él.

Delfino sintió un frío extraño en su espalda, los cabellos se le pusieron tiesos y se le enchinó la piel. Lo único que atinó a hacer fue apretar, con toda la fuerza de su mano, el Cristo que pendía de su cuello; era el que usaba en sus reuniones de cristiandad. Como por arte de magia, dando un fuerte alarido de dolor, el perro desapareció en veloz carrera rumbo a la carretera.

Ese tramo de la calle Juárez, comprendido entre la calle de 16 de Septiembre y la carretera, data casi inmediatamente después de la fundación cuando se realizó la primera traza de la ciudad y el reparto de solares entre los primeros vecinos. Se le conoció primero con el nombre de calle de Maguelles por más de medio siglo. Con motivo de la secularización del curato, en 1767, se le conoció como calle de La Luz, nombre que duró unos treinta años, hasta 1808, aproximadamente.

Por esos años del siglo XIX, a esta calle se le empezó a conocer como la calle de Las Ánimas, por los sucedidos que en ella acontecieron y que paso a relatar.

En una vieja casona de adobe y teja, aledaña al Pantano de Cantarranas, nombre con el que se conoció por muchos años a

un baldío ubicado en lo que hoy es la Plaza de Toros, se había asentado una secta de adeptos al espiritismo y los ritos satánicos. Tal cofradía tenía muchos socios y socias, casi todos de edad madura, tenían como rasgo común: ser mediocres, fracasados, y renegados.

Por esos días llegó al convento de los Carmelitas Descalzos, en Salvatierra, un joven sacerdote que al decir de la gente poseía dones extraordinarios, entre ellos: carismático, ahuyentador de demonios y de espíritus del mal. El fraile pronto se dio cuenta de la existencia de tal congregación y decidió desterrarla para siempre.

Se presentó a una de sus reuniones disfrazado de un viejo pordiosero. Entre la penumbra de la sesión pudo observar que un ser extraño la presidía. Llegado el momento más importante del rito, el fraile sacó de entre sus ropas un Santo Cristo, lo levantó enseguida con su mano derecha y pronunció fuertemente, unas palabras ininteligibles para todos los presentes.

Exhortó después al espíritu del mal a abandonar el lugar y a la congregación. De inmediato se escucharon fuertes truenos y gemidos lastimeros entre destellantes relámpagos rojos y amarillos.

Pasado esto, los asistentes a la reunión se arrodillaron ante el Cristo que portaba el fraile, juntos se arrepintieron y oraron para suplicar el perdón del cielo por semejantes actos.

Para ahuyentar al maligno para siempre, se decidió encomendar esta calle a las Animas Benditas del Santo Purgatorio, de ahí su nombre que perduró por casi cien años. El perro no es más que uno de esos espíritus malignos que vagan por el mundo para la perdición de las almas, apareciéndose de vez en cuando en busca de adeptos, ahora que la calle ha perdido su nombre.

La Quemada

*D*esde tiempos inmemoriales se asentaron alrededor del mágico coloso de Culiacán muchos pueblos míticos: La Magdalena, Los Negros, El Cuije -hoy Rancho de Guadalupe-, Rancho de La Luz y La Quemada, entre otros. Todos existían antes de la llegada del español y del misionero, eran centros ceremoniales dedicados a las deidades prehispánicas que se creía habitaban en la gran montaña: entre lo de arriba y lo de abajo, más cerca del sol y de la tierra.

Con la llegada del conquistador y del terrateniente, estas tierras fueron propiedad de los Arizmendi Gugorrón, quienes, para explotarlas de lleno, fomentaron los asentamientos indígenas en estos antiguos pueblos, con excepción de Los Negros, donde precisamente asentaron esclavos de color.

Las fuentes documentales nos revelan que a los pocos años de haberse fundado la ciudad de Salvatierra, la heredera de la familia Arizmendi, doña Josefa Bocanegra, vendió estas tierras a los religiosos carmelitas, quienes a su vez las vendieron a don Nicolás García Botello. Fue precisamente él quien compró en 1690 la hacienda de temporal de La Quemada.

Desde entonces, este pueblo fue crisol de razas. A los indígenas se les agregaron los españoles y negros, y nacieron en la región las castas. Además de mestizos, hubo mulatos, coyotes y zambos. Pero también fue crisol de culturas, y vino la magia y la hechicería.

Se fundió el conocimiento de los antiguos naguales del mundo indígena que habitaron en el cerro de Culiacán y que eran capaces de volar o de convertir su forma humana en la de un animal, con la ancestral magia traída por los negros desde su lejana África.

Vivía Felipa con su pequeño hijo en un jacal de una apartada orilla del pueblo. Era una mulata hechicera a quien la gente de la región le atribuía grandes poderes, decían que con su magia

lo arreglaba todo, desde curar los males de amor, hasta vencer los influjos de las malas voluntades.

A ella recurría la gente de los alrededores para encargarle hechizos, polvos mágicos, amuletos, talismanes, y filtros para el amor. Iban también por remedios hechos a base de hierbas y otras cosas para la cura de enfermedades, le llevaban hasta a los niños para que los curara de espanto o de empacho.

Pero tenía una gran virtud o defecto, según se le quiera ver, le gustaba el dinero fácil, y para conseguirlo se valía de cualquier medio, desde estafar, engañar, y hasta sobornar a sus clientes. Así que, pobre de aquél que caía en sus manos, no se libraba de ella de por vida.

Entre su numerosa clientela se encontraban los vecinos de La Quemada a quienes les ponía especial atención usando métodos muy sofisticados en sus trabajos y ritos. Uno de sus preferidos lo aplicaba a aquellos que le encargaban un hechizo de amor, los obligaba a que, a la hora de comulgar, se extrajeran de la boca la Sagrada Ostia y la envolvieran en un papel que contenía versos amorosos escritos por ella y se la llevaran.

Después de cobrar su trabajo, los seguía amenazando con acusarlos con su mujer o con el marido ofendido sino le seguían dando una determinada cantidad de dinero. A las mujeres que con ella asistían las inducía a la insidia, para que se pelearan con otras mujeres o con sus maridos. En fin, no perdía oportunidad de sembrar el mal para obtener sus propios beneficios.

Llegó el día en que en La Quemada ya no se podía vivir: matrimonios y hogares en eterno pleito, vecinos en continua rivalidad, y hasta los niños habían dejado de jugar por no tener amiguitos con quién hacerlo. De pronto todos recapacitaron, todo ese mal lo hacía Felipa, la hechicera del pueblo.

Todo el pueblo reunido en un solar: hombres, mujeres, y niños, decidieron ir por ella para hacerse justicia por su propia mano. Así lo hicieron, dejando abandonado a su pequeño niño en el jacal.

Una vez que la tuvieron en sus manos, la condujeron a lo más alto de una yácata y la quemaron viva con leña verde. Dicen que cuando las llamas la envolvieron, pegaba unos horribles y tremendos gritos maldiciendo al pueblo y a su gente, y pregonando que ni muerta se librarían de ella. Dicen también las viejas crónicas del lugar que cuando la lumbre hacía los últimos estragos en su cuerpo, con su mano derecha en alto no dejaba de hacer el signo de dinero.

Desde ese día, todos los habitantes de la región conocieron al pueblo como La Quemada, en recuerdo de este memorable acontecimiento.

Pero su amenaza fue una realidad, el espíritu de Felipa no se fue. Por las noches, se escuchaban sus gritos como aullidos de coyote que subían hasta lo más alto de la cumbre del Culiacán.

Y dicen además que, hoy su pequeño hijo se aparece en pleno día en algunos lugares del pueblo, como en la escuela o en el jardín de niños, buscando agua para apaciguar los sufrimientos y gritos de su madre: La Quemada.



*La Virgen, los ladrones,
y la mula*

Nuestro templo parroquial, hoy Santuario Diocesano, se comenzó a construir en el año de 1743 y se terminó en 1808 a instancia de fray Antonio de San Miguel, O.F.M. obispo de Michoacán. Fue el párroco salvaterrense don Ignacio Basurto, quien logró poner fin a esta magistral obra arquitectónica.

La preciosa Imagen de Nuestra Señora de La Luz está formada de pasta de caña de maíz; pasta que hacían los indios de Pátzcuaro para formar con ella sus ídolos y que una vez convertidos a la fe católica, la emplearon, por indicaciones de los misioneros franciscanos en la fabricación de imágenes, las cuales fueron llevadas por éstos a sus diversas misiones. Las primeras imágenes así realizadas datan del año de 1538, no se tiene noticia de que hayan sido fabricadas después del siglo XVI. Es muy probable que la imagen de Nuestra Señora de La Luz peregrinara por el mismo camino que seguían para evangelizar.

Desde el año de 1665, ya en estas tierras, la Sagrada Imagen empezó a ser traída a la ciudad en procesión solemne desde la hacienda de San Buenaventura al templo Franciscano en el día de La Candelaria para celebrar la creación del Curato, dando así origen a nuestra tradicional fiesta del 2 de febrero. Lo anterior se vino repitiendo hasta el año de 1733 en el que las autoridades del obispado determinaron su estancia definitiva en la ciudad. Su peregrinar continuó, estuvo en el convento de San Francisco, que era el templo parroquial, pasó temporalmente al templo del Carmen, más tarde a su primer santuario, que hoy conocemos como el santuario de Guadalupe.

En este peregrinaje de 258 años, de Pátzcuaro a Salvatierra, Nuestra Señora de La Luz dio muestras de su grandeza por los milagros y bendiciones que siempre ha derramado sobre los salvaterrenses. Pero también no ha estado exenta de intentos de robo de sus pertenencias, por parte de ladrones y malhechores.

Recién fundada la ciudad el ambiente no era muy propicio ni seguro. Como en todas las ciudades nuevas, llegaron personas en busca de aventuras y riquezas fáciles, al grado que el párroco

tuvo que hacer un llamado para que cesaran los robos de materiales para construcción que se habían generalizado.

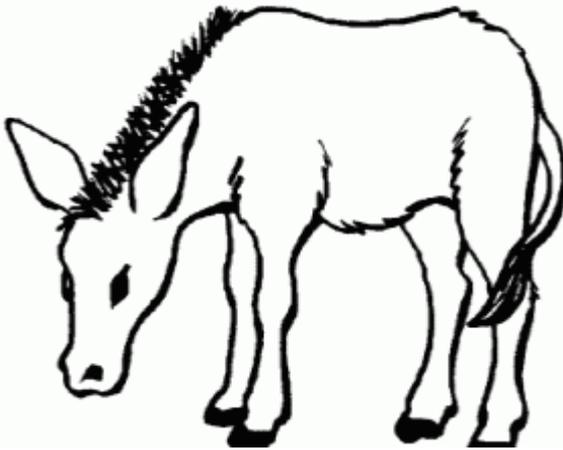
En las iglesias, los caminantes foráneos que visitaban la ciudad, se ponían cómodos en el suelo para dormir, llevándose lo que estuviera a la mano, no faltando alguien que cargara hasta con el agua bendita.

Un año antes de la secularización del curato, en 1766, cuando la Sagrada Imagen estaba en su primera capilla, una noche un ladrón, un tal Aguirre, trató de despojarla de sus alhajas y su corona, cuando vio que el rostro y la cabeza de la imagen se movían para no dejar que se las quitara, ante tal hecho, salió asustado y fue a refugiarse en un mesón. Al día siguiente, se levantó pálido y tembloroso, provocando que el alcalde ordinario don Antonio de Estrada, al considerarlo sospechoso de algún ilícito, lo aprendiera y le hiciera confesar el fallido hurto, como era un pájaro de cuenta, como dicen ahora, ordenó darle muerte a garrote vil y mandó colgar su cadáver a la entrada del puente de Batanes, para que sirviera de escarmiento a todos aquellos que intentaran cometer un robo de tal naturaleza.

La inclinación de la cabeza de la imagen se debe, según cuenta una tradición narrada por don Antonio José García, clérigo y vecino de esta ciudad, que en el año de 1695 la imagen estaba en el templo del Carmen, allí un ladrón le robó las alhajas que le regaló la que fuera dueña de la hacienda de San Buenaventura: doña Leonor Tamayo, quien por razones familiares tuvo que mudarse a la ciudad de Valladolid. Después de cometer el hurto, el malhechor se fue a vender las joyas precisamente a esa ciudad, y para su mala suerte llegó a ofrecerlas precisamente a la casa de la Sra. Tamayo. Al reconocerlas de inmediato, pidió a su esposo don Manuel Uribe que aprehendiera al ladrón mientras se confirmaba el robo en Salvatierra. El ladrón confesó que mientras despojaba a la imagen de sus alhajas, ésta había estado inmóvil, pero al tratar de despojar las del niño, la virgen bajó la cabeza, esto le causó tanto pavor que salió huyendo a toda prisa de la ciudad, poniendo muchas leguas de distancia de por medio.

Otra leyenda cuenta cuando la sagrada imagen estaba en su primera capilla, un ladrón penetró al templo y trató de despojarla de sus joyas. Trepó por el altar hasta llegar a ella, al estar cometiendo su infame acción, una mula que pastaba en las afueras enredó una de sus patas en la cuerda que servía para tocar la campana, al tratar de zafarse el animal, más jalaba la cuerda y ésta la hacía sonar. El ladrón, temeroso de que la gente acudiera a ver que pasaba, salió a toda prisa sin lograr cometer su hurto.

De lo que sí debemos estar seguros, es que así como Nuestra Señora de La Luz ha defendido sus alhajas, así también, nos ha defendido y lo seguirá haciendo con todos los salvaterrenses, estén donde estén.



Las brujas

No me vas a creer lo que te voy a contar, exclamó don Graciano, mirándome fijamente a los ojos allá en su casa, en

una de esas escabrosas pero simpáticas callecitas del Molino de Ávila.

A sus casi noventa años, su lucidez mental me impresionó, parecía que sus vivarachos ojos negros sobre el rostro enjuto y la barba blanca, querían salirse de su lugar.

Me dijo: allá por el año de 1918, lo recuerdo bien, aunque apenas era yo un niño, pasó algo terrible aquí en el Molino. El trapiche trabajaba a todo lo que podía, vieras que bonito piloncillo salía, y si hubieras visto el carrito sobre rieles jalado por una mula trayendo la caña desde San Buenaventura, no paraba en todo el día. Había pocas casas cerca del molino, ¡unas cuántas!, casi todas pegadas al canal.

Aquella tarde de sábado ya se había metido el sol, estaba oscureciendo sobre los cerros cuando de pronto se propagó entre nosotros una noticia; se había perdido el niño chiquito de doña Juana, la esposa de Cenobio, el encargado de la lumbre para hacer hervir la miel.

De inmediato los hombres mayores dejaron la platicada y las mujeres salieron de sus casas, los chiquillos nomás hacíamos bola, pero nos dábamos cuenta de la gravedad de lo sucedido.

Todos, hombres, mujeres y chiquillos, lo buscamos por todas partes,; en la casa grande de la hacienda, en el trapiche, y en todas las tablas de sembradío. Después unos se fueron a buscarlo por todo el camino viejo a Salvatierra, otros con permiso del patrón cerraron la compuerta en el río para secar la acequia por si se hubiera caído y ahogado.

Ya caída la noche, oscura y negra como boca de lobo, en la que no hay luna y no brilla ni de milagro alguna estrella, todo era un silencio que parecía velorio, sólo se escuchaban los rumores de las apagadas voces de los hombres que volvían. No lo encontramos por ninguna parte.

Muy entrada la noche, cuando el sereno ya gritaba la hora allá en Salvatierra para que ya nadie anduviera en la calle, vimos

unas luces que surcaban el cielo. Venían de todos lados, de por el rumbo de San Nicolás de los Agustinos y la Laguna de Yuriria, otras, de las lomas del Ranchito de San José del Carmen, y unas muy luminosas que parecían salir de Eméngaro. Todas se dirigían pa'l Cerro Pelón.

El más viejo de los hombres mayores gritó: ¡fueron las malditas brujas! . . . ¡ellas se llevaron al niño! contestó otro.

Don Graciano continuó su relato: me lo contó mi padre, me dijo, que se lo dijo su abuelo; las brujas son seres horripilantes que se juntan para hacer su festín de sangre los sábados por la noche en el Cerro Pelón, no ves que ese no tiene cruz, ahí casi siempre se llevan a algún niño pequeñito que se roban cuando la mamá se descuida.

La más vieja y fea es la primera que le clava sus pestilentes colmillos para chuparle la sangre todavía vivo, luego le siguen las demás. Se comen su carnita tierna, y sus huesitos los ponen a secar al sol, luego los muelen para hacer sus polvos y filtros mágicos.

Viven en casuchas sucias y malolientes que visitan sólo aquellos que las necesitan para solicitarles sus servicios, buscando hacerle el mal a alguien.

Cuando se roban a una niña la educan para que se haga bruja de grande y, ¿sabes cómo se hacen brujas? se acuestan con el diablo y éste les da un beso que se les queda marcado en la piel para toda su vida.

Después de eso, ya no pueden dejar de ser brujas.

Me despedí ya tarde de don Graciano y sólo atiné a pensar, ¿por qué no levantamos la vista más seguido para mirar al cielo?

Tiempo después lo visité para que me siguiera platicando de las brujas. Entré al Molino de Ávila por la calle que está sobre la carretera vieja a Acámbaro, luego seguí la que bordea la finca vieja del molino. Me encontré otra vez a don Graciano, sentado

en un banquito de madera por fuera de su casa. Al verme, sus ojos vivarachos se encendieron otra vez y empezó a contarme algo nuevo, algo que no me había dicho la vez anterior.

Por aquí cerca, me dijo, hay lugares donde muchas de las mujeres que allí viven son brujas. Todo empezó cuando un día de octubre de los primeros años del siglo pasado, los gendarmes trajeron arrestada a una mujer de edad indefinida, pero que a su dicho, contaba con sesenta y cinco años, dijo llamarse Yadira, a secas, no dio sus apellidos. Estaba acusada de estafar a los viajeros que transitaban por el viejo camino de Salvatierra a Yuriria, justo a la entrada del puente de piedra que cruza el arroyo de Los Sauces, que va a desembocar a la laguna.

La remitieron a la cárcel de mujeres, conocida en ese entonces como las arrecogidas. Corrió el rumor en Salvatierra, de que la tal Yadira era bruja. Tenía buen carácter, era comodina, atenta, y simpática. Pero por si las dudas, el alcaide de la cárcel decidió encerrarla en una celda, para que no se fuera a escapar volando.

Cuando salió de la cárcel, cuentan que se fue a vivir a uno de los islotes de la laguna de Yuriria. Y dicen que con el tiempo, comenzó a visitar y frecuentar a las mujeres de muchos lugares para convencerlas de que se hicieran brujas.

Hoy cuentan todavía los viajeros nocturnos de esa carretera que por las noches se ven luces en el cielo, son las brujas que van a visitar a Yadira al islote de la laguna donde aún vive. Y dicen algunas gentes, que daban en ir mucho a volar sobre Urireo, hasta que un buen día agarraron a una y la quemaron viva bajo un árbol que estaba en el jardín. Aquí en el Molino de Ávila no hemos podido todavía agarrar a una para quemarla, terminó diciéndome.



Dibujo: Antonio Pérez Soto

La procesión de San Antonio

El viernes 12 de junio de 1997, Lupe Tinajero llegó a la Central de Autobuses muy noche, venía de una fiesta en la que se había festejado a su jefa con motivo de su onomástico que celebraría al día siguiente, pues se llamaba Antonia. Lupe trabajaba en Celaya como secretaria y pensaba que se le había hecho muy tarde para llegar a su casa, así que apuró el paso, ya que vivía

por el rumbo de la fabrica, en la calle Lerdo de Tejada. Al llegar al Jardín Grande, entró por la esquina de la parroquia, lo cruzó en diagonal rumbo a la calle Hidalgo, cuando llegó a la esquina de la calle Madero, se percató que una procesión de mujeres se dirigía al templo de San Antonio. Pensó que por ser víspera de su fiesta era un rosario de aurora. Lo que le extrañó, fue no conocer a ninguna de ellas, las había de todas las edades y condición social. Lupe por curiosidad decidió seguirlas y asomarse al templo, las puertas estaban abiertas y las luces encendidas. Cuando llegaron a la iglesia, las mujeres tomaron asiento en las bancas, le sorprendió que no hubiera ningún sacerdote que presidiera el acto litúrgico, pero observó que una a una, pasaban al pie del altar en silencio y con mucho respeto algunas depositaban imágenes de todos los tamaños del Niño Dios y otras, trece monedas en un pequeño canastillo. Cuando terminaron una a una se fueron retirando, Lupe hizo lo mismo, pero al llegar a la calle veía que las mujeres desaparecían en la obscuridad de noche.

Lo que le pasó a Lupe esa noche, fue que presencié la procesión de las ánimas de las mujeres que en vida se atrevieron a robarle el niño a San Antonio y nunca se lo devolvieron. También de aquellas que, pidiéndole favores amorosos al Santo, no cumplieron con su manda de entregarle la limosna de las trece monedas que se destinan a los pobres. Esta procesión, dice una antigua tradición, se da todos los años en la víspera de su fiesta.

La calle del Ahorcado

Nuestras calles, como las de todas las ciudades, pasan por un proceso de transformación a través del tiempo y el espacio, no sólo en su paisaje arquitectónico sino también en sus nombres con que fueron conocidas en las diferentes épocas de la historia local.

Esto se debe a una diversidad de factores: políticos, patrióticos, religiosos, hechos importantes, personajes ilustres o célebres, y hasta caprichos populares. La cuestión es la necesidad de

identificarlas. En la ciudad no siempre fueron conocidas con un solo nombre; en sus diferentes tramos o cuadras se les conoció con denominaciones diferentes.

La historia de nuestra calle principal o calle Hidalgo, es un buen ejemplo de lo anterior. Recién fundada la ciudad en 1644, esta calle fue de las primeras en la traza urbana. Al tramo comprendido entre el Bulevar Posadas Ocampo y la calle 16 de Septiembre se le llamó Calle Real a La Laborcita, ya que llegaba a una fracción de terreno de labor agrícola relativamente pequeña, situada atrás de lo que hoy es el templo de Santo Domingo, entre las dos acequias, propiedad de doña Anna Talia Ponce de León, según lo hace constar don Agustín Gómez, Escribano Real y de Cabildo de la ciudad de Salvatierra en auto fechado el 23 de marzo de 1724. A partir de 1750, a este mismo tramo se le conoció como calle a la Cárcel o de La Cárcel, porque se instaló el reclusorio de la ciudad en la esquina que forma con la de Manuel Doblado. En la primera época independiente se le llamó calle de Iturbide, en honor a uno de los consumidores de nuestra gesta libertaria. A la caída de su imperio se le denominó calle Nacional, y a partir del centenario de la Independencia tomó su actual nombre.

La parte céntrica entre el Jardín Principal y la calle de Guillermo Prieto, se le conoció en la Colonia como Calle Real; en la primera época independiente, como Calle Nacional; y tomó el nombre actual junto con los demás tramos.

El último tramo comprendido entre la calle de Guillermo Prieto y la fabrica la Reforma, se le conoció primero como calle al Molino y después calle de La Esperanza, por encontrarse el molino de La Esperanza en los terrenos que hoy ocupa la fabrica. En la primera época independiente se le conoció como calle de Capuchinas. En 1865, al triunfo de los liberales y las Leyes de Reforma; a la fábrica y a la calle se les bautizó con el nombre de Reforma, este nombre duró hasta principios del siglo XX en que se le homologó con los demás tramos. En conclusión; el nombre de calle Hidalgo, en toda su longitud, lo tomó a principios del siglo XX, con motivo del primer centenario de nuestra Independencia.

Pero, ¿por qué se le conoció también a la calle de la Cárcel como la calle del Ahorcado? Cuenta una antigua narración que el vecindario así la nombró por mucho tiempo por los hechos que allí acontecieron. Hacia finales del siglo XVII, allá por el año de 1675, Salvatierra era ya próspera en su actividad económica, su agricultura destacaba en toda la nación, se le empezaba a conocer como el granero de la Nueva España. Sus ricas tierras y abundante agua habían hecho de sus haciendas verdaderos emporios económicos, y de sus propietarios hombres inmensamente ricos. Esta situación atrajo mucha gente a la ciudad en busca de mejoría para solventar sus necesidades y hacer su vida más llevadera. Como en todo, vino gente buena y honrada, pero también llegaron malvivientes en busca de la vida fácil y la riqueza ajena.

Entre estos últimos, llegaron cinco individuos encabezados por un mulato a quien apodaban "El Cubano", hombre listo y experimentado. Se hospedaron en uno de los mesones del portal de Los Carmelitas. Al poco tiempo, los vecinos acomodados comenzaron a alarmarse porque sus casas habían sido robadas. Los ladrones habían sustraído, además de monedas de oro; objetos preciosos y algunas obras de arte. El regidor de la Guardia de su Majestad comenzó las pesquisas y pronto dio con los responsables; eran los fuereños alojados en el viejo mesón del portal.

Cuando los aprehendieron se les encontró entre sus pertenencias solamente un Santo Cristo de oro, que fue reconocido como de su propiedad por uno de los vecinos afectados. Fueron recluidos en la cárcel en donde comenzaron las indagaciones con interrogatorios y suplicios para que confesaran en que lugar o con quien habían escondido el producto de sus robos. A pesar de las torturas que les infringieron los alguaciles, no lograron arrancarles ni una sola palabra que revelara su secreto. Pronto corrió el rumor entre la gente del pueblo sobre el lugar donde estaba escondido el guardo de los ladrones; unos decían que lo ocultaron en el panteón de los franciscanos; otros que estaba en la huerta del Carmen muy cerca de una de las ermitas; los más

fantasiosos afirmaban que lo arrojaron debajo de uno de los puentes del canal Gugorrones envuelto en sacos de cuero.

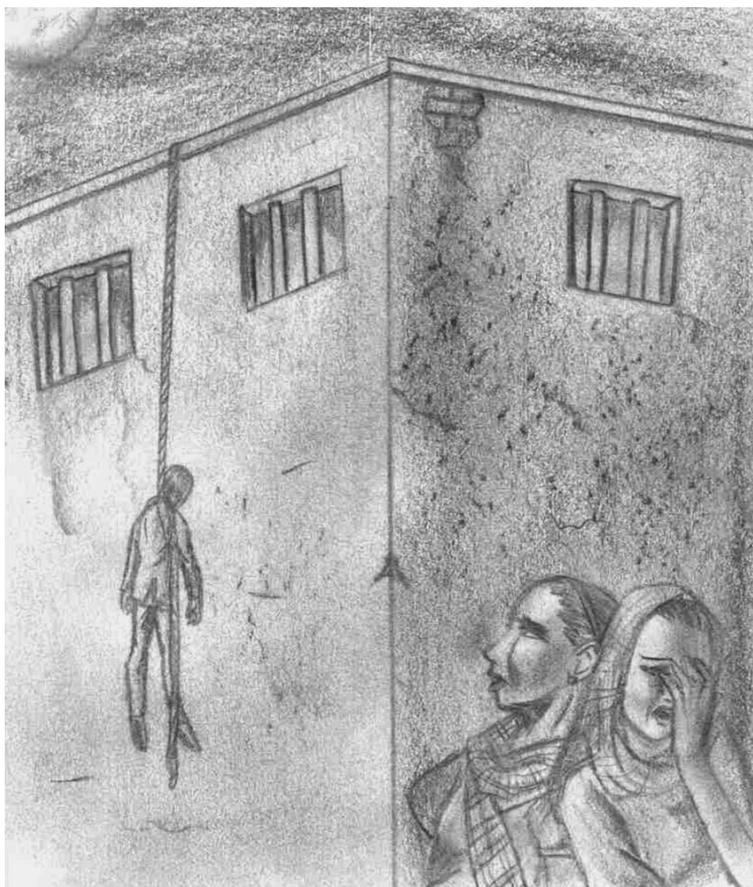
En la cárcel el Cubano hizo amistad con uno de los custodios a quien la gente apodaba "El Grullo". Una vez ahí, lo convenció a un custodio del reclusorio para que los ayudara a escapar, con la promesa de que también lo incluirían en el reparto de lo hurtado. El custodio, conocido como hombre avaricioso, y que por tal virtud lo apodaban "el grullo", accedió al trato.

Cuando le tocó la guardia nocturna, deslizó una cuerda en la pared del patio de la cárcel por donde treparon los detenidos y después de algunas peripecias alcanzaron la calle, logrando escapar.

El grullo fue el último en bajar a la calle por la cuerda, pero ésta, por algún motivo desconocido, se le enredó en el cuello. Quedó el custodio colgado a media altura sobre la pared, jahorcado!

El tesoro nunca se halló, de los ladrones nada se supo, pero del grullo se dijo que Dios no necesita ni vara ni cuarta para castigar.

Aunque no era su nombre oficial, los vecinos preferían llamarla: calle del Ahorcado.



Dibujo: Jorge Luis Muñoz López

La maldición del Charco

Y se rompió la calma.

¡Se ahogó Toto! ¡se ahogó Toto! gritaba Juanillo a los chiquillos de la pequeña pandilla del callejón del Padre Eterno. Piri, el mayorcito, le preguntaba: ¿dónde? ¿dónde?, -en el río, en el río-, contestaba. Olalde, su mejor amigo, le daba unas ligeras palmadas en la espalda para que se calmara, mientras Carmelo y Santitos, los más pequeños, nada más abrían más los ojos sin decir palabra.

Ya más sereno, Juanillo les dijo que fue en el charco de Tiajuana, como a la una, cuando salió de la escuela. Toto era el mejor de la pandilla, sabía nadar y jugar a lo que fuera, muy bien. Lo buscaron todo el día, y nada.

Al día siguiente, ya desesperada la familia, recurrieron a la vieja creencia de fijar una vela bendita encendida sobre una pequeña tabla para ponerla a flotar en el agua, donde se detuviera, ahí estaba el cuerpo. Pero el charco no lo soltaba, salió a flote hasta los trece días.

Decía la gente que en los últimos meses ya iban dos que se ahogaban allí, sin contar al viejito que le pasó lo mismo en diciembre del año pasado, y a todos los soltó hasta los trece días.

Las aguas del charco invitan a nadar, apacibles y plácidas bajo la fresca sombra de los sabinos que lo rodean, esconden su traición. De pronto, cuando alguien está en ellas, algo pasa desde el fondo que los jala y nos los suelta hasta que cumplen el plazo maldito.

Era el año de 1659, habían pasado apenas quince años de la fundación de Salvatierra, cuando el indio Juan Miguel fundó el barrio de San Juan con un grupo de naturales.

Juan Miguel nació en Huatzindeo y pasó su juventud en la hacienda de don Francisco de Raya. Desde pequeño mostró una gran inclinación hacía las cosas de la iglesia y de la fe, siguió a los misioneros franciscanos desde el hospitalillo hasta que se establecieron en el pueblo de Chochones, donde se desempeñó como alguacil de la doctrina.

Trabajó con celo y entusiasmo en el crecimiento y desarrollo del barrio, invitando a los vecinos a convivir en paz y quietud, y no permitía que se aceptaran en la comunidad gentes de malvivir que relajaran la moral y las buenas costumbres.

Ya muerto Juan Miguel, los naturales del barrio seguían observando las normas de moralidad que les dejó. Entre esas normas se había destinado, en la rivera del río, el paraje conocido como el charco para que las mujeres bajaran a lavar la ropa y bañarse, era un lugar exclusivo de mujeres, no se permitía que ahí entraran los hombres. Esta moralidad fue cuidada también por las autoridades: en 1759, el virrey ordenó a la justicia del partido de Salvatierra, le informara sobre como impartían justicia los naturales del barrio; y en 1771, las autoridades de la Nueva España pedían al alcalde mayor de la jurisdicción de Salvatierra, les indicaran que personas no indígenas habitaban en él, y que perjuicios les habían causado.

Estaba a cargo de la vigilancia del charco Juana, una india mayor de edad a la que todos llamaban cariñosamente “la tía”. Era costumbre de las mujeres; adultas, jóvenes, y niñas, lavar la ropa sin prendas de vestir, desde los hombros hasta la cintura, se quedaban únicamente con su falda. Para bañarse lo hacían desnudas, al fin no había hombres y estaban al cuidado de la tía Juana.

Pero la fatalidad llegó un día, un grupo de rufianes mestizos dedicado a asaltar a los viajeros que transitaban por el viejo camino a Acámbaro, allá por el rumbo de La Esperanza, llegó al charco. Los comandaba Elpidio Ziquini, mejor conocido como “el tuerto”, hombre sin escrúpulos y de negros y horribles pensamientos a quien la justicia buscaba por la gran cantidad de atrocidades y crímenes que cometía. Él y sus hombres atacaron a las mujeres, con tal saña, que fueron ultrajadas, violadas y brutalmente asesinadas.

La única que quedó con vida, a lo mejor por su edad fue la tía Juana. En su coraje y desesperación se arrojó al agua para morir, pero al hacerlo lanzó una tremenda maldición sobre el charco:

en él no se podrían bañar los hombres, y el que lo hiciera, moriría ahogado en sus aguas y su cuerpo permanecería en el fondo durante trece días, un día por cada mujer muerta ese fatídico día.

El charco de Tiajuana sigue cobrando vidas de hombres, y no los suelta durante trece días.



Dibujo: Antonio Pérez Soto

El soldado de los Cárcamos

Estaba Adelaido dormitando a la sombra de un guayabo, a media mañana de un día de abril de 1979, tomaba un reposo después de haber chaponeando la hierba de la huerta que cuidaba. Cuando de pronto vio venir, del rumbo de los

cárcamos, a un soldado que se dirigía a su casa ubicada en el centro del huerto. El uniformado entró a la modesta vivienda y anduvo viendo lo que en ella había, después salió para dirigirse al viejo sabino del camino, donde desapareció. Adelaido se había levantado a observarlo, y aunque sabía de quien se trataba, pensó: “no me vaya a dar baje con la vieja”.

Por la calle de Batanes, rumbo a las Presitas hay un gran número de huertas en ambos lados del camino, en esos lugares hubo en tiempos pasados y recientes un sinnúmero de asesinatos y robos. Sobre la rivera del río e inmediata al seminario de Cristo Rey, se halla la huerta del tlacuache, se llama así porque allí vivía un individuo a quien apodaban con ese nombre, junto con su mujer a quien apodaban la tacuacha. A principios de los años sesenta ambos fueron asesinados cruelmente en ese lugar. Esta huerta era precisamente la que después cuidaba Adelaida. Enseguida se encuentra la huerta de los cárcamos, son éstos una vieja construcción del siglo XVI, hecha de piedra y mezcla que sirvió para guardar agua.

A mediados del siglo XIX, los Argomedo, dueños de esos predios y de la fábrica de San Isidro Batanes, sembraron guayabos y pasto adecuado para que comiera el ganado.

Por esta razón, en la época de la revolución se estacionó allí una partida militar carrancista por la facilidad para que sus caballos pastaran y bebieran. Dicen las crónicas de ese tiempo que los soldados salieron a pie para hacer un reconocimiento, dejando sólo a uno de ellos de guardia al cuidado de las bestias. Cuando sus compañeros volvieron, lo hallaron cruelmente asesinado y mutilado, habían arrojado sus restos al cárcamo.

Esta es el ánima en pena que camina y marcha del cárcamo al viejo sabino del camino, haciendo todavía su guardia. Lo cierto es que hace algunos años cuando rehabilitaron los canales y regaderas, en ese lugar aparecieron los restos metálicos de rifles y carabinas de la época en que se cuenta que allí estuvo esa partida militar.



Los duendes

*M*ariquita, la esposa de don Carmen el herrero de la calle de Colón, contaba que cuando llegaron a Salvatierra, procedentes del pueblo de Santo Tomas, se fueron a vivir a la calle de Batanes, precisamente frente a donde desemboca la calle de Pípila -la que conduce al Molino de Ávila-. Era ésta, en esos tiempos, la salida del antiguo camino a Yuriria, la gente conoció ese lugar como El Paso del Águila.

La señora sufría de insomnio, por las noches se levantaba para estar mirando a la calle por una pequeña ventana. Una noche de sábado, ya para amanecer el domingo, se levantó, como era su costumbre, a ver por la ventana, cuál fue su sorpresa al observar a unos niños pequeños y ágiles jugando, a no se que cosa, en el Paso del Águila. En esos momentos, cuando sonaron las campanas de los templos llamando a la misa de cinco de la mañana, los niños desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos.

Contaba que cuando veía a esos raros niños jugar, en su casa sucedían cosas extrañas: se oía como si se rompieran los platos y ollas de su cocina, o como si estuviera cayendo tierra del techo de la casa.

¡Eran los duendes!

La mamá de mi amiga Narda Carmina, me contaba que de chica vivió en una casa de la calle de Arteaga, muy cerca de la esquina que forma con la de Fernando Dávila.

Una noche no podía dormir, sentía que alguien le jalaba las cobijas y le movía la almohada, cuando abrió los ojos vio a un pequeño niño que parecía estar riéndose, sus facciones se parecían a las de un negrito.

Al escuchar su padre el ruido, se levantó y comenzó a vestirse. Ella dice que el negrito repetía los movimientos y acciones que hacía su padre, y no se de donde sacaba también las prendas de vestir iguales a las de su padre y se las ponía. De un momento a otro desapareció.

¡Era un duende!

Don Alfonso Flores, vecino por muchos años de la calle de Guerrero y originario de Las Cruces, le contaba a su sobrino Joel que de joven fue arriero. Una vez, ya pardiando la tarde, salió de la Estancia del Carmen de Maravatío, rumbo a Salvatierra, acompañado únicamente de sus burros.

Al poco rato de caminar, sintió que los animales se encabritaron al aparecer en el camino un pequeño monito que los acompañaba, creyó en un principio que se trataba de un zorrillo, pues así se ven en la noche, le tiró algunos golpes con la vara pero no parecía pegarle y no se iba, seguía acompañándolos.

Al llegar a La Huerta no aguantaba los ladridos lastimeros de los perros; lo mismo pasó al llegar a La Virgen. El monito desapareció al entrar a Eméngaro.

¡Era un duende!

Mucha gente los ha visto: unos por Lerdo de Tejada, otros por la calle de Morelos, jugando frente al colegio de la Madres Guadalupanas, o por el molino de Las Tenerías, y desaparecen cuando corren hacia el callejón del Padre Eterno. En fin, se les ve por todas partes. Las viejas señoras dicen que son guerrosos y traviosos en las casas y lugares que frecuentan durante la noche.

Dice la tradición, que éstos pequeños espíritus no son ni buenos ni malos, pues son los niños del Limbo que no alcanzaron a recibir el Sacramento del Bautizo al nacer. Desaparecen, dice la misma tradición, al rezar la magnífica o una Salve.

Estos pequeños espíritus no habitan sólo en Salvatierra, también existen crónicas de que frecuentan nuestros pueblos, comunidades y haciendas.

La gente de Urireo dice que se aparecen en las noches de luna llena, en el barrio de El Bajío, por la calle de Iturbide, precisamente en el lugar donde hace mucho tiempo había un zapote raizudo al que una mala mujer embrujó.

Pero donde sí han dado guerra de verdad es en el pueblo de San Nicolás de los Agustinos. Ahí la gente vieja los conoce como los pinineos, dicen también algunos que los trajeron los villistas de Inés Chávez. Lo cierto es que son pequeños, traviosos, y les gusta divertirse con la gente. Y aparecen y desaparecen en un abrir y cerrar de ojos.

Una de sus diversiones predilectas es pararse frente a la yunta para no dejar avanzar a los animales, y cuando logran hacer enojar al yuntero, lo provocan para que los persiga, pero nunca los alcanza al correr tras ellos, pues se alejan dando grandes brincos y desaparecen en el aire. Cuando aparecen en las casas toman prestadas las cosas de la cocina, y hasta prenden y apagan la lumbre de la estufa.

Dicen las gentes de ese pueblo, que se van a otro lugar cuando alguien logra engañarlos.

Pero doña Rosita, una viejecita que vivió mucho tiempo en el barrio de Santo Domingo, decía que cuando en las casas se perdían las cosas nada más así, es que había duendes, y que había que quemar ramas de romero secas para ahuyentarlos con el humo.



La muchacha del Mirador

En ciertas noches oscuras en las que no hay luna, ha habido gente que viene entrando a Salvatierra por el puente de Batanes, y han visto en la ventana más alta del mirador, que está a su izquierda, un bulto blanco en forma de mujer, es el alma en pena de Carmen, la que murió de amor.

Carmen era hija de un rico hacendado español, asentado en Salvatierra, vivió precisamente en la casa donde se encuentra el mirador, a un costado del puente. Era joven y bonita, tenía muchos pretendientes, su padre deseaba casarla con uno de los

hijos de los ricos de la ciudad. Pero ella se enamoró de David, un joven arriero que por ahí pasaba regularmente con su recua, rumbo a Valladolid.



El rico hacendado había mandado construir el mirador para vigilar desde ahí la entrada a la ciudad. No le pareció bien que su hija se enamorara del joven arriero. Temiendo que ella no cediera en su amor por él, lo mandó matar. Contándole después que David había hecho un largo viaje, y que, algún día llegaría por el Puente Grande.

Carmen subía todas las tardes al mirador con la esperanza de ver llegar a su amado, así pasaron los días y los años. El ser amado nunca llegó.

Una tarde, no bajó a la hora acostumbrada. Al anochecer subieron a ver qué había pasado con ella, estaba tirada en el piso. Había muerto. . . . de amor.



El burro del guayabito

*D*ice la sabiduría popular que la voluntad y los designios de Nuestro Padre Santísimo no están al alcance de los hombres; pero somos necios al querer que el creador haga lo que deseamos y en el momento que decidimos.

Sí hace mucho calor, queremos que llueva; sí llueve, queremos que salga el sol porque nos mojamos; o cuando menos que llueva, pero cuando ya estemos en casa. En fin, todo indica que Dios nunca nos dará gusto.

En cuestiones de ruegos nos conducimos de manera similar: le solicitamos tal o cual favor a determinado santo que nos

recomendaron, o que está de moda, y sí no se realiza nuestro deseo, total, lo cambiamos, renegamos de él, o hasta lo castigamos, sí no, que San Antonio de Pádua nos diga cuantas veces ha estado de cabeza o sin niño, hasta que no conceda lo solicitado.

La presente leyenda es un buen ejemplo de nuestra intolerancia, por un lado, y lo implacable de la Justicia Divina, por el otro.

Desde su fundación y hasta mediados del siglo XX, Salvatierra se surtió de agua potable para mitigar la sed de sus habitantes, de los manantiales de La Angostura y de Urireo.

El agua era traída y distribuida por arrieros o aguadores, que con sus recuas hacían tal labor, llevando cada burro cuatro cántaros, dos en cada costado.

Don Cleto era aguador, más bien, había nacido aguador, su padre, su abuelo, y el abuelo de su abuelo lo habían sido.

Comenzaba su recorrido allá a principios del siglo, en la antigua calle del Arco-hoy Guillermo Prieto- rumbo al puente, tomaba un respiro en el portal de La Brisa y subía por la calle de Los Bravo para repartir en el barrio de San Juan.

Era de carácter agrio y renegado, maldecía a su trabajo, a los burros, y hasta a los chiquillos que intentaban treparse al lomo de alguna de sus bestias. A la gente esto le molestaba, no aguantaban ya sus palabras altisonantes al golpear a los burros con la vara de membrillo o cuando se le rompía algún cántaro, y peor aún, cuando maldecía a los chiquillos que encontraba a su paso, pero todos necesitaban el agua, por eso lo aguantaban.

Un buen día, pasando por el templo del Barrio, dijo al Señor del Socorro: "Tú que a todos socorres, a mí me has olvidado, preferiría ser un burro como éstos que traigo, que seguir siendo aguador, creo que ellos son más felices que yo".

Al tercer día de hecho y dicho lo anterior, mientras tomaba su acostumbrado descanso en el portal de La Brisa, cayó

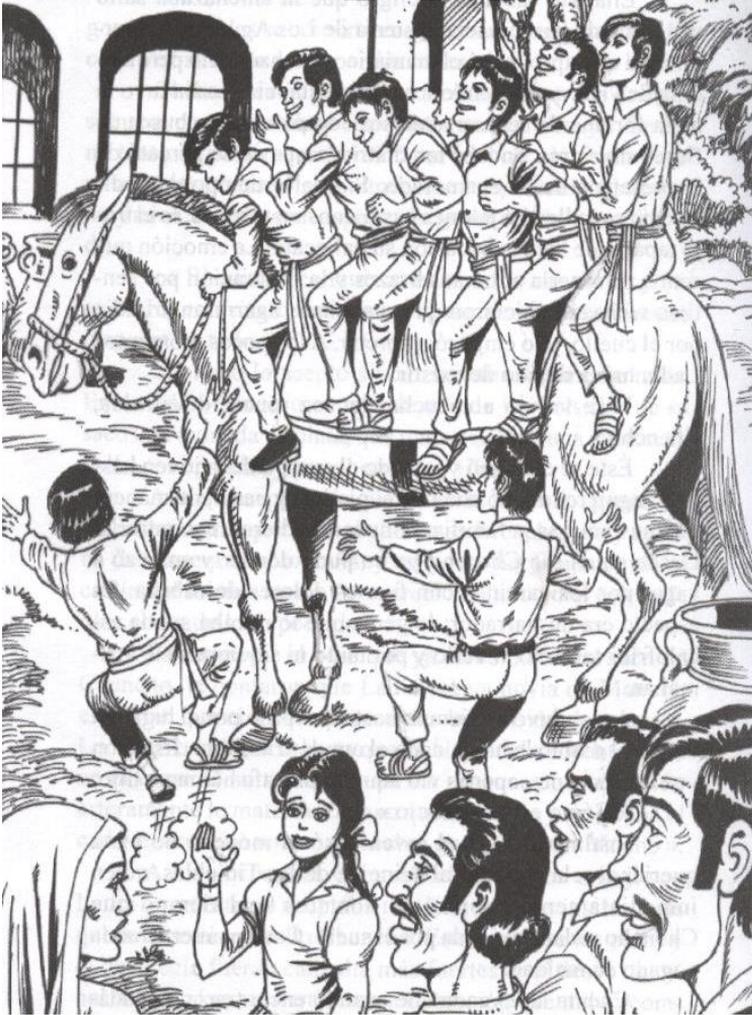
repentinamente muerto. Siguió lo de rigor en estos casos: el velorio, el funeral de cuerpo presente con el consecuente entierro en el panteón, y los nueve días de rosarios por el eterno descanso del alma del difunto.

Pero la Justicia Divina es implacable y no perdona. Para él, tenía designado que no habría tal descanso eterno. Al décimo día apareció en el portal un burro que comenzó a recorrer solitario el camino que días antes hacía don Cleto y desaparecía al terminar la calle de Los Bravo, junto a un guayabito que había crecido a orillas del canal.

Con el paso de los días, los chiquillos se familiarizaron con el animal, trepándosele todos ellos en el lomo, lo curioso de esto era que todos los niños cabían arriba, entre más muchachos se le montaban, el burro se iba alargando. Cuando llegaba al guayabito daba un giro brusco y repentino, arrojando a la bola de chiquillos al canal, pegándoles un buen susto.

Los vecinos disgustados por los hechos y el comportamiento del burro, le lanzaban toda clase improperios cuando pasaba, algunos más irritados le propinaban buenas dosis de palos. Los chiquillos seguían trepándosele, pero se ponían ya muy vivos y listos a la hora que los lanzaba al canal.

Tal bestia, que algunos dicen lo han visto ocasionalmente, y otros afirman hasta habérselo trepado, es ni más ni menos que don Cleto, a quien el Señor del Socorro le cumplió su deseo: ser feliz como los burros que le cargaban el agua, y por renegar de la voluntad y los designios del Altísimo.



*El baile de las muertas
en la calle Hidalgo*

Arturo y sus dos acompañantes formaban un trío musical, se ganaban la vida tocando melodías hasta entrada la noche en los

bares de la ciudad, complaciendo a los parroquianos pasados de copas que siempre hay.

Habían estado trabajando en una de las cantinas que hay sobre la desviación Celaya-Yuriria, muy cerca de la Central de Autobuses. Al terminar decidieron retirarse a sus casas, tomaron, desde la carretera, la calle Hidalgo, al llegar a la esquina que forma ésta con Leandro Valle, en la vieja casona donde estuvo el Santo Oficio de la Inquisición, y que en tiempos relativamente recientes habitó el Dr. Ramón Ruiz, un grupo de muchachas, siete para ser exacto, les preguntaron que sí podrían amenizar un rato la fiesta que iban a celebrar allí, en esa casa y cuanto les cobraban. Al entrar les causó sorpresa no ver muchos invitados a la fiesta, estaba sólo el grupo de muchachas y sus novios, lo que también los sorprendió fue el porte y belleza de todas ellas, de verdad se veían preciosas luciendo costosos vestidos largos de seda. La fiesta fue corta, pero divertida, brindaron por muchas cosas, pero sobre todo por su felicidad, cantaron lindas canciones, y hasta bailaron. Al terminar, las jóvenes les pagaron y los despidieron amablemente.

Cuando los muchachos de trío habían recorrido ya varias cuadras, Arturo se dio cuenta que había olvidado su guitarra, todavía iba emocionado por el ambiente de la fiesta y la belleza de las muchachas, les comentó a sus compañeros que iría al día siguiente a recogerla.

Al otro día, cuando volvió por la guitarra, encontró la casa sola y cerrada, como ha estado por años, ningún vecino sabía nada, tampoco si ahí se había celebrado una fiesta, ni quien era el encargado para que le abriera. Cuando logró entrar no encontró nada, ni rastros de fiesta alguna, ni su guitarra.



Hace tres siglos, se asentó en Salvatierra un próspero comerciante en telas, vivió precisamente en esa finca antes que fuera ocupada por la Comisaría de la Inquisición, allí también vendía su mercancía. Presumía que las suyas eran las mejores telas que se comercializaban en la región, decía que sus sedas procedían del oriente y eran traídas a bordo de la Nao de China que cada año anclaba en el puerto de Acapulco.

Todo en la vida le había sonreído, menos que la providencia le concediera tener un heredero varón, había procreado con su mujer siete hermosas jóvenes dignas de cualquier mancebo acaudalado de la región. Esto le amargó su existencia y recaló contra sus hijas, no permitiéndoles salir ni a la tienda de telas, las sacaba solamente muy temprano el día domingo al templo de los Franciscanos a escuchar la sagrada misa.

Las muchachas estaban desesperadas por el encierro en que las tenía su padre, les alejaba a todos los pretendientes sin importar su posición social. Eso era peor que estar en un convento o en la cárcel, decían las hijas a su madre.

Pero como en todas las cosas y casos, siempre hay momentos propicios para salir de la rutina diaria. En el atrio del templo de San Francisco se celebraría un gran kermes para el día de la

fiesta del Santo Patriarca de Asís. La madre, apiadada de ellas, decidió llevarlas a dar una vuelta a media tarde. Fueron, por su belleza, el centro de atención de la sociedad, pero sobre todo de los jóvenes. Y como el amor no manda sobre las decisiones familiares, pronto encontraron novio. Con el tiempo, decidieron escaparse con ellos y formar su hogar, lejos de la tutela paterna. Su padre encolerizado, contrató a los alguaciles de la Inquisición para buscarlas, ofreciéndoles cuantiosas sumas de dinero para que los atraparan, cuando encontraron a las parejas, los novios pusieron tal resistencia, que se armó una tremenda batalla en la que salieron a relucir las armas y la sangre. Todos terminaron muertos a manos de los alguaciles que eran diestros en atrapar herejes y gentes de mal.

Con lo que se encontró Arturo y sus compañeros del trío, fue con las ánimas de las bellas jóvenes y sus novios, que libres del padre hacen sus fiestas en algunas noches.



Dibujo: Cristóbal Raya Ochoa

El colgado de El Puchote

Un 22 de noviembre por la noche, en el pueblo de Santo Tomás, Manuelito Sánchez se encontraba feliz en el baile de celebración de la fiesta de Santa Cecilia, patrona de los músicos, departiendo con sus amigos Gerardo y Silvestre. Ya de madrugada, decidió retirarse, vivía en San Pedro de los Naranjos y no tenía carro. Dijo a sus compañeros que se iría a pie, al fin había luna.

Se encaminó rumbo a la iglesia, tomó la calle Independencia, pasó frente a la escuela, y se fue derecho por todo el viejo Camino Real. La noche era fresca y la tenue luz de la luna dibujaba los contornos del bello paisaje nocturno. Al llegar a la piedra labrada de El Puchote, vio el árbol, y de él colgaba el cuerpo de un ahorcado que se balanceaba levemente como si el viento lo moviera. Se le enchinó la piel y sintió un raro escalofrío en la espalda. En ese momento recordó que todos en San Pedro, chicos y grandes, decían que allí espantaban, que se aparecía un colgado a los que caminaban de noche por el Camino Real. Ahora se convencía de que eso no era un cuento como él creía, era una realidad.

Armándose de valor pasó rápidamente, casi corriendo, cuando dejó El Puchote atrás volteó a ver en un acto de ingenua curiosidad, y cual sería su sorpresa al mirar que el colgado ya no pendía de la cuerda, sino estaba parado en medio del camino llamándolo con la mano para que fuera con él.

Lo que hizo Manuelito, fue echar a correr y no parar hasta llegar a su casa. Al día siguiente, amaneció amarillo, amarillo, del susto, pero no comentó con nadie el suceso de la noche anterior, por temor a que no le creyeran, como él, que hasta el día de ayer había dicho que lo del colgado era puro cuento.

Jacinto era un joven arriero dedicado a transportar la mercancía que llegaba por tren a Salvatierra para llevarla a sus destinatarios en Yuriria, Uriangato, y Moroleón.

Se dedicaba a esta actividad desde un poco antes de que comenzara la Revolución, su padre había sido arriero y su abuelo también.

Eran tiempos difíciles, la actividad de arriero se había vuelto riesgosa. Temibles bandoleros azolaban la región: Bernardino Rico “el zurdo” hacía de las suyas en las cercanías de Tarimoro y en el camino a Celaya; Trinidad Raya de Eménguar, asaltaba y robaba a los pueblos del rumbo de Acámbaro; y los Pantoja hacían lo mismo en las inmediaciones de Yuriria.

Pero 1918 era crítico, el más temido y feroz guerrillero de la región había tomado San Nicolás de los Agustinos, se trataba del villista Inés Chávez García, dejaba a su paso terror, sangre, y muerte, como lo hizo en Yuriria.

Igual que Chávez eran sus lugartenientes, uno de ellos: Sacramento Vieyra, controlaba a todas las guerrillas que merodeaban desde el cerro de Culiacán hasta Santa Ana Maya. Estas guerrillas formaban patrullas para indagar los movimientos que hacían las fuerzas del gobierno. Fue una de ellas la que se encontró con Jacinto en El Puchote, en términos territoriales de San Pedro de los Naranjos, lo acusaron de ser espía, y sin más trámites lo colgaron en el árbol.

Era tanto el temor que la gente sentía por estas gavillas, que nadie se atrevió a bajarlo, los más audaces apenas embadurnaron su cuerpo con cal y le pegaron unas pencas de nopal. El cadáver siguió colgado ahí por mucho tiempo hasta que se desintegró.

Hoy aparece de vez en cuando, y se baja del árbol para reclamar que le den una cristiana sepultura, para esto llama a la gente que se le aparece, como lo hizo con Manuelito.

La bola de fuego de El Ranchito

*E*n una plácida pero calurosa noche de mayo, un grupo de vecinos tomaba el fresco en el jardincito de El Ranchito frente al templo de la Sagrada Familia a esas horas ya cerrado.

Un raro impulso los hizo voltear hacía la vía del ferrocarril. Todos vieron un gran relámpago sobre el mogote, formándose enseguida una gran bola de fuego que rodó cuesta abajo atravesando el jardín y dirigiéndose después por la calle de Rosas Moreno hasta la escuela Reforma donde desapareció.

Recién tendida la vía del tren en 1882, la estación fue instalada frente a la hacienda de San Juan, quedando bastante lejos de la población. El Ayuntamiento solicitó al general Porfirio Díaz, entonces presidente de la República, su traslado al lugar donde ahora se encuentra. Por tal motivo, se prolongó la antigua calle de Las Moras-hoy Guerrero- hasta la estación, esta calle llegaba hasta la esquina que forma con la de Altamirano.

Como suele suceder siempre y dondequiera, cuando una ciudad crece, todo cambia, y la gente también para buscar acomodo y mejoría económica.

En el mogote se encontraba una solitaria y humilde casa de adobe y tejas de un sólo cuarto, en ella vivía Soledad; una anciana quien hacía honor a su nombre, acompañada únicamente de su pequeño nieto de siete años.

Para Soledad, la desgracia y la pobreza eran sus eternas compañeras. De niña, quedó huérfana a los cinco años, se crió con su madrina de bautizo. Ya grandecita se casó con un hombre al que casi no conocía, pues se la robó para una fiesta de San Juan. La abandonó cuando nació su tercer hijo.

Como pudo, crió a los tres pequeños, una niña y dos niños. Los varoncitos murieron tempranamente de una rara enfermedad que los fue consumiendo, hasta dejarlos en los puros huesos forrados con la piel.

La niña creció, pero se le casó muy chica, murió cuando dio a luz a Juanito, su pequeño nieto. Al padre nunca más lo volvió a ver, se lo llevaron en la cuerda para Veracruz por las rencillas que tuvo con el hijo de uno de los poderosos ricos de la región; esta práctica era común durante el Porfiriato.

La llegada del ferrocarril fue una bendición para Soledad, la cercanía de la estación le había dado la oportunidad de ganar algún dinero vendiendo huevo fresco y quesos a los pasajeros del tren.

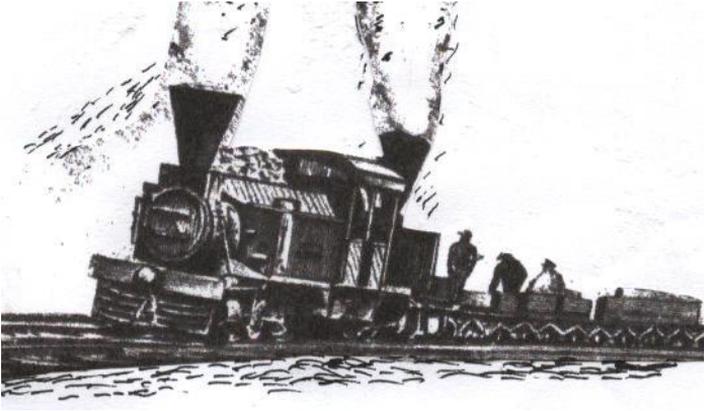
Juanito, su pequeño nieto, le ayudaba en su nueva actividad económica con la alegría y prestancia de un niño limpio y bueno. Hacía todo lo que su abuela le pedía, desde recoger el huevo en el pequeño corral trasero, hasta darles de comer a las gallinas y al par de vacas que daban la leche para los quesos, pero eso sí, no le perdonaba dejar de acompañarla a hacer la venta, le gustaba mucho ver pasar el tren.

Pero la fatalidad llega con alas y se regresa cojeando, no duró mucho la dicha de Soledad. Una de esas mañanas, según dijo la gente, Juanito resbaló sobre el riel del tren en el momento que éste emprendía su marcha, fue destrozado por completo.

La pérdida del niño fue para la abuela un duro golpe, era su única compañía y el motivo de su existencia. Al poco tiempo, perdió la razón, se volvió loca, cuando pasaba el ferrocarril se bajaba del mogote a la vía para apedrearlo, en su mente quedaba todavía ese sentimiento de venganza contra quien le había arrebatado a su nieto.

Vivió algunos años más, pero nunca encontró la paz ni la resignación, en su loquera sólo invocaba al pequeño.

Decían los viejos vecinos del lugar que esa bola de fuego es Soledad, quien corre desesperada en busca de paz y resignación para entrar en el Reino de Cielos y estar junto a su amado nieto.



*Por qué son güeros
los de El Sabino*

Las gentes de El Sabino son güeros, blancos, ojos de color, y altos, ni parecen mexicanos, dicen algunos. Pero ¿Por qué?, sí

todos sus vecinos de los otros pueblos no lo son; es un rasgo étnico único de esa comunidad. Existe la versión de que durante la intervención francesa en México, se estacionó en ese lugar un destacamento de soldados de esa nación.

El Sabino era apenas un caserío, pues fue hasta 1896 cuando se instaló la Vicaría y su templo parroquial data del año 1901. Por esto se cree que los actuales habitantes son descendientes de la gente ahí asentada y de los soldados franceses destacados en ese lugar. Otros dicen que descienden de judíos sefarditas, también ahí asentados.



Dibujo: Cristóbal Raya Ochoa

Pero una leyenda del siglo XIX, nos narra que Diego Hernández era un joven pastor que habitaba en el pequeño caserío de El Sabino, todos los días llevaba el ganado a las faldas de cerro de Culiacán a pastar. Cierta vez, en pleno mes de abril, cuando el calor arrecia y las lluvias todavía no llegan, notaba que una de sus vacas se le desaparecía todas las mañanas, volviendo aparecer por las tardes mojada y enlodada, lo que le intrigaba es que cerca no había agua, ni arroyos o algún charco, todo estaba seco, no se explicaba en donde se mojaba el animal.

A los pocos días decidió seguirlo, fue tras él por caminos escabrosos y difíciles; como a las dos horas de seguirlo, vio que se introdujo a una cueva de entrada muy pequeña, ni se notaba entre las piedras y la maleza.

Diego decidió seguir al animal hacia el interior, notó que la cueva se agrandaba, al llegar a determinado lugar era muy ancha y tan alta que cabría un pueblo entero dentro de ella. Había allí un gran lago de aguas cristalinas, en el centro de éste una isla donde estaba asentada una ciudad habitada por gente muy distinta a él, pues era rubia, blanca, alta, y de ojos de color. Le dijeron que estaban en ese lugar desde hacia mucho tiempo, que para ellos, había llegado la hora de ayudar a la gente del exterior, como a los habitantes de su caserío, que eran buenos y humildes.

El joven pastor pasó un tiempo entre esa gente, conoció a una linda muchacha con la que se casó. Al poco tiempo, decidió volver a su pueblo en compañía de ella y de un grupo de jóvenes y bellas mujeres que contrajeron matrimonio con los hombres de El Sabino. Por esto la gente de este pueblo son descendientes de los habitantes que viven en el interior del cerro de Culiacán.

Urireo, lugar de ánimas en pena

*T*an viejo como el tiempo y presente como el sol.

Con esta sencilla frase podemos describir al viejo Tlaxayacalt o viejo pueblo de Urireo, con sus caprichosas calles y su hermoso

Cristo de la Salud; que nos da la impresión de ascender al cielo de la mano de María, cada quince de agosto.

Las raíces etimológicas del significado de su nombre nos compenetran e ilustran en su esencia misma: en el rostro y corazón, en el cuerpo y alma de ese gran pueblo. Del vocablo purépecha que significa "nariz" a "adelante" y que en la lengua Náhuatl se pronuncia Tlayacaque del vocablo Teyancacantiuh; era el nombre que en el siglo XVI se daba a los indígenas que servían de guía en los caminos a los frailes misioneros cuando salían a administrar los sacramentos.

¡Más viejo que Salvatierra! En el año de 1580 el virrey de la Nueva España don Lorenzo Suárez de Mendoza, Conde de la Coruña, concedió autorización para que en ese lugar se fundara un pueblo de indios.

Esta doctrina, atendida por humildes frailes franciscanos, se formó con indios chichimecas y purépechas dispersos en Cóporo, Cerro Prieto, y Parácuaro, conformando así sus cuatro barrios. En la Notaría Parroquial de Salvatierra existe un viejo libro que da cuenta de esa comunidad, existiendo, desde el primer momento, un hospitalillo donde empieza la historia de su inigualable devoción a María de la Asunción. Nunca han dejado de trabajar, se han distinguido por su independencia e identidad propias, no sólo económica, sino social y religiosa.

Pero, ¿de dónde les viene esa independencia y autonomía? Una antigua leyenda nos revela su secreto.

Dicen las viejas crónicas que nunca permitieron extraños en su pueblo, eran ellos, ¡nada más ellos!

Su conciencia les dicta que son los hombres del maíz, de piel morena y cabellos gruesos, robustos y trabajadores. Las mujeres, con sabor a clavo y canela, caminan por nuestras calles con gracia y salero ofreciendo sus delgadas, blancas y sabrosas tortillas, sin importar el sol, el frío, y la lluvia.



Dibujo: Antonio Pérez Soto

En ellos no hubo mestizaje, dicen los viejos que para preservar su raza y estirpe, escondían a sus mujeres en las cuevas de los cerros cuando llegaban hombres blancos, y no salían de ahí hasta que se marchaban.

Mucha gente decía que quien cuidaba a sus mujeres era un espíritu con forma de mujer hermosa de mirada fija y horrorizante, que se hacía acompañar de las almas de las mujeres del pueblo ya muertas, se les aparecía a los extraños

sentada sobre las pencas de las nopaleras, ya fuera en las que estaban por la piedra de molino o en los nopales santos.

Los espíritus vagan por el viejo pueblo. Unos dicen que han visto a la puerca con una cadena en el pescuezo arrojando lumbre por los ojos y seguida de sus puerquitos, por el rumbo del zapote raizudo que embrujó una mala mujer en el barrio del Bajío. No hay quien niegue que existan ánimas en pena en el puente de Sombrereros, por la gran cantidad de crímenes ahí cometidos desde tiempos inmemoriales.

Y ni qué decir del fresno grande, el gran árbol donde colgaban a los delincuentes. Ahí colgaron a Luciano Esqueda por crímenes que no cometió, hoy su alma pena en ese fresno, en algunas noches los transeúntes ven a lo lejos un cuerpo tirado al pie de su grueso tronco. Es el alma de Chano que de vez en cuando regresa a reclamar la justicia de los vivos.

Y sólo así, con cuevas y ánimas en pena, no han perdido la identidad que tanta falta nos hace hoy a todos los salvaterrenses.

El tesoro de los buches amarillos

La historia que voy a narrar tuvo lugar en una de nuestras calles y casas, todavía hoy en día es atestiguada por un número considerable de personas, y respaldada por los testimonios de quienes presenciaron los hechos que se relacionan. Éstos,

pueden ser muy apropiados para convencer a los incrédulos, pero el lector puede creerlos o no, se consignan solamente después de haberlos verificado; por supuesto, no se garantizan, pero le certifico que una gran cantidad de gentes, sobre todo de edad madura, pueden corroborar los sucesos que en la presente narración se dan cuenta.

En una casa de la antigua primera calle del Biombo -hoy Morelos- entre Guillermo Prieto y Gonzáles Ortega, las personas que han habitado en ella, en diferentes épocas a partir del año de 1850 y hasta nuestros días, sólo duran poco tiempo, los hay que ni un mes aguantan estar allí. Todos afirman que espantan, algunos llegaron a decir, que el muerto los cambiaba de lugar mientras dormían, y amanecían a medio patio.

Hace años, doña Victoria, dueña de la casa en mención, pidió a Juan; un viejo conocido de la familia, que se diera a la tarea de buscar una persona dedicada a encontrar tesoros en fincas viejas, para que, con su aparato pasara por allí a ver si encontraban algo. En cuanto pudo, Juan visitó a don Pepe López para proponerle que hiciera la búsqueda, pero éste al darse cuenta del caso que se trataba, le dijo: ve a Yuriria, al rancho de El Tigre y busca a Meño; dile que digo yo que venga.

Juan fue al rancho en mención a buscar a Meño, cuando lo localizó, se regresaron inmediatamente con don Pepe y se dirigieron los tres a la casa, donde ya los esperaba doña Victoria. Meño recorrió todos los rincones, se subió a las azoteas y caminó por el patio. Una vez hecho esto, les comentó: necesito que alguno de ustedes me acompañe hoy en la noche, me voy a quedar aquí. Todos coincidieron que fuera Juan el acompañante de Meño.

Lo que esa noche sucedió, Juan lo describe de la siguiente manera: nos quedamos en una de las habitaciones de casa, no había mueble alguno, ni en la habitación, ni en el resto de la casa. Meño me comentó que viera lo que viera, no hiciera nada, y menos que lo tocara o hablara, y sólo cuando se quedara quieto y sin hablar, le untara un poco de alcohol en la nariz y la nuca. Lo que iba a hacer Meño era hablar con el muerto. Una

vez dadas las instrucciones a Juan, se tiró en el suelo boca abajo con los brazos en cruz en medio del cuarto, duró como media hora en esa posición, de pronto, empezó a hablar sin que se le entendiera palabra alguna, era pura boruca la que hacía, en un momento dado, comenzó a flotar en el aire en la posición en que estaba, como a unos treinta o cuarenta centímetros del suelo, así duró como dos horas. Pasado este tiempo, se volvió a posar sobre el piso y se quedó como dormido, Juan procedió a untarle el alcohol como se lo había indicado.

Al siguiente día, Meño les dijo: en esta casa se encuentra un gran tesoro, son montones de monedas de oro y muchas cosas sagradas también de oro, con piedras preciosas incrustadas. Entre lo que hay, son copones, cáliz, coronas, alhajas, y ornamentos finamente elaborados; creo que es el tesoro de los carmelitas.

El tesoro está aquí en un sótano muy profundo y escondido; pero su entrada no se encuentra en la casa, se llega a él por un túnel subterráneo también muy profundo que viene de muy lejos, no sé donde esté la entrada.

La historia de este formidable tesoro se remonta al año de 1849. El país vivía una tremenda crisis en todos los ámbitos, hacía apenas un par de años había terminado la guerra con los Estados Unidos, y se gestaría en unos años más el Plan de Ayutla de los liberales mexicanos. Dentro de ese desorden nacional, llegó a estas tierras Francisco Llamosa; un aventurero español que muy pronto formó una gavilla de bandoleros y asaltantes que asolaba a los pueblos y caminos reales en las inmediaciones del cerro de Culiacán, eran conocidos como la banda de los buches amarillos, por el pañuelo de ese color que se ponían alrededor del cuello.

Esta actividad la desarrolló hasta 1867, cuando se derrumbó el imperio de Maximiliano y se restauró la república. Durante esos años acumuló una gran fortuna producto de los pillajes que cometían, y que se vio sustancialmente incrementada, cuando saquearon el tesoro que los carmelitas tenían escondido en el

cerro de El Conejo, muy cerca de la hacienda de San José del Carmen.

Esta riqueza, la acumularon estos religiosos gracias a los múltiples negocios que desarrollaron durante la Colonia en Salvatierra, como eran: los productos y rentas de las tierras de sus haciendas de San José y de Maravatío; el oficio de escribano público que adquirieron casi recién fundada la ciudad, y con el que controlaban las transacciones comerciales de la época; las donaciones y capellanías que recibían, solamente de estas últimas, según registros del convento, tenían un capital de 96,000 pesos oro; y la compra venta de innumerables bienes inmuebles.

Con parte de esta fortuna Llamosa adquirió la hacienda de San José del Carmen a don Manuel Godoy, cuando fueron nacionalizados los bienes del clero por el presidente Juárez, pero el grueso del tesoro lo escondieron él y sus buches amarillos en el sótano del que hizo mención Meño. La entrada al túnel, dicen unos, está en alguna parte de la finca de lo que fue el Molino de la Ciudad en la calle de Morelos, ya que esas casas eran propiedad de Llamosa; otros argumentan, que está en alguna casa del rumbo del mercado, por que fue la antigua huerta del Carmen. Pero con certeza nadie sabe por donde se entra al túnel que lleva al sótano y al tesoro.

Por alguna razón desconocida, Llamosa nunca tocó esa fortuna, y de los buches amarillos también nunca se supo nada ni cual fue su destino, aunque algunos viejos peones de la hacienda aseguraban hace ya bastantes años, que los mandó matar y los sepultó con el tesoro. Pero de que existe, existe, y allí está, y dicen también que es tanto, que no se lo acabarían ni veinte generaciones.



Dibujo: Jorge Luis Muñoz López

El catrín del Diezmo

José Antonio salía del Cine Rex, era jueves por la noche y se había quedado a la segunda función. A la repetición, como se le decía entonces.

Cruzó la calle Hidalgo para llegar al jardincito de El Diezmo cuando tenía todavía aquellas altas casuarinas. De pronto lo alcanzó un joven ya maduro, elegantemente vestido, aunque a la usanza antigua, le extrañó que no hubiera ninguna fiesta en el Club de Leones para que aquel joven anduviera de traje.

José Antonio tomó la diagonal del jardín, rumbo a la calle de Colón, pues vivía en el barrio de San Juan. El joven le preguntó la hora, y caminaron juntos platicando de la película que habían exhibido en el cine, al llegar a la planta de la luz, José Antonio se distrajo un momento y al voltear a ver a su acompañante, éste había desaparecido.

A principios de 1864 llegó a esta región un destacamento de soldados franceses, compuesto por carabineros vincenes que se acuartelaron en el ex convento del Carmen, venía con ellos un civil de nombre Pierre. Era comisionado del gobierno francés, encargado de vigilar y supervisar a los jefes políticos de esta comarca.

Este joven y apuesto personaje, al llegar a Salvatierra, despertó de inmediato interés entre las damas de sociedad de aquel entonces. Asistía a todas aquellas tertulias y veladas que se ofrecían en su honor, donde corría el buen vino, se tocaban los mejores valeses, se declamaba poesía, y sobre todo, se contaban innumerables chistes y chascarrillos.

Entre las asiduas asistentes a estos eventos sociales se encontraban dos bellas hermanas: Dolores y Graciela Sandi. La primera estaba casada con un rico agricultor de la región, que por sus actividades pasaba largas temporadas en su hacienda. Graciela estaba soltera, era una hermosa chica casadera.

Vivían estas bellas mujeres en la casa que forma la esquina del jardín de El Diezmo y la calle Hidalgo. El francés se enamoró de Graciela a primera vista. A partir de ese momento Pierre las

visitaba todas las tardes, ya fuera para tomar el té o una copa de coñac, gozando de la presencia, la finura, y la cultura de la joven. Las más de las veces la tertulia terminaba ya entrada la noche, sobre todo cuando Dolores ejecutaba magistralmente algunas piezas musicales en el piano, lo tocaba con una destreza y sensibilidad nunca vista.

En una de esas noches, Dolores se retiró temprano a dormir aduciendo que se sentía enferma, dejando solos a los nuevos novios. Graciela, presa de la admiración que sentía por su nuevo galán, lo introdujo a hurtadillas en una las habitaciones de la casa, pasaron toda la noche juntos en la alcoba.



Dibujo lápiz. Rocío Bárcenas Franco

Fue una noche inolvidable para los dos, se juraron amor eterno y hasta hablaron de irse a vivir a Francia cuando terminara la guerra. Para Graciela era la gran oportunidad de su vida de vivir y conocer un mundo nuevo.

Al siguiente día los enamorados volvieron a repetir su acción, esperaron a que la hermana se retirara a sus habitaciones y los dejara solos. Pero Dolores, que ya sospechaba algo, llegó de improviso a la recámara y convenció a su hermana de compartir los favores del joven con ella. Argumentó que se sentía muy sola por las prolongadas ausencias de su esposo, se sentía –dijo-

sola y abandonada. No contenta con esto, al ver que el francés se resistía, amenazó con acusarlo a sus superiores de haber abusado de ella por la fuerza. Y como eran damas prominentes de la sociedad, Pierre tuvo miedo y cedió a sus pretensiones.

El arreglo duró sólo unos cuantos días, porque, de improviso, se presentó el marido de Dolores en la casa. Asustadas y, en su desesperación, para no ser descubiertas, dieron muerte al enamorado, diciéndole al señor de la casa que había penetrado en ella con la intención de robar.

De vez en cuando, el francés busca a sus amantes en alguna de las ventanas que dan al Jardín de El Diezmo. Hoy Plazuela del 2 de abril.



Dibujo: Cristóbal Raya Ochoa

Las misas de media noche en San Francisco

La noche era plácida y la luna brillaba como nunca en el firmamento ese mes de octubre de 1963, hacía sólo unos días

que se había celebrado la fiesta de San Francisco. El padre fray Elíseo Ruiz se desvelaba, como lo venía haciendo desde hacia algún tiempo, estudiando y poniendo en orden el archivo histórico del convento, cuando escuchó que la campana mayor de la torre llamaba a misa, era pasada la media noche.

El fraile salió de su celda y se dirigió al campanario para ver por que sonaba, no encontró nada, pero alcanzó a ver que un grupo de personas se habían reunido en la puerta del atrio esperando entrar a misa.

Al siguiente día mencionó el hecho desde el púlpito, se disculpó por no haber abierto la puerta. Les dijo que desde los tiempos de la Colonia sucedían esas cosas; desde entonces –continuó diciendo- el obispado de Michoacán había encargado a un comisionado para que investigara los extraños sucesos que se daban en el convento, así como las supuestas misas de media noche que se celebraban en el templo, cosa que nunca se logró esclarecer.

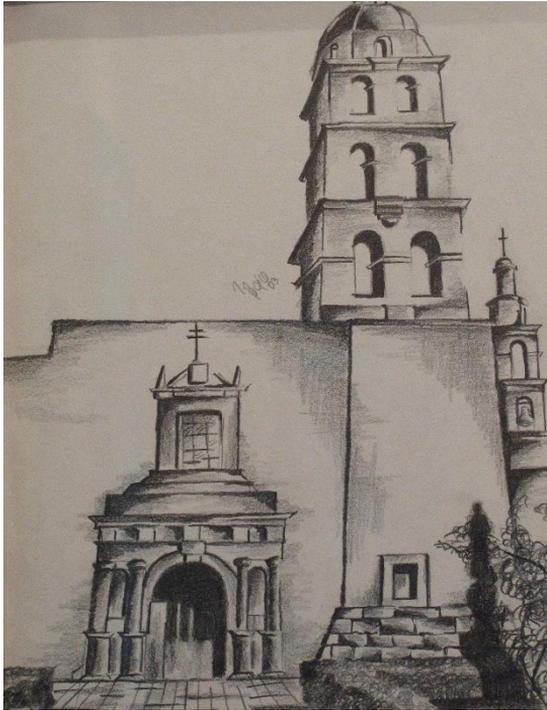
Una antigua crónica narra que cuando fray José Méndez, fue guardián del convento, párroco y juez eclesiástico del partido de la ciudad de Salvatierra, la Inquisición intensificó sus pesquisas en busca de sospechosos por actos contra la fe. La comisaría de este temido tribunal, la tenían precisamente los frailes franciscanos. Lo que obligaba a los vecinos a tratar a toda costa no caer de la gracia de los comisionados, intensificando sus limosnas y donativos.

En esas circunstancias, un sacerdote residente del convento, fray Antonio de Balbuena, solicitaba a la feligresía que pagarán en vida sus Misas Gregorianas, para que cuando muriesen se las celebraran sin ningún trámite y pasar de inmediato a gozar del Reino de los Cielos.

Muchos fieles acudieron al llamado del religioso, pero éste nunca celebró las misas que tenía por encargo. Y no las celebró por que nunca reportó al curato los pagos enterados por los fieles. Era un empedernido aficionado a los juegos de azar en

los que perdía grandes cantidades de dinero y adquiriría enormes deudas.

Desde hace ya mucho tiempo se escuchan las campanadas llamando a misa, muchos han asistido a ellas en diferentes épocas donde se han visto rodeados de personas que desaparecen al terminar la celebración; algunos, de la impresión al ver que al sacerdote no se le ve la cara, o si se la ven, dicen que tiene forma de calavera, han caído desmayados del susto. Pero él sigue celebrando las misas que tenía por encargo; a ellas asisten los que se las mandaron celebrar.



Dibujo lápiz. Rocío Bárcenas Franco

El ánima del tranvía

Se está quemando la fábrica. Era el grito de desesperación y angustia de la población.

Aquel fatídico 13 de abril -no se si era martes- del año de 1913, un pavoroso incendio destruyó totalmente la fábrica de hilados y tejidos de algodón La Reforma.

Terminaba una era. Fundada en 1845 sobre los terrenos del antiguo molino de La Esperanza por don Patricio Valencia, como fábrica de cambayas y cotones de algodón, fue bautizada inicialmente con el nombre de La Perla.

Innegable es también el sucedido de la presente narración. Era ya de noche aquel día del mes de noviembre de 1927, había razones de sobra para que la gente estuviera tensa: era el mes de los muertos, y las persecuciones cristeras estaban en su máximo apogeo y ferocidad. El tranvía daba servicio a Salvatierra desde el año de 1895, fundado por don Manuel Llamosa, propietario de la hacienda de San José del Carmen. A diario salía a paso de mula vieja de la hacienda, para estar a tiempo en la estación a la llegada del tren de la noche.

Esa noche pasó frente a la puerta principal de la hacienda de Sánchez, ya cerrada a esas horas, avanzó lentamente un buen trecho para llegar al barrio de Santo Domingo, fue ahí cuando la mula se encabritó, no quería caminar, los pasajeros sentían la extraña sensación que alguien había subido y los acompañaba a bordo. Después de un sinnúmero de palabras altisonantes y chicotazos que el conductor propinaba al animal, logró que caminara velozmente a todo lo largo de la calle Hidalgo, no queriéndose detener cuando éste se lo ordenaba.

La extraña sensación del invisible pasajero de abordó desapareció al pasar frente a la puerta principal de la entonces ruinosa y abandonada fábrica. Esto, decía la gente, sucedía a menudo.

Pero también decían: era el ánima de Pedro que había muerto calcinado en el incendio del año trece. De niño, Pedro era un chico vivaracho y alegre, inteligente y servicial con todas las personas que le trataban. Hijo de un antiguo peón de la hacienda de Sánchez, a quien acompañaba desde temprana edad para

ayudarlo en las labores del campo. A su madre, la auxiliaba en el pequeño establo familiar.

Por su carácter, el niño pronto se ganó la confianza del administrador, así como la de los patrones, siendo todavía pequeño, aprendió a leer y hacer cuentas, cosa rara en los chicos de su edad en ese tiempo.

Pasados los años, y buscando acomodo y mejoría en su vida y la de su familia entró a trabajar en la fábrica. Pronto, por sus habilidades y cualidades, aprendió a ser un buen tejedor, y luego se hizo cargo de la bodega donde se almacenaba el algodón.

Cambió de domicilio, se fue a vivir con su familia a una modesta casa en el barrio de Santo Domingo. Era todo un ejemplo de trabajador, nunca faltó a sus labores. Tomaba a diario el tranvía de la mañana para dirigirse a trabajar en la esquina de la calle que va al templo. Sobra decir, en su trabajo todos lo estimaban ¡había nacido para hacer el bien!

Ese fatídico día 13 de abril, Pedro se encontraba en su bodega cuando sobrevino el incendio, se hallaba acompañado de varios trabajadores que requerían de la materia prima en ese momento. El algodón es pasto fácil de las llamas, entre el fuego y el humo ayudó a salir a sus compañeros, uno de ellos, quedó atrapado entre las pacas, como pudo lo liberó, pero a él el fuego lo devoró de inmediato.

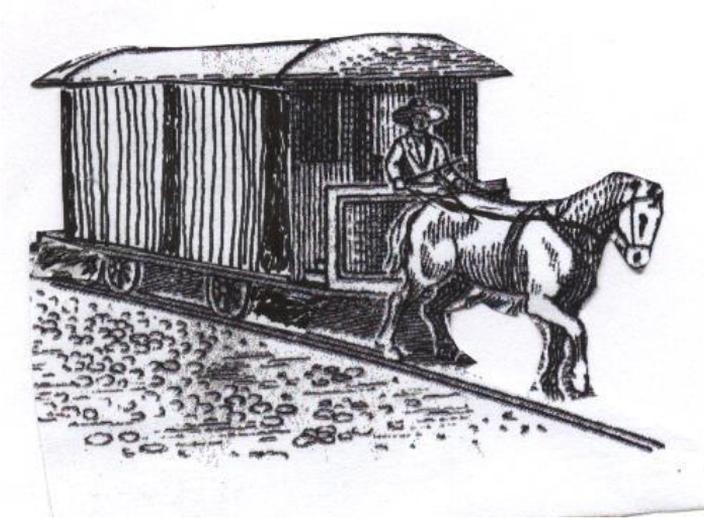
Pasaron los años, y el recuerdo de Pedro perduraba entre sus compañeros de trabajo. Los que sobrevivieron, gracias a su ayuda, nunca lo olvidaron y le guardaron gratitud eterna por que prefirió dar su propia vida a cambio de la de los demás.

Diecinueve años pasaron para que la fábrica volviera a tener vida, a veces con momentos de gloria y bonanza y otras, dando tumbos financieros, pero al fin, todavía está, ligada estrechamente a nuestra historia, eso es innegable.

La fábrica se reabrió hasta finales del año de 1932, y empezó a trabajar formalmente en los primeros meses del año siguiente;

los nuevos trabajadores no sabían nada de la heroica hazaña de Pedro, ni lo recordaban, sólo sentían su espíritu cuando abordaban el tranvía para ir al trabajo, el ánimo también iba a trabajar.

Esta bendita ánima dejó de ir a su trabajo cuando el tranvía desapareció para siempre de Salvatierra.



La piedra del diablo

*E*l puente de Batanes es rico en leyendas. Otra de las que se cuentan de esta magnífica joya colonial salvaterrense, nos relata que cuando se empezó a construir, la obra ya había sido planeada por el lego carmelita fray Andrés de San Miguel a instancias de sus superiores. Éstos habían celebrado un convenio con el H. Ayuntamiento para su construcción, con la

finalidad de comunicar adecuadamente la nueva ciudad con el resto del valle de Huatzindeo.

Encomendaron los religiosos carmelitas a su lego constructor iniciar la obra rápidamente, no obstante que se encontraba ocupado construyendo el magnifico convento de Salvatierra.

La construcción planeada inició el 23 de julio de 1649. En el informe al Cabildo, refiere que el puente constaba de 220 varas de largo, ocho y media de ancho, 14 ojos, 16 estribos, y dos ermitas en sus remates que lo hermoseaban.

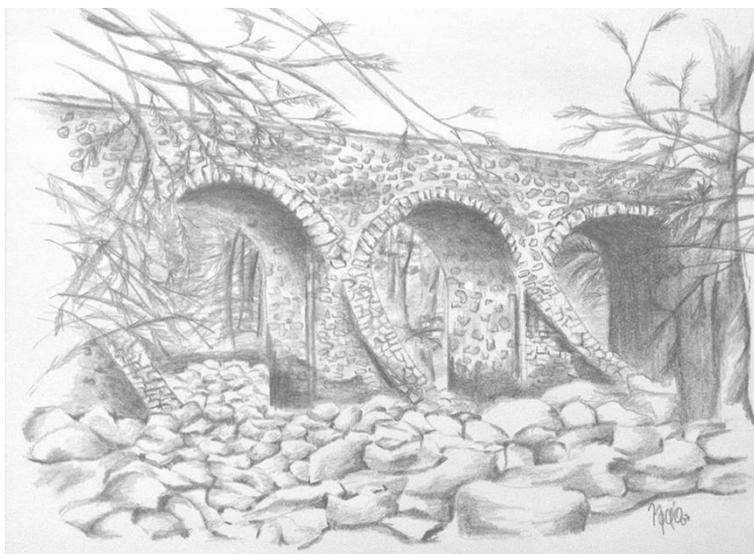
El costo del puente llegó a la cantidad de 4 419 pesos y 5 reales, para garantizarlo, el Cabildo, por convenio celebrado con los religiosos el 8 de mayo de 1650, los autorizó a cobrar el pontaje en las ermitas desde ese año hasta 1652. La obra se terminó en poco más de 180 días.

La leyenda cuenta que para concluirlo sólo faltaba una piedra, ya no había más en el lugar. El constructor desesperado optó por hacer un pacto con el diablo, diciéndole: que a cambio de una piedra le regalaría su alma cuando terminara la obra.

Como fray Andrés murió repentinamente, en santa paz, a los setenta y siete años de edad en el convento carmelita de esta ciudad, el diablo no alcanzó a cobrar el alma del lego difunto.

En venganza, éste fue y aflojó una piedra para que la gente la quitara, y como era la que soportaba la resistencia y peso del puente, si la sacaban, éste se caería sin remedio, y echaría por tierra la gran obra del carmelita para que quedará en ridículo su memoria, y no pasara a la historia como un gran constructor.

Si en alguna ocasión te toca ver una piedra floja en la base de algún pilar de los que soportan al puente, no la quites, porque si se cae, harás quedar mal a fray Andrés de San Miguel.



Dibujo: Rocío Bárcenas Franco

La historia de Juan Viejo

*E*l valle de Huatzindeo languidecía, no había indios que trabajaran en las haciendas, estancias, labores, y molinos en él asentados. Los pocos que quedaban reflejaban en su rostro la desesperanza, y la resignación ante lo inevitable: morir con sus mujeres e hijos de hambre y sumidos en la pobreza extrema.

Eran víctimas inocentes de la avaricia traída por lo nuevos dueños de estas fértiles tierras, sí, ellos eran los conquistadores españoles en su afán desmedido por obtener riquezas, los que los habían despojado de todo. La ambición de los terratenientes rayaba en lo increíble. Amparándose en cédulas reales, promovieron que la justicia de los pueblos cercanos arrasara con todos los jacales del valle, para obligar a sus moradores a irse a vivir a las nacientes villas y ciudades, con el pretexto de evangelizarlos mejor. No los querían en sus propias tierras, los convirtieron en indios errantes y vagos, presas fáciles de las inclemencias del clima y de la peste.

Sólo había un lugar donde encontraban refugio y consuelo, el hospitalillo de Guatzindeo, donde a la sombra de los humildes y abnegados misioneros franciscanos hallaban un poco de comida, y cura para sus enfermedades. Pero lo más importante, encontraban el reconfortamiento espiritual, como el que les brindaba fray Juan Lozano, a quien cariñosamente llamaban fray Gallina, porque los protegía y cuidaba como una gallina cuida de sus polluelos.

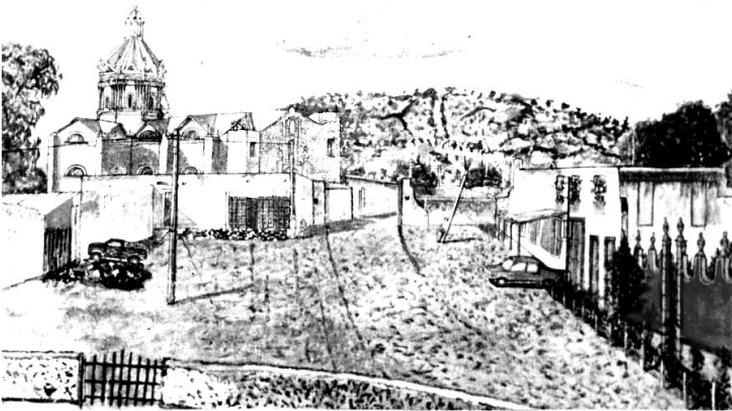
Hasta el cerro de Tetillas entristecía, había dejado de ser el observatorio prehispánico de las yácatas de la mesa grande. Y allí, en ese cerro lleno de tristezas se anidó el diablo para hacer estragos entre los pocos indígenas del valle recién evangelizados.

En la cresta más alta de la montaña cavó una profunda cueva y depositó en su fondo un cuantioso tesoro. Por las tardes, tomando la forma de un pastor, guiaba a los indios hasta ella, siempre y cuando fueran acompañados por otro, les mostraba las riquezas que allí había, y les decía que sería de ellos si lo compartían. Pero como en el valle imperaba la pobreza, y es ésta la madre de todas las pasiones, despertaba en ellos la codicia por quedarse con todo y terminaban matándose entre ellos. Después de esto, el diablo salía en busca de otra pareja de indígenas.

Un día llegó la esperanza y la vida. En un humilde jacal de Huatzindeo, junto al río, vivía con su mujer Juan Viejo; un indio

octogenario dedicado a la pesca. Eran afectos a las devociones y asiduos asistentes a la doctrina que impartían los monjes del hospitalillo.

Era muy de mañana, Juan Viejo estaba pescando como lo venía haciendo desde su ya lejana juventud, cuando en un remanso del río, entre el agua y el lodo, encontró una caja de madera de extraña forma. Temeroso la tomó y la llevó a su jacal, con la ayuda de su mujer la acomodó en un rincón, decidieron no abrirla de inmediato por el miedo que sentían.



Pasaron los días y los meses, corría 1604, año del Señor, y en una de esas noches de primavera, de la caja y del jacal salieron unas hermosas luces que iluminaron el valle entero, se escucharon también en esos momentos fuertes quejidos que retumbaron en el cerro de Tetillas; eran la envidia, la avaricia, y el diablo, que huían despavoridos ante la luz. Dejaban el valle y a sus moradores para siempre.

Acudieron al jacal algunos vecinos y los frailes del hospitalillo; al abrir la caja de donde habían salido las luces, encontraron dentro de ella a la preciosa imagen de Nuestra Señora de La Luz. Había sido abandonada en ese lugar después de ser traída por los misioneros franciscanos desde Pátzcuaro y Acámbaro. Ese año fue la primera vez que la venerable imagen irradió sus

luzes sobre el valle de Guatzindeo, para iluminar la mente y el corazón de los indígenas.

Juan Viejo con su mujer y algunos naturales que lo acompañaron, se fueron a vivir a las faldas del cerro de Tetillas para evitar las constantes inundaciones que el río provocaba. Muy cerca del molino de Antonio Ramos se asentaron, y bautizaron a su nuevo hogar como Guatzindeo de Arriba. De esta forma, Juan Viejo sembró la semilla que con el tiempo forjaría al gran pueblo de Santo Tomás Guatzindeo.



El Infiernito

*E*sta es una breve pero simpática leyenda de nuestra ciudad, tuvo su origen en la gran sabiduría y gracia que sólo Dios les da a los niños.

Recién fundada la ciudad y habiéndose terminado el convento franciscano y su primera iglesia, existía solamente un puñado de casas que se le conoció como El Pueblito de Chochones, estuvo más o menos, donde ahora está asentada la calle de Mariano Jiménez, atrás de San Francisco.

Contigua a la casa de los religiosos estaba asentado un huerto - hoy existe parte todavía- que daba hasta la rivera del río. Había en él árboles de muchos frutos, propios de nuestra región, era cuidado y custodiado por un hermano lego franciscano extremadamente celoso de su encomienda, del huerto, y de sus frutos. Su nombre era fray Mateo.

No distinguiese en nada este religioso en las virtudes de amabilidad y tolerancia con el prójimo, y menos aún, con los niños.

En medio del huerto se hallaba un hermoso moral que daba grandes y dulces frutos, que eran la tentación de los chiquillos del barrio. Y como el fruto prohibido y robado sabe mejor, no perdían la oportunidad de entrar y cortar las deliciosas moras, cuidando siempre de que el lego estuviese ausente. Por que cuando para desgracia de los chiquillos aparecía fray Mateo, les ponía tremendas corretizas con un leño en la mano, ¡pobre niño que alcanzara!

Por estas actitudes nada agradables y su mal carácter, los niños lo bautizaron con el mote de "el diablo" y para dirigirse al huerto se decían unos a otros: ¡vamos al Infiernito ahora que el diablo no está! a robarse las moras.

El nombre del huerto ha perdurado hasta nuestros días, este lugar sirve todavía como referencia para ubicar tal o cual hecho, persona o cosa.

Si por desgracia, una persona muere ahogada en el río, solemos exclamar: ¡lo encontraron por el infiernito!



Dibujo: Jorge Luis Muñoz López

*El artista de
Nuestra Señora de La Luz*

En el año de 1729, el Lic. y Pbro. don. José Xavier de Rivera, fue nombrado Juez Eclesiástico, y en 1767, primer párroco que

tuvo Salvatierra del clero secular. Le tocó al él, en su calidad de juez, recoger los testimonios de los prodigios que se contaban de la venerada imagen de Nuestra Señora de La Luz.

Tocó el turno de dar testimonio a don José Antonio Ramos en abril de 1766. Manifestó ser clérigo y presbítero, vecino de esta ciudad desde hacía muchos años, y dijo lo siguiente: Por el año de 1733, estando Nuestra Señora en el templo del Carmen, vieron muchas personas una noche que de la iglesia salían luces y juzgaron que ardía, al ir a cerciorarse constataron que nada se quemó, la iglesia tenía sólo las luces normales de las veladoras que se dejaban por las noches.

Corrió la voz de que la imagen había irradiado luces otra vez, se organizó, al domingo siguiente, una procesión, que se realizó sin ningún contratiempo, pero al llegar al portón de la iglesia, y por ser muy altas las personas que la cargaban, la imagen se lastimó la cara en un extremo de la puerta, los vecinos se preocuparon bastante.

Apareció un joven de apariencia extranjera que dijo ser escultor, y ofreció a los vecinos devotos, repararla.

Al día siguiente comenzó a trabajar, solicitó algunos materiales y no tomó los alimentos que se le ofrecieron. Al medio día terminó su trabajo. Les dijo que la imagen estaba reparada, que sólo faltaba que la sacaran al sol y la dejaran allí hasta el atardecer.

Cuando llegó la tarde, los vecinos se dispusieron a introducir la imagen en el templo, buscaron al joven escultor para pagarle sus honorarios, no lo encontraron en ningún lado, nadie supo nada de él, ni ninguna persona lo vio después del medio día, había desaparecido. Entre los feligreses quedó la creencia de que había sido un ángel, el artista que reparó la imagen de Nuestra Señora de La Luz.



Dibujo: Daniel Rubalcava M.

La llorona

En aquella noche de plenilunio del año de 1695, en plena época colonial salvaterrense. Toribio, Andrés, y Casimiro Luciano, hacían la guardia nocturna en la calle del Indio Triste –hoy calle de Morelos, entre la calle de Manuel Doblado y el Boulevard-,

desde ahí podían ver toda la calle que baja desde el convento franciscano, hasta la capilla de El Calvario, a un costado de la vieja hacienda de Sánchez, donde veneraban al Señor de la Clemencia. Hacía tiempo habían asentado en lo que hoy es el barrio de Santo Domingo su comunidad de indios de San José. Los tres indígenas estaban inquietos, no era para menos, tenían serios problemas con los religiosos Carmelitas por la posesión de las tierras del barrio, hasta el Tribunal de Indios de la Nueva España y el virrey, habían tenido que intervenir en el litigio.

De pronto, estalló un horrendo grito: Aaaaaaaay mis hijos. . . Aaaaaaaay aaaaaaay! - El lamento se repetía tantas veces como horas tenía la madrugada en que una dama de vestiduras vaporosas jugueteando al viento, se detenía frente a ellos y mirando hacia la Capilla del Calvario, musitaba una larga y doliente oración, para volver a levantarse, lanzar de nuevo su lamento y desaparecer a lo largo de la calle, que entonces llegaba hasta los ejidos de la ciudad y cerca de la vieja hacienda. Había salido de las aguas del canal Gugorrón, y bajado por la calle de San Francisco. Era un alarido lastimoso, hiriente, sobrecogedor. Un sonido agudo como escapado de la garganta de una mujer en agonía. El grito se fue extendiendo sobre el llano de San José, rebotando contra los montes y enroscándose en las copas de los árboles, llegó, al parecer, hasta las alturas del gran cerro de Culiacán.

Toribio, el más joven, se levantó, y pudo ver hacia el norte una figura blanca, con el pelo peinado de tal modo que parecía llevar en la frente dos pequeños cornezuelos, arrastrando o flotando una cauda de tela tan vaporosa que jugueteaba con el fresco de la noche plenilunar. Cuando se hubo opacado el grito, y sus ecos se perdieron a lo lejos, todo quedó en silencio.

Jamás hubo valiente que osara interrogarla. Todos convinieron en que se trataba de un fantasma errabundo que penaba por un desdichado amor, bifurcando en mil historias los motivos de esta aparición. Los románticos dicen que era una pobre mujer engañada, otros que una amante abandonada con hijos, hubo quienes bordaron la consabida trama de un noble que engaña y que abandona a una hermosa mujer sin linaje, otros, la historia

de una mujer de vida ligera, que mata a sus hijos ahogándolos el río o en algún canal de los que existen en nuestra tierra. Lo cierto, es que desde entonces se le bautizó como "La llorona", debido al desgarrador lamento que lanza por las calles, y que por muchos lustros constituyó el más grande temor callejero, pues toda la gente evitaba salir de su casa y menos recorrer las penumbrosas callejas coloniales, y de hace todavía algunos años, cuando ya se había dado el toque de queda o el sereno había apagado las luces.

Muchos timoratos se quedaron locos y jamás olvidaron la horrible visión de "La llorona", y los perros enloquecen al oírla llorar, hombres y mujeres "se iban de las aguas" y cientos enfermaban de espanto. En nuestros días, hay testimonios de su aparición, gente noctámbula ha visto una mujer igualmente vestida de blanco y con las negras crines de su pelo tremolando al viento de la noche, aparece cruzando nuestras calles y plazuelas como al impulso del viento, deteniéndose ante las cruces, templos y cementerios, y las imágenes iluminadas por lámparas en pétreas ornacinas, para lanzar ese grito lastimero que hiere el alma.

Decían los más viejos, que su presencia es anuncio de desgracia, enfermedad o muerte. Con su llanto y sus gritos, la llorona comunica, a quienes sepan oír, el trágico destino. Pero los salvaterrenses no la supimos escuchar desde el siglo XIX, cuando el cólera morbos y el tifo azotaron la ciudad; ni aquel fatídico 13 de abril de 1913, cuando un pavoroso incendio consumió la fábrica La Reforma; ni en los años de 1927 y 1958, cuando Salvatierra fue devastada por las inundaciones provocadas por las crecidas de El Lerma; o cuando se colapsó el puente de La Quemada en los años setenta, causando dolor y muerte; y más recientemente, aquella madrugada del 2 de enero de 2002, en la que Salvatierra tuvo que huir por la fuga de gas venenoso en una planta industrial; y por que no, a finales de mayo de ese mismo año, cuando se quemó nuestro Santuario Diocesano.

Es posible hacerla retroceder alzando un cuchillo a modo de cruz o con un crucifijo de plata. Según otras versiones, gime

pidiendo ayuda. Si alguien se acerca a socorrerla, le roba todo lo que lleva, incluso la ropa.



Las velas del jardín de Capuchinas

Con sor María Cayetana Josefa, terminaba un 15 de marzo de 1862 la vida conventual en Capuchinas a raíz de las leyes de Reforma promulgadas por Juárez, cuando fueron exclaustradas las religiosas. Desde 1798 ocuparon el convento, cuando

procedentes de la ciudad de Querétaro, llegaron para fundar esta nueva comunidad.

En el mes de julio de 1886, el general Porfirio Díaz cedió el ex convento al Ayuntamiento de Salvatierra, para establecer en ese edificio un hospital, fue bautizado con el nombre de "*Manuel González*", en honor al gobernador del estado en turno. Estuvo también en ese lugar la plancha o anfiteatro, lugar donde se depositaban los cadáveres de los que morían en circunstancias que la ley preveía. El hospital y el anfiteatro duraron muchos años. Allí se le practicó la autopsia de ley al padre fray José Pérez, mártir franciscano fusilado en Cacalote, dentro del marco del conflicto cristero que enfrentó inútilmente a iglesia y gobierno.

La arquitectura del convento es única, fue construido ex profeso como monacato femenino, es diferente a los demás conventos de la ciudad. Tiene particularidades muy propias: sus bardas son extremadamente altas y lisas, para evitar que algún intruso las escalara y penetrara en él; no tiene ventanas hacia la calle, sólo dos pequeñas que funcionan como tragaluces en la parte alta; el templo está paralelo a la calle, esto es que se entra por un costado, ya que por ser edificio de mujeres, en la Colonia no se les permitía entrar de frente al altar, además tenía dos puertas, una para que entraran los hombres y otra para las mujeres; y precisamente por ser de mujeres, el templo también no tiene cúpula ni crucero, consta de una sola nave rectangular; el coro alto donde se encuentra el órgano no es como en los demás templos, es demasiado largo, su longitud casi iguala a la del templo, no se ve desde abajo la pared del fondo, era para que con propiedad asistieran a los oficios sagrados el gran número de novicias; el coro bajo, a un costado del altar mayor, tenía una rejilla que lo separaba de éste, y al fondo un altar dedicado a San Miguel Arcángel para que resguardara el convento y a las monjas, de las tentaciones del demonio, en él escuchaban misa las religiosas ya entradas en edad que no podían subir al coro alto; como es para mujeres, también tiene un gran número de acueductos en los techos que proveía de agua a todas las dependencias del edificio, esto sin contar el enorme aljibe que aún tiene.

El convento es una fortaleza casi impenetrable, pero más dura e impenetrable es su regla. Las capuchinas no dependen de ninguna autoridad superior o provincial, cada comunidad es autónoma, dependen únicamente del obispo de su jurisdicción. Cuando una de estas comunidades crece demasiado, están como las abejas, un grupo de ellas sale a fundar otra casa.

Las mujeres que en él ingresan es de por vida y en clausura total, no salen a la calle ni tienen contacto directo con la gente por ningún motivo. Entran como novicias y ya no vuelven a salir en toda su vida, ni muertas, ahí mismo son sepultadas.

Por alguna causa o fenómeno físico que se da en el convento, los cuerpos de las religiosas enterradas no se descomponen, se momifican, por esto en las bóvedas mortuorias hay una gran cantidad de momias.

Del convento y de sus monjas se cuentan muchas cosas. Siempre han estado entre nosotros, pero a la vez ajenas a nuestra existencia diaria.

Dicen que por las tardes, a la hora del rosario, son pocas las personas que hoy en día acuden a rezar, sólo unas cuantas mujeres de edad lo hacen a diario, al momento de contestar los rezos, hay ocasiones en que se escuchan murmullos en los coros: el de arriba, y el de abajo a un costado del altar mayor, contestando las oraciones, junto con los asistentes.

Cuentan viejas narraciones de la primera mitad del siglo XX, que corría, de boca en boca, las afirmaciones de hechos y sucesos extraordinarios en ciertas noches cuando la luna no aparecía en el firmamento, al llegar al jardín de Capuchinas, muchas personas se topaban con un camino de velas encendidas que los llevaba hasta el viejo kiosco en el centro del jardín. Los que en alguna de esas noches caminaban y entraban entre las velas, no podían salirse del camino, teniendo que llegar hasta el kiosco mismo, al llegar, éste se iluminaba por completo con luces extrañas que venían de todos lados. Las luces y las velas desaparecían cuando la persona rezaba la magnífica.

Decía la gente que las velas, las luces, y los rezos del templo, son las almas de las monjas momificadas del convento que todavía siguen al pie de la letra su regla, para desagaviar a Dios por los pecados del mundo.



*La muchacha de la
cueva del cerro de Culiacán*

Una leyenda que cuentan los viejos de El Sabino, relata que a principios de siglo XX vivía en el pueblo un leñador llamado Artemio. Todos los días, incluyendo domingos y días festivos, subía al cerro de Culiacán acompañado de su burro a cortar leña.



El Sabino era apenas una pequeña villa con unas cuantas casas alineadas sobre el camino real, donde también se encontraba un hermoso manantial de cristalinas aguas, en cuya orilla había crecido un frondoso sabino, tan frondoso, que daba albergue a los caminantes que iban de paso, y a un gran número de recuas que ahí pasaban la noche, y bebían de las frescas aguas del inagotable venero.

Era este el lugar favorito de Artemio para tomar reposo en sus interminables subidas y bajadas del cerro. Un día, cuando encontraba haciendo su rutinaria tarea por la montaña, entre unas enredaderas descubrió la entrada de una cueva, penetró en ella, oía mucho ruido, como si fuera un mercado, siguió

adentrándose y dio con un gran tesoro. Junto a éste estaba de pie una bella muchacha de cabellos rubios y ojos de color.

La doncella le propuso ser el dueño de esas riquezas con la condición de que la acompañara un rato para platicar, según ella, tenía muchas cosas que contarle sobre los secretos de la alta montaña.

Artemio se sentó con la mujer a platicar, le parecía tan hermosa y tan agradable en su charla, que el tiempo parecía no transcurrir, se le hicieron sólo unos segundos los que estuvo con ella, hasta se le olvidó la promesa del tesoro. En un abrir y cerrar de ojos, la mujer y el tesoro desaparecieron, de pronto se quedó solo, sintió una gran incertidumbre y desesperación por regresar con su familia.

Cuando salió de la cueva y llegó a su casa, notó cosas raras para él: su mujer le parecía extraña, sus hijos habían crecido y había más casas en el pueblo. Lo que en la cueva le pareció un segundo, afuera habían transcurrido años. Este era el secreto que la muchacha le quería confiar: el cerro es mágico y el tiempo no pasa por sus cuevas.

Estos son los grandes misterios que esconden los pueblos míticos que rodean a la gran montaña. Enigmas que hasta hoy nos siguen cautivando, sin explicación alguna.



Dibujo: Jorge Luis Muñoz López

EL callejón

del Padre Eterno

De cuando en cuando, la Justicia Divina hace un ejemplar y público castigo a algunos seres desgraciados, tanto para escarmiento de sus semejantes como para dar testimonio de sus designios.

La tradición oral ha perpetuado este suceso espeluznante y así ha llegado hasta nosotros. A mitad del siglo XVIII vivía en una de nuestras calles céntricas, conocida como el callejón de Montesuma, un individuo bastante rico, a quien llamaban “el cordobés”, pero en realidad su nombre era Manuel Sardani, que por su apellido más bien parece haber sido italiano que español.

Siempre se le vio solo, teniendo por ama de casa a una hermana.

Vivía con holgura debido a sus rapiñas, pues era prestamista. Más como en aquél entonces estaba prohibido hacer esos negocios, recibía sus altos réditos en especie, razón por la que ganaba doble, poseyendo además algunos terrenos y casas, muchas de ellas quitadas a los tontos por devengación de réditos.

Así las cosas, y llevando al parecer una vida edificante en materia religiosa, nadie se atrevía a murmurar de él.

Sólo el día de su cumpleaños se daba entrada franca a su casa a varios reverendos que le dispensaban su amistad, y esto por espacio de la comida nada más. Refiere la tradición que cada año, a la hora del brindis, decía esta frase: “Brindo por la señora mi hermana, por mi alma, y por el 20 de mayo de 1799”, fecha demasiado lejana todavía, pero para él tenía algún significado, nadie se atrevía a preguntárselo, debido a su carácter poco comunicativo.

Esto pasaba por el año de 1751. Desde sus años mozos, en España, el cordobés se aficionó a la alquimia y a la astrología, buscaba sin cesar textos esotéricos en viejos libros ocultos

dejados por los árabes en su natal Córdoba. Un buen día, andando en busca de estos textos prohibidos en la época, conoció a un viejo moro converso que le confió un tremendo secreto. Le dijo, que inmolando un niño vivo al diablo y pronunciando determinadas frases que le escribió sobre un papel, a las tres de la madrugada del primer martes de los meses nones de un año bisiesto, conseguiría que el demonio en persona se apareciera frente a él para firmar un contrato, por medio del cual, le daría todo lo que él desease en la vida: amor, fortuna, y prestigio. Cuando llegó a América acompañado únicamente de su hermana, por aras del destino vinieron a parar a Salvatierra y se avecindaron en el viejo callejón. Su antiguo anhelo de hacer fortuna, y habiendo fracasado en todos aquellos negocios que emprendió, esperó pacientemente un martes de aquellos que le había dicho el moro allá en su tierra. Hizo lo necesario para proveerse de un infante y sacó de un viejo baúl el papel con las frases mágicas para invocar al espíritu del mal. Cuando llegó el crucial momento, decidió cometer la monstruosidad de firmar el convenio con Satán.

Así pasaron años y más años, pero como no hay deuda que no se pague ni plazo que no se cumpla, llegó la fecha tan fastuosamente cacareada por el cordobés, y he aquí lo que aconteció.

A las doce de la noche del fatídico día, se dejó escuchar una fuerte detonación, apareciendo sobre la ciudad un rojo fulgor momentáneo, seguido de un profundo silencio.

Los vecinos despertaron despavoridos, asomándose a sus puertas y ventanas, sin encontrar el porqué de aquel formidable ruido. Nadie volvió a escuchar rumor alguno, quedando sin solución la multitud de hipótesis que se fraguaron al respecto.

Al día siguiente, y siendo ya bastante tarde, los vecinos de la casa del cordobés notaron con extrañeza que ninguno salía de ella como era de ordinario, por lo cual no faltó quien diese aviso a la guardia, lo que enseguida ocurrió trayendo consigo al escribano de su Majestad; al forzar la cerradura de la puerta de

su alcoba, se presentó un horrible cuadro que hizo temblar no solo al alcalde del crimen, sino hasta el último de los esbirros.

Al pie de una muy elegante cama yacía el cadáver de la que en vida fuera la hermana del cordobés, estrangulada por él mismo.

Pegado al techo estaba el cordobés, como carbonizado, haciendo gestos horribles y pidiendo a Dios misericordia.

Se llamó a un sacerdote, quien declaró que aquel hombre estaba poseso, por lo que comenzó a exorcizarlo, logrando que el demonio soltase a su presa y se alejara velozmente, cayendo en seguida el cordobés sin vida al suelo.

Al caer ya venía carbonizado un rótulo, que él retenía y que decía: Castigado así por hipócrita, asesino y ladrón.

Se encontró en su guardarropa una escritura de papel negro con caracteres blancos, que no era otro que el contrato celebrado con Satanás, por el cual, a cambio de riquezas, honores y placeres, le entregaría su alma a los cincuenta años de la fecha, como el plazo ya había expirado, el contrato forzosamente debía ser cancelado. Este hecho alejó de aquella calle a la gente de buen vivir, y por espacio de muchos años se le vio con horror.

Desde aquella horripilante fecha, el pueblo intituló al antiguo callejón de Montesuma como: el callejón del Padre Eterno, quizá para borrar de la memoria, de todos, que allí estuvo Satanás, cobrando un contrato.

Campanadas, procesión, y ánimas en San Nicolás de los Agustinos

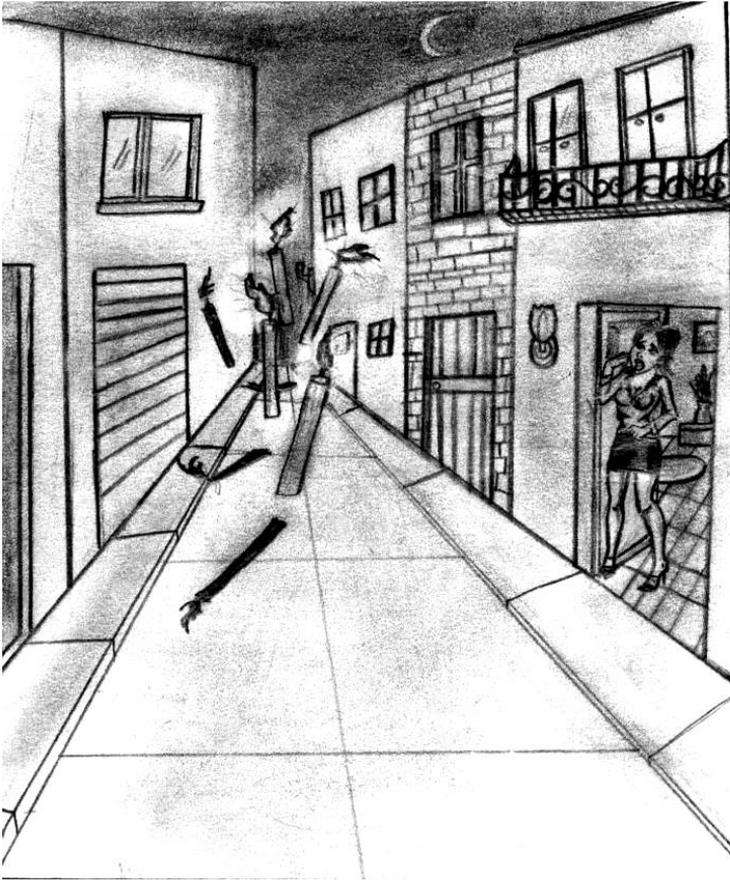
Era como la una de la mañana de una noche de sábado de finales de abril, Paula no podía dormir, estaba demasiado cansada y preocupada. Había pasado la tarde con sus pequeños

hijos en una fiesta infantil en la casa de su comadre allá por el rumbo de Cuatro Esquinas. Le preocupaba también no tener noticias de Antonio, su esposo, hacía días se había aventurado a irse al norte con un grupo de amigos del pueblo, no sabía si había logrado pasar la frontera.

De pronto, escuchó el tañer de unas campanas, doblaban a muerto, lo que le extrañó fue su sonido, no era el acostumbrado, no, no eran las del Curato. Los sonidos provenían del rumbo del río, como si vinieran de El Capulín. Escuchó también cantos y rezos, era como si una procesión se aproximara a su casa por la calle. Entreabrió la puerta y se asomó, a los lejos la vio venir, en la oscuridad de la noche, alcanzaba a distinguir sólo las tenues luces de las velas.

Cuando llegó frente a su casa, se quedó estupefacta, las velas flotaban en el aire, era como si las llevaran personas invisibles, sólo escuchaba sus rezos y cantos, le parecía que en esa procesión iban únicamente mujeres y niños. De pronto una de las velas vino hacía ella y pudo escuchar al ánima que la portaba, cuando ésta le dijo: toma esta vela y guárdala, cuando yo vuelva a pasar frente a tu casa, me la entregaras encendida y acompañada de uno de tus hijos, bien despierto. El ánima se incorporó a la procesión que continuó rumbo al templo parroquial, pasaron frente a él y doblaron hacía la calle de Pípila.

Pasó el tiempo, Paula ya había olvidado el incidente de la procesión cuando una noche la escuchó venir otra vez, iba entrando al pueblo por la calle Independencia, donde ella vivía. Rápidamente despertó y levantó de la cama a su hijo mayorcito, encendió la vela y la esperó. De repente sintió al ánima frente a ella diciéndole: dame la vela para ofrecerla al Señor de la Misericordia, te juro por esto, que tú y tus hijos siempre estarán protegidos de todo mal, nosotras velaremos por ustedes. El ánima se incorporó a la procesión y desapareció de su vista rumbo al templo.



Dibujo: Jorge Luis Muñoz López

Lo que le pasó a Paula, le ha pasado a muchas mujeres del pueblo. Tiene la procesión su origen en una triste historia que sucedió en San Nicolás hace muchos años.

En 1563, don Luis de Velazco, virrey de la Nueva España, les otorgó a los indígenas de San Nicolás, conocido en aquellos tiempos como San Felipe Tiristarán, una merced de tierras para que fundaran una congregación a la que llamaron de Nuestra Señora de los Remedios.

No tardaron los naturales en tener problemas con los religiosos agustinos, dueños de la hacienda, por las tierras; éstos siempre quisieron despojarlos de ellas. En 1827, el fraile administrador de la hacienda fray Alipio Lozada, propuso a las autoridades de Salvatierra establecer una escuela para los indios en la hacienda, a cambio de que dejaran sus tierras. No lo logró, pero diez años después consiguió que la fuerza pública del gobernador del estado los expulsara.

Fue una gran tragedia, un espectáculo triste y doloroso ver como familias enteras eran echadas de sus casas, llevando a cuestas sus pocas pertenencias. Algunos de ellos pertenecían a la cofradía de Nuestra Señora de los Remedios, quienes entre otras cosas habían construido la capilla lateral del templo y puesto las campanas de la torre.

Llenos de coraje y desesperación, en su huida, llevaron consigo las campanas y las hundieron en el lecho del río. Muchos lo cruzaron y fundaron en el paraje de La Trinidad el pueblo de El Capulín.

Hubo un grupo formado por unos cuantos ancianos, y muchas mujeres y niños, que se resistían a salir de sus jacales en el rumbo del molino viejo. Nada supo de ellos, algunos dicen que murieron ahogados al intentar cruzar el río.

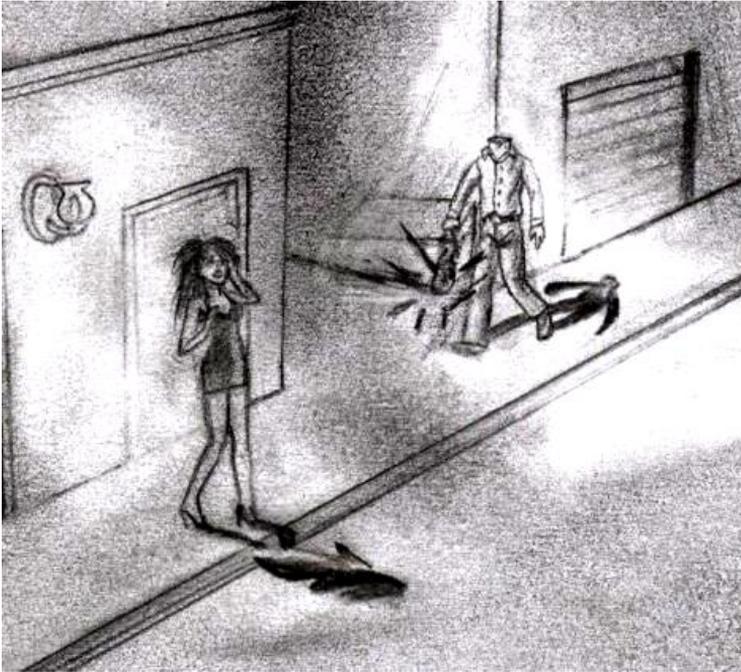
Lo cierto es que en ocasiones, sus almas hacen sonar las campanas hundidas y salen en procesión del lugar en que se ahogaron hacia el molino viejo. Entran al pueblo por la calle Independencia, al pasar por el frente del templo ofrecen sus velas al Señor de la Misericordia que allí se encuentra, continúan su camino para doblar por la calle de Pípila y tomar después la calle de Venustiano Carranza, para desaparecer en lo que hoy queda del Molino Viejo.

La procesión son las ánimas de esas mujeres y niños que vienen del Purgatorio a rogar al Santo Cristo por la protección de todas las mujeres y niños del pueblo cuando el padre está ausente. Ruegan y piden porque no se vuelva a repetir jamás una tragedia semejante.

El gendarme sin cabeza

En el Salvatierra de los años treinta un despistado parroquiano se desvelaba, cruzó el Jardín Grande para llegar a la esquina de la calle Hidalgo con 16 de Septiembre, donde hoy se encuentra la cantina de La Chiringa, al encaminarse rumbo a Santo Domingo, a lo lejos alcanzó a ver la linterna de un gendarme

que hacía señales de llamada, siguió caminando y acercando a donde estaba el guardia. Al llegar precisamente a la esquina de Hidalgo y Santos Degollado, no daba crédito a lo que sus ojos veían, un gendarme sin cabeza, pero con la linterna en la mano. El aparecido caminó rumbo al templo de Santo Domingo y desapareció en el panteón de al lado.



Cuenta una narración de principios del siglo XX, que el jefe político de ese tiempo había ordenado que en esa esquina se pusiera la guardia de un gendarme, para evitar que vagos y malviviénts causarán daños y molestias al tranvía que iba a la estación del ferrocarril.

El guardián del orden, destinado a ese sitio, resultó ser un hombre que, aprovechándose de su autoridad, cometía toda clase de abusos en contra de los vecinos del lugar. Entre los más frecuentes, era obligar a las mujeres jóvenes a acompañarlo

hasta el viejo cementerio del templo, donde las sometía por la fuerza, hasta satisfacer sus más bajos instintos.

Ya cansadas las ofendidas, le tendieron una trampa, aconsejaron a una joven muchacha para que lo sedujera y lo hiciera ir al panteón, allí lo esperaban las demás para cobrar venganza. Al llegar al lugar lo sometieron para decapitarlo. De esta manera las ofendidas le hicieron pagar el mal que les había infringido.

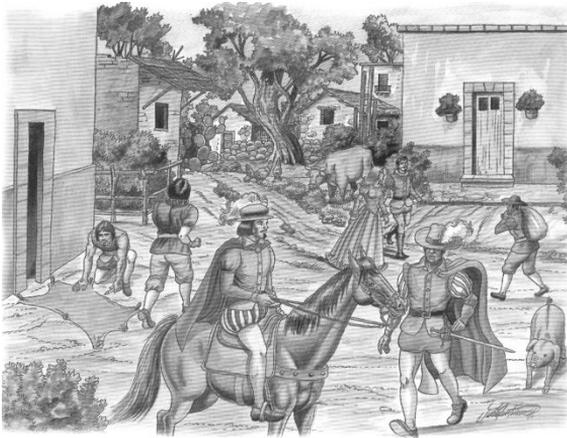
El caballo negro

Juan Manuel y José Antonio eran dos jóvenes adinerados de nuestra ciudad que vivieron a mediados del siglo XVIII, hijos de hacendados y terratenientes de la región.

Era común que los pudientes poseyeran finos caballos para pasear por nuestras calles los domingos y días de fiesta, causando la admiración de las damas de ese tiempo.

Juan Manuel y José Antonio no eran la excepción, pero se había creado una enorme rivalidad entre ellos.

El tramo de lo que hoy ocupan las escuelas primaria y secundaria: Emperador Cuauhtémoc y la EST 2 en la calle de Morelos, se le conocía como La Tapia por la larga barda de piedra y mezcla que colindaba con las huertas que allí estaban, al final, donde desemboca la calle de Leandro Valle y comienza el convento Franciscano, el canal Gugorrones forma un cuadro que da la impresión de un tanque o alberca, en otros tiempos, la esquina norte del mencionado tanque tenía gradas para bajar hasta el agua, era: el bañadero de caballos, precisamente porque servía para bañar a tan nobles bestias.



Era común ver, en las tardes de domingo o de día de fiesta en esa época, a los jinetes paseando a los animales por la tapia para después bañarlos en el canal.

Unas de esas tardes se encontraron en ese lugar los dos jóvenes rivales con sus respectivas monturas. Juan Manuel tenía un altivo caballo negro azabache y José Antonio una hermosa yegua alazana. Se hicieron de palabras porque los dos querían

ser primero en meter a su animal a bañar. Juan Manuel enfurecido mató a la yegua, y en seguida dio muerte a su rival.

El negro azabache se encabritó como poseído por el demonio, en un relincho mató a su amo de una tremenda coz. El caballo se desbocó en veloz carrera hasta perderse por el rumbo de Santo Domingo.

Nunca se supo donde paró, se le buscó por todos lados, no encontrándose ningún rastro de él.

En relación a los anteriores hechos, la narración fue rescatada en el año de 1917 por periódico local La Reforma, órgano informativo del Partido Liberal Revolucionario, en su número 46, fechado el 17 de marzo de ese año, y dirigida por J. Jesús Ruiz, curiosamente era una publicación de corte político.

El relato publicado lo hizo doña Mariquita Santoyo, quien había quedado viuda desde principios del siglo, al morir su esposo y no habiendo procreado hijos, se ganaba la vida lavando y planchando ropa ajena.

Vivía frente al templo de San Francisco, por las mañanas bajaba a lavar al río por el callejón del costado del templo de San Antonio. En las tardes se dedicaba a la planchada hasta muy entrada la noche, la hacía con una de aquellas viejas planchas de carbón.

En las noches era común para ella oír gritos de pelea precisamente frente al bañadero de los caballos, lo atribuía a los desvelados pasados de copas, pero la prudencia le aconsejaba no asomarse a ver que pasaba.

Contó que un día domingo, víspera de la fiesta de la Virgen del Carmen, tenía demasiado trabajo por lo que tuvo necesidad de salir al filo de banqueta para tirar la ceniza de su plancha y ponerle más carbón.

En eso estaba cuando escuchó los gritos acostumbrados de pleito, volteó hacia el bañadero pero no veía nada, sólo oía los

gritos, cuando de repente un relámpago amarillento iluminó ese lugar, sintió que un viento helado le golpeaba la cara y se le enchinaba la piel. De esa luz salió el caballo negro, y entre relinchos pegó una veloz carrera, precisamente rumbo a Santo Domingo. Este hecho la hizo cambiar de rumbo, se fue a rentar una casa en el callejón de los Chirimoyos -hoy calle de Altamirano-, entre Hidalgo y Morelos.

Muchos años después del testimonio de doña Mariquita, la narración fue confirmada por otra octogenaria mujer: doña Romana Rivera, nacida en el año de 1860, quién también vivió frente al templo de San Francisco. Ella también presenció el suceso, precisamente cuando hacia lo mismo, salir a tirar la ceniza de su plancha.



El fantasma del Museo

*E*sta narración ha sido reconstruida con documentos de archivo y la crónica periodística aparecida en El Pequeño Ahuizote, publicación editada en Salvatierra en el año de 1888 e impreso en los talleres tipográficos de don Francisco Balandra.

Los hechos y sucesos conmocionaron a la sociedad salvaterrense en el mes de julio de ese año, mes de fiestas y peregrinaciones en honor de la Reina del Carmelo.

La jamaica o kermés era la ocasión ideal para la aristocracia salvaterrense del siglo XIX de convivir y tener el roce y relaciones sociales con amistades y parientes. Las jamaicas populares eran por lo regular al medio día o por la tarde, las de la alta sociedad se programaban por la noche. Todas o casi todas eran con motivos religiosos o patrióticos.

Eran las cinco de tarde, la plazuela y el cementerio del Carmen estaban cubiertos de un numeroso gentío; notándose en todos, los semblantes de animación y contento.

Las entusiastas notas de la danza taurina surcaban el espacio en todas direcciones, arrancando un ¡hurra! de alegría a todos los concurrentes.

Se acababa de abrir el mercado de la jamaica preparada para ese día, y cuyo objeto era conocido por todos, recaudar fondos para el templo del Carmen. Aún cuando no habían llegado todas las vendedoras, sus puestos estaban perfectamente arreglados, notándose en la mayor parte de ellos: el buen gusto, la elegancia, y ese aspecto alegre y encantador propios de su género.

Verónica no podía faltar, de una talla deliciosamente mediana, ni alta, ni baja. Parecía que para formar su cuerpo se amasaron rosas y azucenas modelándolas en sobrios lineamientos de escultura. Fino y esbelto era su talle, blancas y pequeñas sus manos que terminaban en pequeñas yemitas de denso nacarado, sus diminutos pies parecían que ni el suelo tocaban.

Su purísimo rostro hacía lucir soberanamente sus ojos de pardo oscuro, grandes de indefinible mirar adornados de rizadas pestañas bajo los arcos triunfales de sus cejas, el perfil de su nariz y su pequeña boca de labios rojos, dejaba entrever una

blanca dentadura de marfil, y su opulenta cabellera de color castaño caía suavemente sobre sus hombros.

Estas formas adorables se ocultaban bajo un suave vestido de las mejores telas de la época, dejando escapar las curvas de su angélico busto en perfecta armonía con su alabastrino cuello.

Esta sin par hermosura la conocieron los salvaterrenses de finales del siglo XIX. Ante ellos paseaba su prestancia, ocasionando admiración rendida de los hombres y envidia recelosa de las mujeres.



Dibujo: Jorge Luis Muñoz López

Sin embargo, lo que le había otorgado la naturaleza, le negó la fortuna, era modesta en su posición social, pues había nacido hija de una mujer que trabajaba de costurera de encopetadas damas.

A las siete y media de la noche estaba el comercio de la jamaica en todo su apogeo, era tal la aglomeración de gente que a duras penas se podía dar paso.

Los puestos sin excepción estaban perfectamente preparados y servidos, y todos con ricos manjares como para chuparse los dedos: el de las Sritas. Argomedo no dejaban nada que desear, ni mucho menos el tacto y finura con que eran servidos los

platillos; el café de la Sra. Margarita S. de Argomedo no tenía precio, acompañado de ricos panecillos; en el puesto de la señora y señoritas Otamendi llamado "La Indita", con sus ricos tacos, chalupitas y enchiladas; el de la señora y señoritas. Espinosa, con su atinado nombre de "La Taurina", vendiendo toda clase de vinos y licores.

"El Rey Cambrinus" a cargo de Isidro Olace no alcanzó a emborrachar a todos, y eso que no le quedó ni una gota de cerveza.

En todos los corrillos, sólo se oían éstos o semejantes comentarios: -¡caramba, que dulces tan sabrosos venden las Marías!- ¿y qué me dices del pollo servido por las lindas manos de Otilia y Cuca, y de las delicadas hojuelas de Trini? -pero si el atole y los tamalitos que prepararon Cuca y Ángelita Villagómez no conocen rival, - pues no se quedan atrás las enchiladas de Chucha Zamora, de Pepa y Juana Torres y de las niñas Rosillo, ni el agua fresca de Basilisa, Concha y Lupe, menos los exquisitos pasteles servidos por Pepita Villagómez y Juanita Romero, ni el sabroso arroz de Adelita, ni los diminutos puros y cigarros de Aurelia, -lo que yo he encontrado más sabroso, decía el visitador del timbre, son los helados del Popocatepelt; pues Chana y Nina merecen patente de privilegio, -la sorpresa preparada por Santiago Scalán con su alegoría de pulques es tan oportuna como la de María Sierra y su cabra representando a la Esmeralda de Víctor Hugo; ¡cómo la miraban don José Argomedo y don Francisco Llamosa!.

Mientras tenían lugar estos comentarios, la simpática Tella Romero y el joven Miguel Argomedo buscaban por mar y tierra a los concurrentes, que con sorpresa recibían algún telegrama transmitido por la "Línea de la Caridad", cuya oficina estaba a cargo de Nicolás Otamendi, los mensajes a Verónica le llovieron, no se daba abasto para leerlos.

La fiesta se prolongó hasta después de las doce y media de la noche, quedando solamente los jóvenes: hombres y mujeres en el puesto "La Taurina", dónde despachaba las últimas bebidas don Francisco Sandi.

La novedad entre las muchachas casaderas era un joven ingeniero recién titulado en la ciudad de México: Manuel Medina Montelongo, quién además de sus modales elegantes y buen vestir, poseía el don de la charla amena, graciosa y cautivadora.

Había llegado hacía días, alojándose en la casa paterna de la calle del Carmen -hoy Juárez # 208-. Desde el momento mismo de su llegada le impactó la belleza de Verónica, quien fue todo el tiempo la destinataria de sus atenciones.

El grupo de muchachos se dispersó, tomando cada quién el rumbo del hogar. Manuel acompañó a Verónica, bastándole solamente la poca distancia del atrio del cementerio a la casa de la calle del Carmen para convencerla a pasar, a sabiendas de que sus padres estaban ausentes de la ciudad.

De alguna manera, el ambiente de fiesta y la soledad de la casa, propiciaron lo que tenía que suceder, y sucedió.

Pero los principios son los principios, y los remordimientos llegan; Verónica no fue la excepción, presa de ellos, tomó el camino fácil de escapar de una realidad: ¡se cortó las venas!.

Todo mundo asistió a las honras fúnebres, los que la admiraban y las que la odiaban. Por muchos años perduró su recuerdo, pero no bastó esto para apaciguar los remordimientos de su espíritu. En la casa del Museo habita, sale a todas horas, de día o de noche, sólo basta que haya poca gente. Dicen los que le han visto que viste de negro con formas de mujer hermosa.



Dibujo: Jorge Luis Muñoz López

La boda de los cerros

Al cerro de Culiacán desde tiempos inmemoriales, la tradición lo considera una montaña sagrada, esta información se enriquece por los testimonios arqueológicos y documentales que actualmente se conocen. Está formado por corrientes sucesivas y sobrepuestas de lava que salieron por un cráter que fue obstruido por la última corriente.

Su gran tamaño con profundas barrancas y grutas llamó siempre la atención de los grupos humanos que habitaron en sus inmediaciones. El Culiacán encierra un maravilloso mundo de enigmas, desde un centro ceremonial prehispánico, las cruces que representan la evangelización durante la Colonia, y las estaciones repetidoras en la actualidad.

En la cumbre se siente estar más cerca de la madre tierra y más próximos al sol. La luz y la oscuridad, lo de arriba y lo de abajo. Impuso respeto entre los antiguos pobladores cuando escuchaban sus habituales ruidos internos.

La tradición refiere que esta montaña estaba poblada de encinos y matorrales. Los caporales que llevaban ganado conocían un sendero que llevaba al fondo de una gruta en donde se encuentra una laguna, como un paraíso encantado, en donde regularmente sufrían la pérdida de sus animales. Era una cueva muy profunda y en cuyo centro corría un torrente de agua que se suponía ser la comunicación con los cráteres de Valle de Santiago. Los labradores del valle de Huatzindeo aseguraban que esta fantástica caverna sólo permanece abierta por unos momentos a la media noche, abriéndose y cerrándose por diabólica magia. En aquel paraíso, se encuentran árboles y frutos muy desarrollados que al sacarlos a la luz del día entran en estado de descomposición, transformándose en sapos y culebras.

La magia de la montaña tejió desde tiempos inmemoriales hermosas leyendas.

Los antiguos habitantes del valle de Huatzindeo, muchos años antes de la llegada de los conquistadores a estas tierras, pasaban miles de penurias por las continuas luchas y peleas que tenían por él, los cerros que lo rodean.

El gran coloso de Culiacán siempre despertó el interés de sus admiradoras vecinas: La Gavia y Tetillas, que continuamente se disputaban el amor del enorme guardián de estas tierras.

En una de esas últimas disputas, Tetillas enojada por la indiferencia de que era objeto por parte de Culiacán, le lanzó una enorme roca que le tumbó el copete, quedándose estacionada precisamente en su cima.

La Gavia por defender a su prometido, le tiró a Tetillas un enorme golpe que la partió en dos, quedando así desde esos tiempos inmemoriales. Los habitantes cansados de soportar tanta disputa que no les permitía desarrollar su vida normal y en paz, acudieron a las luminarias de Yuriria y del Valle de Santiago para consultar al gran dios, rogándole que pusiera fin a tales pleitos.

El dios tomó una sabia decisión: casar de una vez por todas a Culiacán con La Gavia, dándoles de regalo de bodas el don de pronosticar las lluvias en el valle. Les dijo a los antiguos habitantes que: cuando vieran a La Gavia con rebozo y a Culiacán con sombrero, seguro aguacero.



El milagro del Señor del Valle

Un buen día, en Villahermosa, el Sr. obispo don José del Valle contestó: Aquí en Tabasco les llaman artistas, allá en mi tierra de Los Altos de Jalisco les llamamos mujerzuelas, dirigiéndose a Tomás Garrido Canabal, gobernador del estado, durante la cena que el funcionario ofrecía en honor de su hija, que cumplía quince años, y en la que se había presentado una variedad con

vedettes traídas de la ciudad de México, al preguntarle al prelado que le parecían las bailarinas.

El joven sacerdote Jesuita José de Jesús Angülo Navarro, había elegido dentro su orden ser misionero. Llegó a tierras michoacanas, y en Tlalpujauilla, construyó una basílica en honor a la Virgen de San Juan de los Lagos.

En ese caminar por la vida, se vino el conflicto religioso en 1926, José de Jesús se integró al ejército cristero como capellán para defender la Fe. Eran tiempos difíciles, buscó refugio en la hacienda de Santo Tomás, convivió con su gente, y para su protección se cambió el nombre por el de José del Valle.

Tiempo después, el Sr. Del Valle coincidió en Santo Tomás, con el maestro Francisco Maldonado, originario de Rincón de Tamayo y egresado de la escuela de música de Celaya. Decidieron fundar una escuela en esta disciplina para los habitantes de ese lugar. Entre los niños que asistieron estaba uno de nombre J. Isabel Sosa, quien pronto destacó, hoy la escuela lleva su nombre.

Pero el gran cariño que siempre sintió por este pueblo comenzó de lleno en los primeros días del mes de diciembre de 1935, cuando los representantes de los ejidatarios: Francisco Abonce y Antonio Paredes lo invitaron a dar unas misiones en la congregación.

De ahí en adelante se enamoró de Santo Tomás. Ese mismo mes y año abrió los cimientos de lo que sería la primera iglesia. En el mes de agosto del año siguiente celebró en ese recinto la primera misa, aún sin el techo. Fue hasta 1939 cuando se concluyó la obra.

No contento con esto, compró en 1936 las imágenes y objetos de culto de la capilla de la hacienda a su dueña la Sra. María Ruiz Vda. De Herrera. Llegaron las preciosas imágenes que hoy venera el pueblo de Huatzindeo de Arriba: la inigualable Purísima Concepción, conocida bajo la advocación de Nuestra Señora de Huatzindeo; el Señor San José con el Niño Dios en sus brazos, de tamaño natural; la pintura al óleo de Santo Tomás

de Villanueva, vestido de pontifical; y el Señor San Rafael Arcángel. Por fin, la primera iglesia fue dedicada el 8 de diciembre de 1940.

Ni muerto abandonó a su pueblo, cuando en 1966 los vecinos decidieron construir una iglesia nueva y demoler la antigua, hacía algunos años que había muerto, los vecinos notaban por las mañanas que una parte de la construcción había sido terminada durante la noche sin que mediara trabajo alguno de los encargados de la obra. Los viejos vecinos del templo decían que escuchaban ruidos de albañilería, pero cuando acudían al lugar, no veían nada y los ruidos cesaban.

Sin embargo, nadie sintió temor por estos hechos, estaban seguros que el misterioso trabajador nocturno era precisamente el Sr. Del Valle, que ni muerto, se olvidó de su pueblo.

La nueva iglesia hoy luce en todo su esplendor, y su Virgen, está más bella que nunca.

La calle de El Sepulturero

*E*n el siglo XIX, muchas fueron las calamidades que sufrieron los habitantes de Salvatierra. Poco antes de consumarse la Independencia se propagó en la ciudad una epidemia de la que no se tiene memoria de algo semejante.

Para agosto de 1820, el ilustre Ayuntamiento solicitó al vecindario que practicara la caridad y entregara lo necesario a

los prójimos que solicitaran remedio contra la fiebre, que se presentaba en los pacientes con resultados mortales.

El párroco don Basilio Quezada, tuvo que organizar una junta de sanidad y procesiones para rogar la protección de Nuestra Señora de La Luz.

Como resultado de aquella terrible enfermedad, los cementerios y a la vez atrios de las iglesias resultaron insuficientes. En vista de que las necesidades eran mayores se señaló un solar al norte de la ciudad al final de la calle de Madero, para el camposanto común donde fueron sepultados la mayoría de las víctimas de tan terrible epidemia.

Aún no se recuperaba la ciudad de tan espantosa tragedia cuando se presentó el cólera morbus en el año de 1833, fue ésta la que superó todas las estadísticas.

Las campanas no cesaban de tañer doblando a muerto, para recordar a los fieles que debían orar por los que ya eran difuntos y por su propia alma.

Por las noches, los grandes ventanales de la iglesia parroquial se iluminaban, las familias enteras se congregaban en su interior para cantar alabanzas a la Virgen de La Luz, y pedirle les permitiera continuar con las exigencias de la vida.

En la antigua calle de las Arrecogidas -hoy Leandro Valle-, entre las calles de Hidalgo y Juárez, vivía don José el carretonero y sepulturero de la época, personaje célebre por lo peculiar e intenso de su trabajo, al grado de que a esta calle se conoció por más de medio siglo como la calle de Don José el Sepulturero o simplemente de El Sepulturero. Las calles y plazas de la ciudad estaban desiertas, y cuando los apesumbrados vecinos escuchaban el chirriar de la carreta de don José en el empedrado, se santiguaban porque aquel transporte iniciaba su viaje con un cuerpo y terminaba con varios. Con el tiempo, los vecinos de la ciudad, quizá para borrar aquellos dolorosos momentos en los que perdieron la vida algún familiar o amigo, rebautizaron la calle. Lo llamaron callejón de El Ángel.



La Cruz de Culiacán

Todas las tierras americanas que fueron conquistadas por España son pródigas en leyendas, que forma, pudiéramos decir, la esencia misteriosa y atractiva de sus más bellos rincones y ponen de manifiesto la hidalguía de los antiguos caballeros.

En la quietud de la noche y a la luz de centellantes estrellas se recorta majestuosa la silueta del coloso que vela el sueño del valle de Guatzindeo: Culiacán. Inmensa mole que ha visto correr los tiempos y, como los rincones adorables, está coronado con una leyenda de amor y abnegación.

Hace muchos, muchos años, llegó a estos lugares una india, cuya hermosura asombraba a los que la miraban, acompañada por sus padres indios, ya ancianos; establecieron su vivienda lejos del centro de población, en el corazón del cerro de Culiacán. Se rodeó esta familia de tal misterio, que llegaron a atribuírsele, sobre todo al indio, el carácter de hechicero, cosa que no llegó a comprobarse.

Es casi seguro que las razones que impulsaron a aquella familia fueron en primer lugar, la hermosura de la joven, y luego el temor de que fuera objeto de la codicia de los hombres blancos establecidos en el valle, pues se cuenta que el indio seguía considerando a los españoles enemigos de raza. Pero ¿quién puede oponerse a que la juventud busque y viva de ilusión, y amor?, no existen distancias ni rejas que impidan que dos corazones jóvenes y leales se complementen, y así sucedió que la hermosa india se encontró con un apuesto caballero español, don Pedro Núñez, y que el travieso cupido lanzara sus flechas e hirieran a aquellos dos corazones opuestos por la raza y los ideales, y el amor que todo lo vence, forjó un idilio tan grande y tan hermoso que la india pasaba horas enteras a la vera de su choza, con la mirada perdida en la inmensidad, soñando con su amor. Éste, alimentado con las entrevistas que tenían excusas de los indios viejos, iba creciendo y constituyendo la felicidad más grande de la joven india. Más esta felicidad fue empañada por el descubrimiento que de aquellos amores hiciera el padre, quien manifestó su disgusto y aseguró que jamás lo permitiría.



Dibujo: Antonio Pérez Soto

¿Iba a truncarse aquel idilio? Jamás, es más fácil contener las aguas de un torrente impetuoso que arrancar un verdadero amor del corazón, y así, la india que entregara su amor al apuesto caballero no pudo dejar de verlo. La situación era apremiante, y se recurrió a todos los medios para lograr el consentimiento para la celebración del matrimonio, y como no se consiguiera, éste se realizó no obstante la oposición del padre. Un matrimonio así movió al pueblo a asistir y dar realce con su presencia a aquel acto.

Y como en los cuentos de hadas, vivieron muy felices aquellos esposos a quienes había unido un inmenso cariño, paseaban por las riberas del río cogidos de la mano y arrullados por sus murmullos, pero esta dicha no fue duradera porque el indio de raza indómita no aceptó el matrimonio de su hija con el español, aprovechando una oportunidad dio muerte a ésta en el lugar que fuera testigo de su amor. Aquella belleza se extinguió teniendo como salmo y oración fúnebre la potente voz del caudaloso Lerma.

El cadáver fue sepultado en forma subrepticia por un peón que lo encontró, temiendo que se le inculpara del crimen. Sin que en la tumba de aquella india, amante, esposa, y cuyo nombre fue María quedara un epitafio en su memoria.

El apuesto caballero don Pedro Núñez, se dedicó a la vida religiosa, entrando en la orden de los Carmelitas Descalzos, y fue él, dicen las crónicas, quien colocó la cruz en lo alto del cerro de Culiacán, para acallar los fuertes lamentos que se oían en todo el valle por la pena de su amada. Y que lleva por nombre: La Cruz de Culiacán.



El Cuije

Santiago y Sofía, su mujer, estaban desesperados allá en el Rancho de Guadalupe. El pequeño Damián no sanaba ni mostraba mejoría alguna, ya iba para tres meses que el vómito no lo dejaba, estaba flaco y amarillo, se le echaban de ver los huesitos, ya nada más estaba forrado. Le habían dado todos los remedios posibles, visitado muchos doctores, y no se curaba.

La pareja recurrió a su última esperanza para curar a su hijo. El viernes siguiente, muy temprano, antes de la salida del sol, Santiago tomó una testal de la masa con que Sofía haría las tortillas ese día y lo colocó sobre el tejado de su casa. Así pasaron algunas horas, a media mañana, vieron que de las alturas se desprendía volando un cuije que se postró sobre la testal, picoteó la masa hasta que se llenó, para luego emprender de nuevo el vuelo rumbo a la cumbre del cerro de Culiacán. Al siguiente día salieron a ver si el ave volvía, pero no lo hizo, transcurrieron los días, fue hasta el viernes siguiente al despuntar el alba, que el pájaro apareció trayendo en su pico una afilada punta de penca de maguey.

Era la señal esperada, como se lo dijo su abuelo a Santiago, y a su abuelo, se lo platicó su abuelo; los recibiría el anciano ciego y sabio que guarda los secretos ancestrales de la gran montaña, los aguardaba en su cueva. El matrimonio se apresuró, ella tomó al niño en sus brazos, y él colocó en una pequeña bolsa unas naranjas y dos tamales; era todo lo que tenían para llevar de ofrenda.

Tomaron una sinuosa vereda rumbo al cerro, empezaron a subir la cuesta cada vez más empinada. Por fin, llegaron a la cueva al filo del medio día. Él fue el primero en entrar llevando consigo la pequeña bolsa con la ofrenda, ella lo siguió con el niño en brazos, caminaron en la penumbra del túnel, al final, en la gran profundidad de la gruta, vieron la luz de una gran fogata sobre la que estaba un gran perol con lo que parecía agua hirviendo, y atrás, el sabio viejo y ciego.

Sin mediar palabra, Santiago colocó la ofrenda a un costado de la fogata, mientras Sofía tendía al pequeño Damián en el suelo, frente al anciano. Éste tomó unas yerbas secas que tenía en una

olla de barro y las arrojó al líquido hirviendo del perol, en seguida, de un pequeño jarro, también de barro, hizo chorrear unas gotas de un aceite sobre la frente del pequeño y pronunció unas palabras ininteligibles.

Así, en silencio, duraron un buen rato, de pronto el sabio se acercó otra vez al perol y sirvió de ese líquido en una pequeña jícara, y la entregó a la madre para que le diera de beber a su hijo.

Cuando la madre terminó de dar de beber esa agua a Damián, el viejo sólo se limitó a decirles que ya podían retirarse, y que al llegar a su casa, acostaran al pequeño para que durmiera, y no debían asustarse si no despertaba pronto, porque cuando lo hiciera estaría sanado de todo mal. Les recordó a la pareja la vieja tradición de no revelar a nadie, quien había curado al niño. Ya caía la tarde cuando salieron de la cueva, llegaron a su casa en el Rancho de Guadalupe para cumplir con la encomienda señalada cuando la luna ya había salido.

El misterioso personaje que sanó a Damián no tiene nombre, sólo algunas gentes lo conocen como el cuije. Su historia se remonta muchos siglos atrás. A la decadencia de los teotihuacanos que tenían una gran influencia en lo que ahora es el valle de Huatzindeo, llegaron los pueblos de la cultura tolteca chichimeca para fundar la gran Tollán o Tula, sus dominios se expandieron hasta nuestras tierras, donde crearon una de la cinco provincias que comprendía su imperio, la llamaron Colhuacatepec Chicomoztoc. Su capital la establecieron en un lugar llamado Colhuacán, ubicado en el gran cerro que lleva el nombre de Culiacán. Allí fundaron el culto al Sol, y crearon la gran cosmovisión que soportaba su existencia.

Estos pueblos procedían del norte, de una ciudad ubicada entre los ríos Gila y Colorado llamada Huenhuetlapallan, se llamaban así mismos huetlapanecas y eran de raza nahoa. Fueron guiados hasta el centro de lo que hoy es México por siete ancianos sabios que poseían el conocimiento, ellos eran: Clacatzin, Tlacamichtzin, Coauatzón, Mazacohuatl, Tlapalhuitz, Huitz, y Ehécatl. En su largo peregrinar fundaron muchas ciudades que

después abandonaban. Fue en el gran cerro donde se estableció uno de los descendientes de Ehécatl, para cuidar de los secretos de la montaña y atender la vasta provincia. Aunque habían establecido el culto al Sol, la Luna, la Madre Tierra, y las estrellas, había una adoración que sólo profesaban los sabios; era la veneración a Tloque Nahuaque, divinidad creadora de todas las cosas, incluso del Sol. Esta creencia oculta les permitió poseer el conocimiento universal y del hombre mismo, era por esto, que prohibían al pueblo practicar los sacrificios humanos. Con este conocimiento crearon también, el principio del nagualismo, práctica muy común entre los brujos y hechiceros del mundo prehispánico.

Dice la tradición que para bajar el anciano sabio del cerro, tomaba la forma de un cuije y llegaba a lo que hoy es el Rancho de Guadalupe, allí impartía consejos y daba instrucciones, pero lo más importante, bajaba al temazcalli, era éste, un baño de vapor que sus seguidores le habían instalado en ese lugar para que reposara y, se relajara para despejar sus mente, una vez hecho esto, se remontaba de igual forma a su cueva.

Estos sabios transmiten su conocimiento a un discípulo que seleccionan desde pequeño, de esta manera han perdurado hasta nuestros días. Muy pocos, como Santiago y Sofía, son los que saben de su existencia y como llamarlo. Por esto, el lugar donde hoy se encuentra el Rancho, en tiempos pasados lo conocieron como El Cuije, por que allí, es a donde acude cuando lo llaman; en forma de uno de esos pájaros negros que casi azulean. . . . de negros.



La gallina y sus pollitos

en la calle del Tres Dos

Si hoy quisiéramos ubicar la calle del Tres Dos, diríamos que es el tramo de la calle de 16 de Septiembre, entre las calles de Ocampo y Allende. En una de esas esquinas se había establecido una piquera por allá a principios de siglo, años después se convirtió en un tendajón.

Los borrachines que de la piquera salían a las altas horas de la noche o de madrugada, de pronto se topaban con una gallina que corría hacia ellos seguida de sus pollitos, estorbándoles el paso.

Lo que intrigaba a los parroquianos era precisamente que a esas horas anduvieran esos animalitos sueltos por ahí corriendo, cuando por naturaleza están durmiendo.

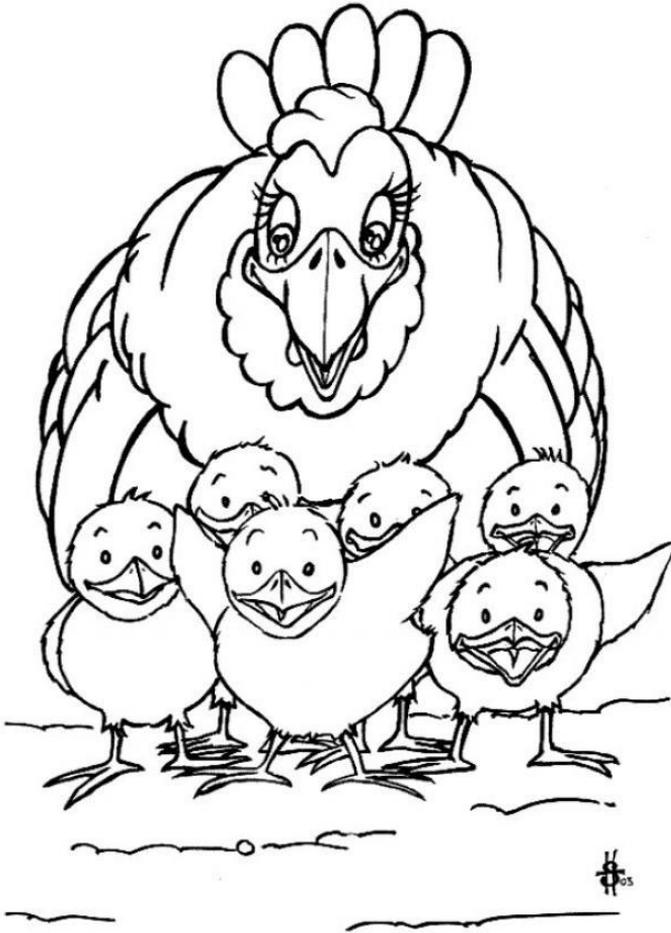
Por esos años, se enroló en la gendarmería municipal un muchacho de nombre Ponciano, dijo ser originario del rancho de Casacuarán, y que había pertenecido a la corporación policíaca de Yuriria. Había venido a Salvatierra por motivos familiares, estableciendo su domicilio en el pequeño caserío de El Ranchito, muy cerca del mogote.

Sus parejas en la policía se quejaban a menudo, que por las noches, de buenas a primeras se les desaparecía mucho rato y en las mismas condiciones y sin saber como, ni de donde venía, se les volvía aparecer. Un buen día, o mejor, una buena noche, en una de esas desaparecidas, su pareja se quedó parado en la esquina de la piquera, al poco rato, vio pasar a la gallina seguida de sus pollitos. Decidió seguir a los animalitos, éstos corrieron y desaparecieron a la vuelta de la calle.

El gendarme no se quedó con la tentación, se esperó a ver que pasaba, en cuanto escuchó unos ruidos en la oscuridad, se acercó y pudo ver a Ponciano con la cara toda emplumada. Se estaba transformando de gallina a un ser normal. Por fin fue

descubierto el misterio de la gallina: el canijo Ponciano era un nagal.

Se supo tiempo después que lo habían expulsado del cuerpo de gendarmería de la ciudad de Yuriria por hechos similares. Desde entonces la gallina y sus pollitos dejaron de aparecéseles a los asiduos visitantes de la piquera.



La capilla del

Mayorazgo

Los mayorazgos en la Colonia eran figuras jurídicas otorgadas mediante Cédula Real por el rey de España, amparaban en toda su extensión el patrimonio de una persona, se incluían en ellos: tierras, edificios, bienes muebles, esclavos, y hasta animales domésticos, tenían la característica de los bienes de manos muertas en la época colonial; eran indivisibles y los heredaba íntegros el primer hijo varón. Este mayorazgo, mejor conocido como el Mayorazgo de Tarimoro, fue fundado por don Gerónimo López, hijo del conquistador del mismo nombre, por Cédula Real otorgada por el rey Felipe II el 9 de febrero de 1583.

Don Gabriel López de Peralta, hijo de don Gerónimo y heredero de estos bienes, donó a su majestad el rey de España, tierras pertenecientes a este mayorazgo para la fundación de la Muy Noble y Leal Ciudad de San Andrés de Salvatierra. Don Gabriel obtuvo de su majestad una merced de aguas otorgada por el virrey de la Nueva España, don Diego Fernández de Córdoba, Marqués de Guadalcazar, el 16 de mayo de 1618, mediante la cual pudo construir una saca en la margen derecha del río Grande para dar origen al canal Ardillas y a un molino de harina. Son éstos, una de las primeras obras hidráulicas de la Colonia.

Es este el origen del Molino del Mayorazgo, conocido en la Colonia salvaterrense como el Molino de la Marquesa o de Tarimoro, por el título nobiliario que los reyes de España otorgaron a los descendientes de don Gabriel en 1708; el de Marqueses de Salvatierra. Este molino, fue el primero en producir harina de trigo en el valle de Huatzindeo.

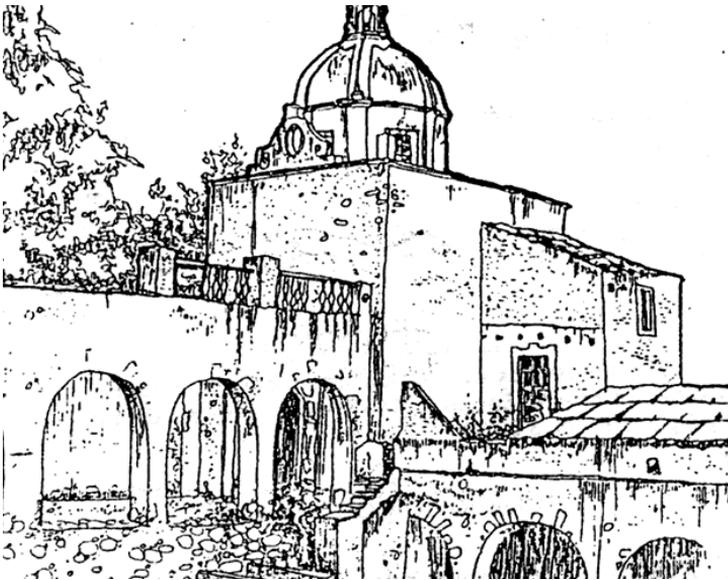
La palaciega finca del Marquesado con su pequeña capilla, en aquellos tiempos se encontraba lejos de la población. Se cuenta que los vecinos y trabajadores tenían que pedir algún sacerdote

para que les celebrara misa los días domingo, de lo contrario tendrían que asistir a ella en los templos de la ciudad.

Cierto día llegó un sacerdote que se ofreció a celebrarles la misa del domingo siguiente, sin embargo, el sacerdote falleció repentinamente, no pudo cumplir con el compromiso contraído con los vecinos del lugar.

Días después del fallecimiento, éste empezó a aparecérselos a los vecinos por las noches, les imploraba que lo acompañaran a la misa que iba a celebrar para ellos, nadie se atrevía a asistir a la celebración.

Así pasó el tiempo, el sacerdote seguía apareciéndoseles a los vecinos rogándoles que asistieran a la misa que iba a celebrar. En una de sus apariciones encontró a un borracho sentado en las afueras de la finca, el sacerdote le pidió lo acompañara a misa, el borracho le contestó que donde y cuando sería, el sacerdote contestó que al día siguiente a las doce de la noche en la capilla del Mayorazgo.

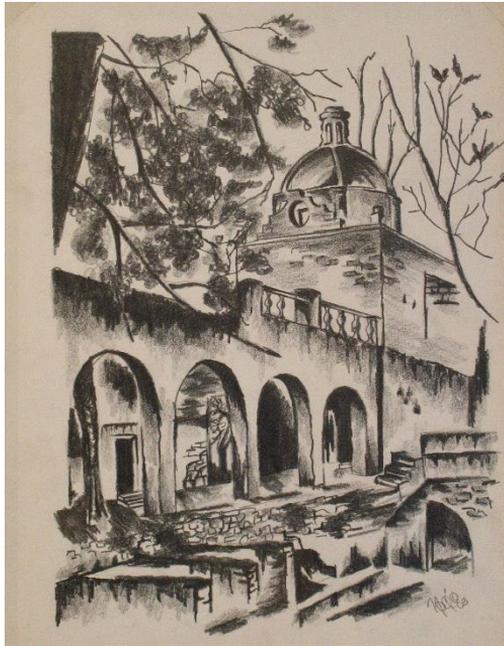


Dibujo: Daniel Rubalcava M

Llegado el momento el borracho se presentó a la celebración, el sacerdote abrió la puerta y encendió las luces, dando comienzo la misa que en esa época se celebraban dando el celebrante la espalda a los fieles.

Transcurrió sin ningún contratiempo, hasta que llegó el momento de la bendición final, fue cuando el borracho vio en el rostro del celebrante, la manifestación de había tratado con un difunto, sólo había una calavera. Al verlo se asustó tanto, que cayó muerto al instante, pero sin soltar la botella de aguardiente.

Al siguiente día, cuando los vecinos vieron las puertas de la capilla abiertas y las luces encendidas fueron a ver que había pasado, encontraron al hombre muerto. Las apariciones cesaron porque el sacerdote ya había pagado la deuda que tenía con los vecinos.



Dibujo lápiz. Rocío Bárcenas Franco

El decapitado de Cantarranas

*R*cién fundada nuestra ciudad, los frailes franciscanos y carmelitas comenzaron la catequesis para instruir a los naturales en la Doctrina Cristiana. Los frailes se enfrentaban al problema de no hablar la lengua indígena, por lo que tenían que auxiliarse de intérpretes. Eran éstos, indios que ya habían sido catequizados y hablaban las dos lenguas: el Castellano y el Indígena.

La doctrina era impartida en los conventos los días domingo por estos indígenas, entre los que había hombres y mujeres. El sacramento de la confesión también lo efectuaban los frailes con la ayuda de estos intérpretes, quienes a pesar de jurar guardar silencio de lo que escuchaban, era común que se violara el secreto sacramental.

Ante tal situación, el virrey de la Nueva España promulgó un decreto por el cual se daba un año de plazo a los monjes para que aprendieran la lengua indígena, so pena de pagar una multa que iría a los aranceles reales destinada a mantener a la milicia.

Un indio que había sido bautizado con el nombre de Salvador, asistía todos los domingos a la misa y a la doctrina. Uno de los frailes notó que nunca se confesaba ni comulgaba, decidió llamarlo y preguntarle la razón de su alejamiento de dichos sacramentos, el indio le contestó que le daba vergüenza decir sus pecados, porque eran muchos y muy grandes, el fraile le explicó la necesidad que tenía de confesarse y comulgar, porque si no lo hacía y se moría, iría derecho al infierno y a la perdición eterna.

Salvador se asustó y accedió a confesarse con el fraile que no hablaba el idioma de los naturales, tuvo que auxiliarse de un intérprete. Salvador se confesó, cumplió su penitencia y comulgó. En paz, se dirigió a su domicilio en una modesta

choza en el barrio de Cantarranas, cerca del molino de la Ciudad, junto a la acequia.

Al día siguiente apareció muerto, lo habían decapitado y lapidado con toda saña y crueldad. Nadie sabía de momento por que y quienes habían cometido tan atroz delito.

Al poco tiempo se supo toda la verdad, el intérprete había traicionado el secreto de confesión. Salvador se acusaba de haber tenido amoríos con un gran número de mujeres casadas, los maridos ofendidos habían hecho justicia con sus propias manos.

El indio pena porque no debía morir, no le tocaba, ya se había arrepentido de sus pecados. Ahora busca a aquél que lo traicionó en el sublime secreto de la confesión.

El ánima de doña Inés

La presente leyenda me fue comunicada tal y como está escrita, sin quitar o poner ni siquiera una coma, por el Lic. Salvador López Nava, y nos dice lo siguiente:

He llegado a saber, que en otros tiempos, existió en algún sótano del Convento de las Capuchinas el Libro Negro de Arizmendi, donde se asentaba toda clase de sucesos insólitos y fascinantes ocurridos en la vecina ciudad de Salvatierra. Uno de estos relatos es la Historia de doña Inés de Acevedo, la cual tuvo lugar en el año de 1807, la que ahora narraré.

Después de una noche lluviosa del mes de julio de 1807, el Astro Rey empezaba a teñir tímidamente de un suave rosa la serranía de los Agustinos, cuando don Diego Cardiel, había concluido de dar sepultura a su esposa, doña Inés Acevedo, inhumándola en los huertos de los olivos, propiedad de la Hacienda de San Juan, la cual está ubicada en las márgenes del Río Grande.

Volviendo la mirada unos años atrás, nos remontaremos al verano de 1786, cuando don Juan Acevedo y su esposa doña Manuela Gómez, con una niña en brazos, abandonaron la vieja Coruña, provincia septentrional de España, para venir a probar fortuna al Nuevo Mundo.

En Noviembre de 1786 desembarcaron en el Puerto de Veracruz, alojándose en la casa del alcalde de la ciudad, don Joaquín Sermeño, viejo amigo y compadre de la familia Acevedo Gómez.

En la costa veracruzana, la familia referida permaneció hasta mediados de marzo de 1787, en que el calor del puerto empieza a hacerse insoportable para los viajeros provenientes de climas menos cálidos, razón por la cual, don Juan y su esposa

decidieron internarse en el saludable clima del Bajío, en la acogedora población de Salvatierra, donde adquirieron un terreno junto a las riberas del Río Grande; allí levantaron una pequeña hacienda, a la que dieron el nombre de San Juan, por ser el santo patrono de la Coruña.

La tenacidad en el trabajo de don Juan y la fertilidad de nuestras benditas tierras, pronto dieron gran prosperidad a la hacienda de San Juan, destacando en la producción de aceites de oliva y de cacahuete, el cual por su notoria calidad era demandado en la capital del virreinato y más tarde en la capital de la Nueva Galicia, Guadalajara.

Dos caravanas cargadas de aceite salían mensualmente de Salvatierra, que redituaban grandes ganancias a la dote de Inesita, que así se llamaba la hija del matrimonio Acevedo.

Ya que hablamos de Inés, les diré que fue educada con el mayor de los esmeros, encargándose de ella las monjas capuchinas, quienes convirtieron a la niña en toda una señorita llena de gracia, prudencia y discreción.

Sin embargo, toda felicidad es efímera y nada es eterno. La muerte se llevó a doña Manuela y poco tiempo después también a su padre. De este modo Inés quedó sola en su casa sin otra compañía más, que la vieja ama de llaves y fiel perro Crisol.

Más por si fueran pocas las desdichas de la joven Inés, se sumaron a sus penas, las infamias de don Diego Cardiel, trabajador de la hacienda, hombre de escasa virtud y grande ambición, aunque ciertamente buen mozo, de sonrisa contagiosa y palabras cautivadoras.

Bueno pues, Diego Cardiel, en complicidad con la vieja ama de llaves, se propuso perder a la casta Inés, para despojarla de su cuantiosa herencia.

Diego entregó treinta reales de plata a la vieja, para que persuadiera a Inés de contraer nupcias con él. Fingiendo estar perdidamente enamorado, le componía versos de amor, le

enviaba flores y le llevaba dulces serenatas. El corazón de Inés intuitivamente rehusaba los cortejos de don Diego y de manera discreta procuraba alejarse de él.

La ama de llaves, procurando ganarse las dádivas de don Diego, le preparó un brebaje utilizando flores de madreSelva, tierra de campo santo y polvo de una uña de Diego, para que la indefensa Inés correspondiera a los intereses del benefactor de la vieja.

Para heredar legalmente los bienes de Inés, Diego contrajo matrimonio con ella, cabe mencionar que al ingerir el brebaje que le preparó la vieja, perdió su capacidad de raciocinio, razón por la cual Diego se fue enfadando de su esposa.

En ese tiempo llegó a Salvatierra, procedente también de la Coruña, la señorita Catalina Montiel, joven de veinticuatro años de edad, simpática ojiverde, de excepcional belleza. Diego al verla, no tuvo más remedio que prendarse y doblégarse ante la bealdad de aquella dama.

Diego no tuvo escrúpulos en recurrir nuevamente a la ayuda de la vieja ama de llaves, a quien ofreció cinco escudos de oro para que preparara un nuevo brebaje que minara lentamente las fuerzas de su esposa y la condujera hasta la tumba.

En julio de 1807 murió Inés, víctima de una aparente anemia perniciosa. El viudo fingiendo gran afección, hizo público su duelo y se impuso ayuno por tres días, vistió de negro y mandó celebrar un novenario por el eterno descanso de su difunta esposa.

Diego inhumó a Inés en el huerto de olivos, antigua propiedad de la familia, explicando que allí la difunta había pasado inolvidables momentos de su vida en compañía de sus seres queridos.

Pocos días después, Diego dio sepultura en el huerto al perro crisol, propiedad de Inés, dado que el animal se había vuelto insoportable para él, pues sus lastimeros aullidos perturbaban el

sueño del hombre y le recordaban noche a noche su infamia cometida, por lo que decidió deshacerse del perro.

Transcurrido el tiempo, Diego buscó la manera de conquistar el amor de Catalina Montiel, pero al parecer la joven no sentía ninguna atracción por el ahora influyente mozo. Diego buscó otra vez la ayuda de la vieja ama de llaves, por demás conoedora de toda clase de filtros de amor y esas cosas celestínicas ya referidas. Pero contra lo que esperaba, la vieja se negó a ayudarlo, arguyendo que el ánimo de doña Inés la visitaba por las noches para echarle en cara su infamia.

Una noche de tantas, víctima del febril deseo por Catalina, Diego intentó convencer a la vieja Antonia, que así se llamaba el ama de llaves, para que de una vez por todas le sirviera en sus propósitos para con la española. La rotunda negativa de Antonia exasperó el ánimo del mozo, quien en un arrebato de ira terminó estrangulando a la anciana. En complicidad con la noche, el mozo dio sepultura a la vieja en el mismo huerto donde tiempo antes sepultara a doña Inés.

Dos semanas después Diego ofreció un banquete con el pretexto de celebrar su XVII cumpleaños, invitando a las personalidades más connotadas de la sociedad salvaterrense. No desaprovechó la ocasión y en presencia de toda la concurrencia se deshacía en atenciones y cumplidos con la joven asturiana, con su ingenio y sagacidad logró impresionar y doblegar el orgullo de Catalina, quien se comprometió en nupcias con el joven mozo.

Esa misma noche, 3 de mayo de 1809, día de la Santa Cruz, contaban los vecinos del barrio de San Juan, haber escuchado aterrorizados unos aullidos de un perro que parecía de ultratumba; otros más, aseguraban haber visto rondar al perro crisol por la antigua Calle de la Concordia, hoy Calle de Altamirano. Diego no tomó en cuenta la advertencia del más allá y cegado por sus turbios propósitos se dispuso a disponer los preparativos para sus bodas con la española.

Era una de esas lindas mañanas del mes de mayo, en el Templo de las Capuchinas, los nardos, los claveles y las rosas habían

impregnado con su exquisita aroma todo el santo recinto. Y las campanas con alegres repiques pregonaban a los cuatro vientos las bodas de Catalina y Diego.

Por la Calle de la Concordia transitaba un elegante carruaje tirado por blancos corceles, que se detuvo junto a la fuente cercana a la puerta del convento. Del carruaje descendió la novia. Poco después arribó un carruaje similar con el novio, que a moderada distancia de la novia esperaba la presencia del sacerdote y de los padrinos de la ceremonia.

El sacerdote recibió a la pareja y comenzó el acto litúrgico; el coro entonaba el Ave María y cuando el celebrante, fray Alonso de Chávez se disponía a bendecir la pareja y consumir la unión matrimonial, un impetuoso viento cerró las puertas y ventanas y tirando al suelo el crucifijo del altar mayor. Y entre las cortinas del altar mayor apareció con blancas vestiduras el fantasma de doña Inés. Fray Alonso aterrorizado se abrazó al cuerpo del no menos asustado sacristán. Después de minutos de vacilación, fray Alonso increpó al fantasma con estas palabras: "Espíritu del mal, en nombre del Dios Omnipotente te conjuro para que abandones este sacrosanto recinto, ahora mismo".

"No me maldigas", replicó tristemente el fantasma de doña Inés al sacerdote. Y continuó diciendo: "mi alma está ya juzgada por el Todopoderoso y ahora hallase libre de pecado terrenal alguno". "Sin embargo, el único Justiciero Universal, me ha permitido venir ante ustedes para impedir este matrimonio ilícito, ya que don Diego fue el causante de mi muerte y dejó mi cuerpo sin sepultar en campo santo, donde deben yacer los restos de todo fiel cristiano".

"Sabed también que Catalina es media hermana mía, hija de los amores prohibidos de mi difunto padre con una humilde campesina de la Coruña, la cual al morir reveló el secreto a la desdichada Catalina". "Y buscando la protección de su progenitor arribó a la Nueva España".

"Manifiesto ante ustedes que heredo mis bienes y posesiones a mi hermana Catalina, sólo le ruego que exhume mis restos

mortales y les dé sepultura en campo sagrado”. Dicho esto, el fantasma desapareció ante los todavía atónitos feligreses.

Se dice que don Diego hubo de huir de Salvatierra para avecindarse en Guanajuato capital, donde trabajó algún tiempo de minero en la Hacienda de San Juan de Rayas, donde murió víctima de un derrumbe en los interiores de la mina.

Catalina destinó una cuarta parte de la herencia para beneficio de las monjas capuchinas, dispuso que se celebraran cuarenta misas gregorianas por el eterno descanso de su hermana, y mandó exhumar del huerto de los olivos, lo que creyó los restos de su hermana, para inhumarlos en el panteón de Santo Domingo, sin embargo, por un error extrajeron la osamenta de la vieja ama de llaves, Antonia, quien yacía sepultada por allí mismo clandestinamente.

Tiempo después, Catalina decidió vender sus bienes y tomar el hábito de las clarisas, viviendo toda su vida recluida en el convento, en continua oración y caridad para con el prójimo.

Años después contaban las lenguas del barrio de San Juan, que el error cometido con el cuerpo de doña Inés al dejarlo insepulto en el cementerio, fue la causa de que se le viera vagar su fantasma acompañada de su fiel perro crisol. En las noches de plenilunio del mes de mayo se escuchan los aullidos lastimeros del perro crisol buscando a su ama, por las Calles de lerdo de Tejada y de Ignacio Ramírez.

Por eso te pido Chavita, que si algún día visitas la bella ciudad de Salvatierra, anda a ver al sacerdote de Capuchinas y ruégale que bendiga todo el barrio de San Juan, sobre todo los viejos huertos, para que al fin descansen en paz la noble Inesilla.

*El Tizar de
Eméngaro*

Todos los coyotes de por aquí, alguna vez fueron hombres, exclama Cruz frente a un grupo de amigos, cuando mataban la tarde en el jardincito de San Miguel Eménguar, en amena plática, por eso, continuó diciendo, son tan inteligentes y listos como nosotros.

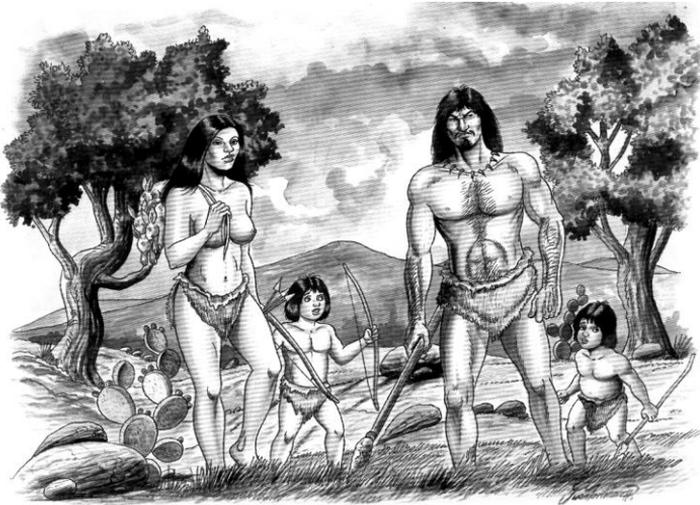
Esta historia comenzó desde la nebulosidad de los tiempos idos, muchos años antes de la llegada del conquistador y el misionero, donde la memoria se pierde y sólo queda el recuerdo de la tradición oral.

Tziri Guerakata llegaba con su pequeña tribu al lugar donde los hombres se transforman, llegaba al *Tizatl*; era el Tizar de Eménguar. Desde que tenía memoria, recordaba su eterno peregrinar con el pequeño grupo por los lugares sagrados y mágicos del valle de Guatzindeo. Cuando no lo hacían, radicaban temporalmente en *Chiltictepeque*, un lugar junto a la milpa de maíz tempranero y muy cercano al Tizar, ahí habían construido unas cuantas chozas con ramas de árbol y zacate.

Durante la corta temporada que pasaban en ese lugar, se dedicaban a recoger tunas para preparar licor o ponerlas a secar al sol para conservarlas y poder comerlas cuando escaseaba el alimento, recolectaban bellotas y raíces, y cosechaban el poco maíz que la milpa les ofrecía. Cuando había mezquites, los ponían a remojar, para después machacarlos a golpe de piedra, en seguida, las mujeres los molían hasta obtener una masa con la que preparaban un pan, cocido en un horno subterráneo y que era comestible por muchos meses o hasta un año, también horneaban las hojas, el corazón, y las flores de los cactus.

Tziri también recordaba los relatos de sus mayores, cuando le contaban que hacía mucho tiempo, sus antepasados llegaron a este valle procedentes de la Sierra Gorda, donde comerciaban por la peligrosa ruta de la obsidiana, con los poderosos pueblos del sur.

Fue entonces cuando el grupo decidió buscar tierras más pródigas y agradables, pero al llegar a la Mesa Grande, como llamaban al valle, la encontraron poblada por un sinnúmero de tribus que los hostilizaban o les exigían tributo por asentarse temporalmente en algún lugar. Nada, o casi nada podían hacer, eran apenas un pequeño grupo compuesto por unos cuantos hombres adultos, sus mujeres, y sus hijos.



Pronto aprendieron a protegerse y defenderse de sus enemigos: al cazar, los hombres no iban a recoger la presa, dejaban su búsqueda a las mujeres para estar preparados ante cualquier ataque sorpresivo de sus enemigos; cuando ingerían el brebaje de maguey fermentado con tunas y mesquites, no lo hacían todos, siempre dejaban quién los cuidara, para que no los tomaran desprevenidos; temían mucho a los embrujos y tenían mucho cuidado de no dejar objetos, ni siquiera cáscaras de tuna, al paso por territorio enemigo; y para defenderse de los malos espíritus y enfermedades, rodeaban sus campamentos con estacas y espinas o se refugiaban en lugares llenos de plantas espinosas.

En su existencia cotidiana, entraban en salvajes combates con los otomíes asentados en Cóporo, no les permitían tomar del agua de sus manantiales; con los pirindas que habitaban en la

rivera del río, por que no los dejaban atrapar ni un solo pez; también con los tarascos del pueblo de Yuriria, cuando se aventuraban a ir más allá en busca de comida.

Peregrinar era su destino, visitar los lugares sagrados y mágicos del valle, su objetivo; para implorar a la Madre del Sol su protección y encontrar un lugar para vivir en paz. La misión en la vida de Tziri Guerakata, era ser el guardián, líder, y guía del grupo, por eso su nombre significaba en aquellos tiempos *maíz que brota*. Su peregrinar comenzaba en la gran yácata del Puchote, en las faldas del cerro de Tetillas; de ahí, bordeando el cerro llegaban a donde hoy se encuentran las piedras labradas, en San Pedro de los Naranjos; para continuar hasta la pirámide de Ehécatl en La Quemada, muy cerca del cerro de Culiacán; después venía lo más peligroso del recorrido, cruzar el corazón del valle, para llegar al cerro de El Calvario en Urireo, y pagar tributo a los otomíes de Cóporo, para que les permitieran estar ahí una corta temporada; finalmente, cruzaban el río para llegar otra vez, al santuario de todas sus esperanzas: el Tizar de Eménguar.

Tziri tenía motivos de alegría al llegar a ese lugar donde los hombres se transforman. Nacería su primogénito en unos días, y estaba ansioso de ofrendarlo a la Madre del Sol, para que le diera la sabiduría necesaria de seguir guiando al grupo, cuando él faltase; el otro motivo era el haber logrado cazar a un gran coyote, que destazaría y sancocharía a fuego lento, para comerlo en el ritual de esa noche, pues las viejas creencias de sus antepasados, le decían que al hacerlo, adquiriría las cualidades de estos animales, y por lo tanto, sería más ágil y audaz en las contiendas con sus enemigos.

Cuenta una antigua tradición perpetuada por los testimonios de los que la escucharon de sus mayores, que la Madre del Sol se apiadó de ellos una tarde cuando llegaban al Tizar. Les habló a través de los murmullos del agua del río, y les dijo: que coman todos de la carne del coyote macho que hoy cazaron y beban hasta la última gota de su sangre, suban después al gran peñasco y canten conmigo hasta el cansancio esta oración: *“El agua pasa y pasa, y no deja de pasar; el viento pasa y pasa, y no deja*

de pasar; el sol pasa y pasa, y no deja de pasar; la vida pasa y pasa, y no se puede regresar”.



Dibujo: Jorge Luis Muñoz López

Cuando la noche cayó, todos quedaron sumidos en un profundo sueño, al despuntar el alba del siguiente día se dieron cuenta que la diosa y señora los había transformado en coyotes. De esta forma, la Madre del Sol, los protegió para que sobrevivieran y perduraran hasta hoy en día, entre los montes y llanos de nuestro valle. Y hoy, con sus aullidos, cantan sus viejos poemas ancestrales.

*La escondida en
Santo Domingo*

En una modesta construcción de adobe que los indios llamaban capilla del Calvario junto a la imponente hacienda de Sánchez, se veneraba un Cristo hecho de madera de patol, al cuidado de un natural de nombre Agustín Martín.

El rico español dueño de la hacienda se caracterizaba por su mala manera de tratar a los indios que trabajaban como peones y arrimados en sus propiedades, donde vivían mejor los animales. Estos naturales habían fundado en esos parajes el barrio de indios de San José, en lo que ahora es el barrio de Santo Domingo, tuvieron infinidad de problemas para asentarse: pleitos por tierras con los religiosos Carmelitas, indagaciones del Santo Oficio de la Inquisición por sospechas de hechicería, y una tensa relación con el hacendado. Esta es la razón por lo que a ese tramo de la calle Morelos se le conoció en la Colonia también como la calle del Indio Triste.

Un día del año de 1737, unos bandoleros secuestraron a la hija única del hacendado, escondiéndola en algún solar en lo que hoy es el barrio de Santo Domingo. En su desesperación se acordó del Santo Cristo, y le suplicó que tuviera clemencia de él, que le hiciera el milagro de encontrar a su hija sana y salva. Dicen que el Cristo habló: le pidió que lo llevara en procesión acompañado de todos sus peones y de un sacerdote que debía llevar un crucifijo en la mano y, Él daría una señal al pasar por donde tuvieran escondida su hija.

Empezaron a recorrer muchos lugares con el Cristo a cuestas, al pasar cerca de lo que hoy es el templo de Santo Domingo se empezó a poner muy pesado, al grado de que los que lo cargaban no pudieron ya con Él. El hacendado español interpretó esto como la señal prometida, se dedicaron él y sus hombres a buscar en los alrededores, encontrando a la joven atada de pies y manos en un maizal cercano.

Cuando trataron de devolver al Cristo a su capilla, no pudieron los hombres levantarlo por lo pesado que se había puesto, provisionalmente lo colocaron en una modesta vivienda, después se le levantó una capilla en el lugar. Conociéndosele

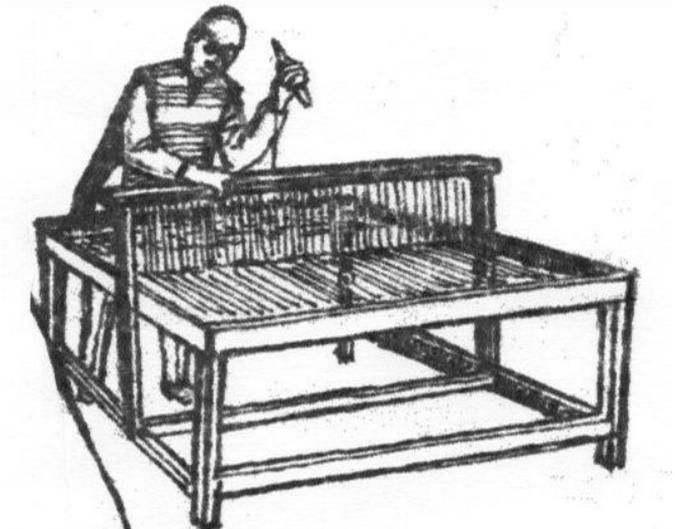
desde entonces como el Señor de la Clemencia, que se venera en el templo de Santo Domingo.



*El Rosario del
Padre Amezcuca*

*E*ra el 10 de febrero de 1964, nacía en Salvatierra el Seminario Menor de los Operarios del Reino de Cristo, bajo el nombre de Internado José Luis Sánchez del Río. Con la autorización del Sr. Arzobispo de Morelia Mons. Luis Ma. Altamirano y Bulnes, había llegado por la mediación del párroco don Ruperto Mendoza, dedicado toda su vida a la promoción de vocaciones sacerdotales.

El padre Enrique Amescua, fundador de la congregación, había acudido al llamado de don Ruperto, para ver la finca que éste le proponía para el futuro seminario. Era la antigua fábrica de hilados y tejidos de San Isidro Batanes, a un costado del legendario puente. Al padre Amescua le gustó, se la imaginaba reconstruida, pero todavía no era de ellos. El seminario estaba asentado provisionalmente en un anexo del ex convento de Capuchinas.



A la entrada de la finca, a mano izquierda, dentro de un portal de techos derrumbados había una palma muy alta, el padre Amescua la miró y pidió al cielo encomendándose a la Virgen de Guadalupe, que esa propiedad fuera de ellos, para allí asentar su primera casa de formación sacerdotal, Lleno de fe, se dirigió

a la palma y sacó de uno de sus bolsillos un rosario, lo enterró al pie de ella, y lo dejó como prenda de que volvería cuando fuera de la congregación todo eso.

El padre Amezcua se retiró lleno de esperanza dejando el rosario enterrado al pie de la palma, con la fe de que eso funcionaría. El 25 de octubre de 1964, después de haberse celebrado un acto de homenaje a Cristo Rey en el atrio parroquial, el pueblo entero acompañó a su párroco y al padre Amezcua, en procesión solemne hasta las ruinas de la casa de Batanes, para bendecir la primera piedra de las obras de reconstrucción de lo que sería el seminario.

En 1966, el gobernador de estado, Lic. Juan José Torres Landa, lo visitó, se le ofreció una comida en el lugar, donde expresó un reconocimiento a la remodelación del histórico edificio. En octubre de 1970, el Lic. Manuel M. Moreno como gobernador del estado, inauguró el Instituto Salvatierra que impartiría instrucción secundaria, y en agosto de 1996 inició sus actividades académicas en ese lugar la Preparatoria Vasco de Quiroga.

Las casas de los Operarios del Reino de Cristo siguieron multiplicándose; en 1971, el Seminario Mayor de Querétaro; en 1979, el Seminario Mayor de Olías del Rey en España; y en 1983, el Seminario Menor de Consuegra en Toledo.

La palma ya no existe, ni la jardinera de su base, pero el rosario sigue funcionando, por ahí ha de estar enterrado.

*El chan
del agua*

Se escuchaba a menudo: ¡Muchacho no te vayas al río, porque te come el chan del agua!. Era la sentencia que escuchaba de sus mayores todo mozuelo al salir de su casa. El chan es un espíritu monstruoso que vive en el agua y sale a asolearse en las piedras de la orilla de ríos y lagunas, también le gusta salir en las veraniegas noches de luna llena. Dicen que tiene forma de cocodrilo o de una gran lagartija con grandes colmillos, camina erguido en las dos patas traseras, y le salen grandes caudales de agua por los ojos, espera a que alguien entre en el agua para arrastrarlo hasta el fondo y ahogarlo.

Es el dios chan. Según una antigua tradición de nuestros indios que habitaron esta región de Guanajuato y Michoacán dice que el chan es una especie de espíritu del inframundo, y tiene por misión ser el guardián de los veneros, ríos, y lagunas. Cuida con tanto celo el agua, que no permite a los hombres estar dentro de ella.

Se le relaciona también con los cuatro puntos cardinales, por que está donde halla agua, gobierna sobre el relámpago, el trueno, el viento, y la lluvia. Se casó con la diosa del agua, con la que tuvo muchos hijos que son las nubes. Vive en un paraíso de aguas, a donde van los que mueren en las inundaciones, los que son fulminados por un rayo, y hasta los que mueren por hidropesía.

Nuestros antepasados indígenas lo conocieron y le temían, para evitar que los atacara cuando se acercaban a lavar, pescar, o bañarse, le ofrecían flores en un pequeño canastillo que dejaban flotando a la deriva sobre las aguas.

Se alimenta de hombres, los considera unos intrusos en sus propios dominios. Dicen las viejas crónicas que cuando los ataca desde las profundidades hace fuertes remolinos que inevitablemente envuelven a la víctima y la arrastran hasta el fondo donde permanece ahogado por varios días. Cuando sale a flote el cuerpo del desgraciado que perdió la vida en sus manos, casi nadie lo reconoce por lo desfigurado y golpeado cuando aparece.

Existía también la creencia de no caminar por las orillas de los ríos y lagunas, sobre todo en los días lluviosos, porque tenían la certeza de que de un momento a otro los podía jalar hacia el agua, y ni pensar en hacerlo por las noches, pues decían que era cuando estaba mas agresivo.

Además de nuestro río, todos pensaban que su lugar favorito para habitar estaba en los cráteres que tienen agua de las siete luminarias en Valle de Santiago y en Yuriria.



Dibujo: Antonio Pérez Soto

El subterráneo

Cuando la cárcel municipal se encontraba en la calle de Juárez en el ex convento del Carmen, los custodios dieron a las seis de

la mañana el silbatazo para llamar a los presos al centro del patio, era la hora de pasar la primera lista.

Con asombro, los guardias comprobaron que faltaban tres de los presos más peligrosos, de inmediato sonaron los silbatos de alarma, se les buscó por todos los rincones no encontrando ninguna pista de su escape, se interrogó a los demás reclusos, nadie sabía nada ni había rastros de cuerdas, herramientas o agujeros que pudieran haber sido utilizados.

Hacia siete meses había sucedido un hecho similar, habían desaparecido dos reclusos en iguales circunstancias. Lo que más extrañaba a las autoridades de la cárcel era el hecho de que habían desaparecido no sólo los presos, sino que también sus familias, nadie sabía nada de ellos, ni a donde habían ido, se los había tragado la tierra.

Cierto día, una pareja de gendarmes reconoció a la esposa de uno de ellos allá por el rumbo del bañadero de los caballos en la calle de Morelos, la siguieron y se percataron que la mujer entró al templo de San Francisco. La buscaron por todo el convento, había desaparecido como por arte de magia.

En otra ocasión un hecho similar aconteció en el templo de Capuchinas, y algunas gentes aseguraban haber visto a algunos de los prófugos en el rancho de San José del Carmen.

Lo que había pasado con esa gente, aseguraban unos, es que habían encontrado las entradas secretas a la red de subterráneos que hay en Salvatierra. Asegura la tradición que dichos túneles fueron construidos en la Colonia, son tan amplios que cabe un hombre a caballo dentro de ellos, la misma tradición asegura que unen a los templos: del Carmen, de Capuchinas, y de San Francisco, e incluso se llega por ellos hasta la hacienda de San José del Carmen.

Pero, ¿por quién? y ¿para qué? fueron construidos, se dice que los frailes carmelitas fueron los que los construyeron para esconderse y escapar de las temidas garras de la Inquisición. Aseguran otros, que sirvieron para guardar el producto de las

riquezas obtenidas por la orden. Hay también quien afirma que sirvieron a alguna hermandad cuya existencia todavía hoy desconocemos.

Si existen en realidad esos subterráneos no lo sabemos con certeza, pero en diferentes tiempos y por diversas causas: como la instalación del drenaje en Salvatierra, en las diferentes calles como la de Hidalgo y Juárez, han aparecido rastros de túneles, lo mismo ha sucedido en algunas viejas casonas en las que ha habido hundimientos, que se atribuyen a que por ahí pasa el subterráneo. Pero la verdad no la sabremos hasta que alguien encuentre una entrada y se arriesgue a transitar por ellos.



Dibujo lápiz. Rocío Bárcenas Franco

La Virgen en el árbol

Salvatierra era una ciudad chica hasta finales de los años cincuenta, no había crecido sustancialmente, con excepción de

El Ranchito -hoy colonia Álvaro Obregón-, no existían las que ahora conocemos.

La calle de Arteaga, que se desprende de atrás del mercado rumbo al Oriente, o hacía donde el sol sale, las casas llegaban hasta la esquina que forma con la de Fernando Dávila, y sólo unas cuantas, en la siguiente cuadra, hasta el cruce con la calle de Abasolo. Después se convertía en una vereda bordeada de frondosos árboles y exuberantes huertas. Iba a terminar en el canal Ardillas, sobre el que se hallaban tendidas un par de vigas para permitir el paso a los peatones.

Allí, precisamente allí, sobre el borde del canal había crecido un enorme fresno de tupido follaje y grueso tronco. Allí también, en esas hermosas soledades, hubo una manifestación Mariana para los salvaterrenses.

Salvatierra es mariana por historia, por esencia, y por tradición. No hay templo alguno en la ciudad en el que no se venere con relevancia alguna advocación de María, Madre de Dios: Nuestra Señora de la Luz en el Santuario Diocesano; la Virgen del Carmelo en su precioso templo; Nuestra Señora del Perpetuo Socorra, en el altar del crucero izquierdo del templo del convento de San Francisco; la inigualable Virgen de los Dolores, en su oratorio; ni que decir de Nuestra Señora del Rosario, en el templo de Capuchinas; y la Sagrada Infantita, en el templo del pintoresco barrio de Santo Domingo. Y hay muchas, pero muchas más.

Mayo y julio son meses completos de peregrinaciones marianas, y esto sin faltar nuestra gran fiesta de la Candelaria, fiesta de María niña.



Dibujo: Cristóbal Raya Ochoa

Y allí, precisamente allí, en esas soledades, una húmeda mañana de agosto, cuando las lluvias lo han remojado todo, al gran fresno se le desprendió una gran teca de la corteza de su grueso tronco, dejando en el hueco ovalado una nítida figura de La Guadalupana.

Pronto el lugar cobró alegría, no faltaban al pie del árbol las flores y veladoras que los vecinos devotos depositaban.

De pronto todo se acabó, unos dicen que alguien, temeroso de que se creara una devoción falsa, lo mandó cortar. Otros dicen que se secó, pero del gran árbol y de su grueso tronco no quedó ni una astilla, ni un recuerdo.

Hoy en día por ahí todo está cambiado, ni rastros del lugar donde estuvo el fresno. Ya casi nadie recuerda que un día de los años cincuenta, ahí estuvo la Virgen.



Las leyendas de nuestros

Cristos

Existen en Salvatierra dos Cristos que la población venera con especial devoción: el Señor de la Clemencia y el Señor del Socorro; ambos en los altares de los templos de Santo Domingo y el barrio de San Juan respectivamente. Fuera de la ciudad, pero dentro de nuestro municipio se encuentran dos preciosas imágenes de Cristos: la del Señor del Encinal, en la hacienda de Maravatío o mejor conocida como Maravatío del Encinal; la del Señor de la Salud en el viejo. Estas son poblaciones que tienen sus orígenes mucho antes de la fundación de la ciudad de Salvatierra.

* * *

Corría el año de mil seiscientos setenta y cuatro cuando el canónigo de la catedral de Valladolid, don Francisco Esquivel y Vargas, distinguido salvaterrense, hijo del capitán don Antonio Esquivel y Vargas, uno de los fundadores de la ciudad, hizo imprimir un libro titulado "*Fénix de Amor*" en el que describe a nuestra ciudad con ocasión del hallazgo del Señor del Socorro.

Según su crónica, en 1682, una junta de indios vecinos del barrio de San Juan resolvió de acuerdo con unos escultores, entrar al monte inmediato en busca de madera para la talla de un Cristo. Salieron cuatro indios separadamente a practicar la diligencia, al día siguiente, volvió uno de los enviados con la noticia de haber hallado un árbol de corcho o de patol, alto y parejo, con ramas gruesas y en postura adecuada para tallar en él un Cristo. En vista de la noticia salió un grupo de naturales, hallando el árbol de pie y derecho que se mantenía en tierra con tan sólo dos raíces superficiales, comenzaron a descortezar, y conforme arrancaban la corteza, fueron descubriendo la imagen ya formada y perfecta del Crucifijo, declarando los escultores que la imagen era tan perfecta, que no había menester más que

ponerle la encarnación, por esto, el Señor del Socorro no fue tallado por mano alguna. Y lo consigna como sigue:

"Tomóse razón auténtica del suceso y se mantiene en el Archivo del Convento del Carmen la relación exacta de los hechos, es de advertir que siendo la madera de que está hecha la imagen fofa y deleznable, no ha padecido con el tiempo el más leve quebranto, ni injuria de la polilla, manteniéndose intacta".

Existió hasta la época juarista una hermosa tradición que nos deleita con su pluma el mismo Esquivel y Vargas: *"Dejase ver la ciudad más hermosa y galana el Miércoles Santo, en lo más apacible de la primavera, que hace las mañanas del más dulce entretenimiento; tal lo es esta mañana en que a sus albores lo hace la gente, y en tropas hace una hermosa concurrencia desde la aurora hasta la hora de salir con la Sagrada Imagen del Cristo de su santuario, se dicen muchas misas, se riegan las calles y se adornan de flores, ramos y frutos, haciendo más vistoso lo que es más conato de la naturaleza que del arte, luego sale el Cristo de su templo con majestad y grandeza, seguido de una ordenada procesión que le conduce a la Iglesia Parroquial donde se le canta misa solemne, para por la tarde hacerle volver a su templo, donde sus fieles ocurren piadosos y confiados al socorro de sus necesidades".*

* * *

El viejo barrio de Santo Domingo fue fundado en 1690, por una comunidad de indios que lo bautizaron en un principio como barrio de San José. Tuvieron estos naturales muchos problemas para asentar su comunidad, por los interminables pleitos que por la posesión de las tierras tuvieron con los religiosos Carmelitas, al grado que, entre los años de 1692 a 1695, tuvo que intervenir el Juzgado de Indios para ampararlos con su justicia por las agresiones que recibían.

El Señor de la Clemencia, según las viejas crónicas fue traído de España por los religiosos Franciscanos para ser venerado por los naturales del naciente barrio de San José, a su llegada, se le instaló en una pequeña capilla de adobe construida a un costado

de la hacienda de Sánchez, conociéndosele como la Capilla del Calvario. Tuvo un largo peregrinar, estando a punto de derrumbarse su pequeño templo, los padres franciscanos determinaron trasladarlo al pueblo de San José de Amoles -hoy Cortazar-. Cuenta una antigua leyenda que cuando se intentó llevarlo a ese lugar, se puso tan pesado que no fue posible cargarlo, provisionalmente los religiosos optaron, ante tal hecho, llevarlo al templo de San Francisco, en ese entonces templo parroquial, mientras se le levantaba otra capilla en lo que hoy es el templo de Santo Domingo. Con el tiempo, vinieron los padres dominicos de la Orden de los Predicadores, el templo se terminó, fue hecho de adobe, se derrumbó en una de las avenidas del río, lo que motivó el construir uno nuevo de piedra que los vecinos de ese barrio sacaron del lecho del río.

* * *

Urireo, el viejo *Tlayacac*, pueblo o congrega de indios fundado en 1580 por merced de tierras otorgada por don Lorenzo Suárez de Mendoza, Conde de la Coruña y virrey de la Nueva España, para facilitar la evangelización del valle de Huatzindeo que llevaron a cabo los abnegados misioneros franciscanos.

Este pueblo con sus cuatro barrios que aún perduran, fue crisol de profundas y enraizadas devociones. Desde sus orígenes tuvo la veneración a María Santísima, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Asunción, que floreció a la sombra de su hospitalillo, de sus cerros y manantiales, y sobre todo, de la identidad de sus habitantes.

Por ser pueblo de indios tuvo su propio gobierno, pero también innumerables problemas para subsistir y perdurar; las enfermedades y la peste traídas por los conquistadores, y que por ser naturales eran fácil presa de ellas; y el asentamiento en sus propias tierras, en el manantial de los negros, de individuos de raza de color que pusieron en riesgo la pureza de su sangre indígena; y los interminables pleitos por límites de tierras con los dueños de la hacienda contigua de Ojo de Agua -hoy Ballesteros-.

Fue en ese tiempo colonial, cuando un grupo de indios en peregrinación, ya cansados por la larga caminata, depositaron en las ruinas de Los Charcos, cerca del manantial de Los Negros, en el barrio de El Bajío, una bella imagen de Cristo crucificado. Muy pronto, lo tuvieron que esconder, por su belleza despertó el interés de los habitantes de Salvatierra para llevarlo a la ciudad, hicieron muchos intentos, pero en todos fracasaron, el Cristo no salía, o se atoraba en las puertas, o se les devolvía sin saber como; se quería quedar en Urireo. Dice la tradición oral que fue un viejo el encargado de cuidarlo, pero un día que no lo vieron, los habitantes del pueblo lo buscaron; lo encontraron muerto abrazando la venerable imagen del Cristo, desde entonces, fue trasladado a la iglesia principal. Su advocación del Señor de la Salud, es por eso, es el guardián del pueblo, los protegió y los protegerá de las enfermedades y la peste, pero sobre todo, protegerá su identidad y su fe.

Desde entonces la imagen no visita Salvatierra; llega hasta los linderos de la ciudad, y dicen que cuando baje su vista el mundo se acabará.

* * *

La vieja hacienda de San Elías Maravatío, mejor conocida en nuestros días como el pueblo de Maravatío del Encinal, tiene una rica y gloriosa historia estrechamente ligada a nuestra ciudad.

La hacienda se formó inicialmente en el año de 1583, con una merced que la Real Audiencia concedió a su fundador el capitán Juan de Illanes. Maravatío en vocablo tarasco significa "lugar precioso y florido" y en náhuatl se llamaba *Patiyocan* o *Quetzalco*, que representaba a la serpiente emplumada, a su inseparable cerro de Tetillas le daban el nombre de *Taresaugarua*.

En 1642, don Rafael Hernández y su esposa doña Paula Enríquez de Guzmán, adquirieron la hacienda. Doña Paula, fundó en 1665 una capellanía administrada por los religiosos carmelitas, con el tiempo, el matrimonio heredó la propiedad a

estos frailes. La gran hacienda comprendía una inmensidad de tierras, todas ellas regadas por el canal que lleva su nombre; es el sistema de irrigación más antiguo de América.

En esa inmensidad de tierras, existía en la Lagunilla del Carmen la vieja costumbre entre sus habitantes de salir el último día del año a un monte cercano poblado de encinos, para colocar al pie de sus troncos unas piedras y volver muy temprano el siguiente día para ver cuanta humedad habían acumulado. De acuerdo a la humedad que aparecía debajo de las piedras, pronosticaban las lluvias que iban a caer en el año, y sabían de antemano si el año iba a ser lluvioso o seco.

En una de esas veces, que año tras año la gente realizaba esta actividad, los lugareños, al ir a levantar las piedras, encontraron al pie de un encino de grueso tronco un Cristo, nunca supieron quien lo había dejado allí. Lo llevaron al pueblo donde le construyeron una modesta capillita de piedra para venerarlo. Y desde entonces, tuvieron la costumbre de llevarlo cada año, para el día primero de enero, a la hacienda de Maravatío para celebrar la fecha de su aparición y pedirle su gracia y benevolencia para el año venidero.

La costumbre duró muchos años, y también para un primero de enero, estando el Cristo de visita en la hacienda, intentaron sacarlo de la iglesia para devolverlo a su lugar de origen, pero la imagen no pudo salir, no cabía por la puerta del templo, por más que lo intentaron fracasaron, se atoraba. Esto se tomó como una señal de que debía quedarse en la hacienda, y se quedó. Con el tiempo le construyeron su templo en la galera misma, y la vieja hacienda de Maravatío cambió su nombre por el de Maravatío del Encinal, en honor a su precioso Cristo.

Existe también la hermosa creencia entre el pueblo de cuando un pordiosero llama a su puerta pidiendo un mendrugo de pan o una limosna, se dice que es el Señor del Encinal que toma esa forma para visitar en su propia casa a sus habitantes. Por eso en este pueblo, una limosna no se le niega a nadie.

Todos estos Cristos son, por lo general, de madera de patol, hechos por manos indígenas; son de talla con encarnadura, ligeros y a los que el tiempo y la polilla parecen no afectarles. Aseguran las crónicas que para tallar un Cristo, los indígenas lo hacían de abajo para arriba; es decir, sus brazos son las raíces del árbol, quedando sus piernas en la parte superior del tronco.

Quizá por eso son tan hermosos.

Nota final del autor

*D*icen los esclarecidos historiadores que las leyendas no son historia, pero si no son historia por determinados motivos, si son

sus primas hermanas, puesto que conservan el fragante sabor de ésta.

Con el paso de los años, adultos, jóvenes, y niños, nos preguntamos si tales o cuales historias que nos contaron nuestros abuelos eran verdad o no, o si en realidad sucedieron o simplemente fueron producto de la imaginación popular que incasablemente busca la forma de entretenernos. Indudablemente, las leyendas se desprenden de hechos reales, pero su naturaleza es la tradición oral, corren de boca en boca y de generación en generación. Y en esa interminable cadena, al contarlas, cada uno de nosotros vamos agregando o quitando cosas, de tal manera que van sufriendo una incesante evolución, en la que nos presentan hechos extraordinarios, llenos de fantasía que rayan en relatos mitológicos.

Pero las leyendas tienen su propia grandeza, por eso conservan, como dije al principio, el dulce sabor de la historia. Nos hacen presa fácil de los viejos al escucharlos narrar lo ocurrido en diferentes espacios y tiempos, que hoy son puntos de referencia para echar a volar nuestra imaginación. Los testimonios y acontecimientos recogidos en esta obra no son sólo dimes y diretes, que más bien parecieran un simple pasatiempo, ni fueron redactados con el libre albedrío que nos otorga una narración a gusto propio.

Son el producto de todo un proceso de rescate de la tradición oral y la memoria popular, basado en testimonios de testigos oculares y de recuerdos que quedaron guardados en la mente y el alma de muchos viejos. Las leyendas tienen, como las recetas de cocina, muchos ingredientes que deben mezclarse con sumo cuidado para dar un resultado satisfactorio.

Contienen: templos, edificios, haciendas, montañas y cerros, mayorazgos, hombres y mujeres comunes y corrientes, mitos, cuentos, y narraciones, dentro de una simbología social que está presente a diario en nuestra existencia, pero que por la rapidez con que pretendemos vivirla, pasan desapercibidos.

Las leyendas, nuestras leyendas, son pues, la fuente inagotable de nuestra identidad; ese sentimiento que nos hace ser y

sentirnos salvaterrenses, sin importar el lugar o el tiempo en que nos encontremos.

Miguel Alejo López
San Isidro Batanes, 2016.